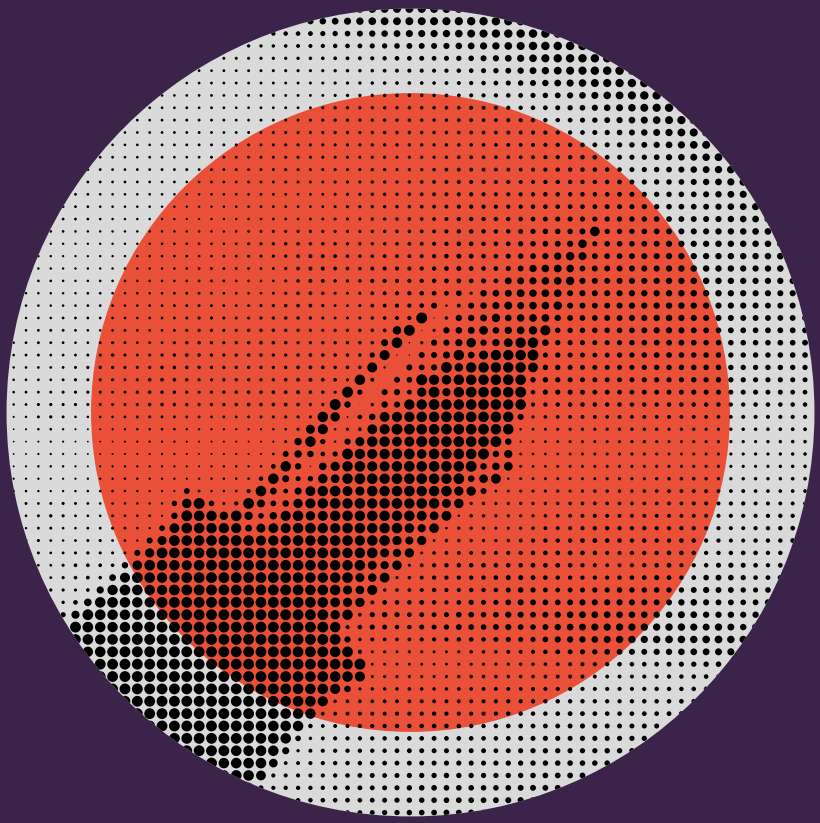
LETRAS FEMENINAS



Cooperación Española
CULTURA / MALABO

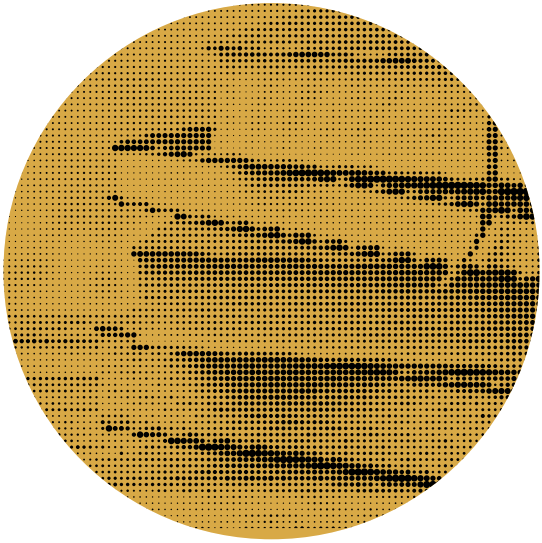
OBRAS GANADORAS DEL PREMIO RAQUEL ILOMBE DEL CERTAMEN LITERARIO
12 DE OCTUBRE
DÍA DE LA HISPANIDAD

Derechos

- ©Edición AECID, Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo.
- Catálogo General de Publicaciones Oficiales: *https://publicacionesoficiales.boe.es*
- De los textos : Los respectivos autores
- De las fotografías : El Centro Cultural de España en Malabo y de las autores
- Corrección de estilo : Carlos Nsue Otong
- Maquetación : chuantey.com
- Impresión : Copysell
- NIPO 502-17-085-X
- Esta publicación ha sido posible gracias a la Cooperación Española a través de la Agencia de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID). El contenido de la misma es responsabilidad exclusiva de las autoras y no refleja necesariamente la postura de la AECID.

LETRAS FEMENINAS

OBRAS GANADORAS DEL
PREMIO *RAQUEL ILOMBE*
DEL CERTAMEN LITERARIO
12 DE OCTUBRE
DÍA DE LA HISPANIDAD



PRESENTACIÓN

Desde los inicios de nuestro veterano *Certamen Literario 12 de Octubre, Día de la Hispanidad*, desde este Centro Cultural se ha tenido la inquietud por incentivar y reconocer la producción literaria entre las escritoras del país.

Con el tiempo, ese compromiso se ha ido conformando como un premio con entidad propia dentro del Certamen, adoptando la forma de premio especial Raquel Ilombe en la convocatoria del 2011 y recientemente incluyendo la compilación de las obras premiadas dentro del plan de publicaciones de la AECID.

Surge así *Letras Femeninas*, con los textos premiados de Aurelia Bestué Borja en 2011, Diana Alene Nzamio en 2013, Mayra Rondo Ndjinga y Carmen Mangué Santomer Nfumu en 2017.

Esperamos que disfruten de la prosa y poesía seleccionada por nuestros jurados a lo largo de estos años de Certamen.

Álvaro Ortega Santos
Director del CCEM

Aurelia Bestúe Borja

Nace en Annobon (Guinea Ecuatorial) el 3 de septiembre de 1993 donde realiza sus estudios primarios, más tarde se traslada a Malabo donde culmina su ciclo de formación de enseñanza secundaria, es amante del teatro y de la literatura, de hecho formó parte de la compañía teatral AMEA y en 2011 ganó el premio especial *Raquel Ilombe del Certamen Literario 12 de Octubre, Día de la Hispanidad* convocado por el Centro Cultural de España en Malabo. En 2013 gana el segundo premio del Certamen Literario *Día del Libro* con el cuento *La tortuga y el rey Pankinkin*.

En este año 2017 la revista Odisea del C.E.P.A Ramón y Cajal le ha publicado los microrrelatos *El dúo de la tos* y *Desyuno con diamantes*, obra ganadora del segundo premio del certamen literario Aránzazu Oricheta. Actualmente vive en Madrid donde está haciendo un Grado Medio de Técnico Auxiliar de Cuidados de Enfermería.

Diana-Alene Ikaka Nzamio Domazevich

Nace en Bata (Guinea Ecuatorial), el 10 de noviembre de 1995 cursa sus estudios primarios en el colegio María Auxiliadora y los secundarios en el Colegio Español de Malabo, en la actualidad está cursando estudios universitarios en la República Popular de China.

Compagina su tiempo libre con la Literatura y el deporte. En el año 2013 ganó su primer premio en la modalidad de Narrativa del *Certamen Literario 12 de octubre, Día de la Hispanidad* convocado por el Centro Cultural de España en Malabo.

Carmen Mangué Saint-Omer

Nación en Niefang, (Guinea Ecuatorial) el 12 de octubre de 1969.

Después de trabajar en varias revistas como redactora libre, reanudó sus estudios de Derecho en La Universidad Complutense de Madrid (España). En el 2013 publicó su primer libro en la plataforma Amazon *El amo de la plantación*.

En el 2014 volvió a Guinea su país natal lo que le inspiró una serie de relatos de terror y fantasía que incluyó en una recopilación de relatos cortos *Relatos de una sombra sobre el puente de Brooklyn* que terminó mientras estaba en New York, ciudad de la que espera que salga otro libro suyo.

Mayra Rondo Ndjinga

Nace en el poblado de Ekuku, Bata (Guinea Ecuatorial), el 07 de julio del año 1988 en el seno de una familia humilde. Realiza sus estudios primarios en el colegio Santo Ángel de Bata, posteriormente, se traslada a Malabo donde cursa sus estudios secundarios en los colegios Adventista y Santa Teresita respectivamente, realizando su carrera universitaria en la Universidad Nacional de Guinea Ecuatorial, donde estudió Sociología.

Actualmente es empleada de la Oficina Técnica de Cooperación Española en Malabo, Guinea Ecuatorial.

Es amante de la música y la lectura. En sus ratos libres, deja volar su imaginación, escribiendo en un trozo de papel sus ocurrencias, aunque no sean perfectas.

EL CARNICERO

Aurelia BESTÚE BORJA

Aquella tarde estaba en casa tomando la merienda junto con mi hermana Tina. Me había sentado en la mecedora y escuchaba atentamente a sólo unos centímetros de la tele:

"…Vuelve a invadir las calles el misterioso asesino apodado "El Carnicero", después de unos meses de ausencia. Hace unas horas apareció en el campus de la universidad un nuevo cadáver. Según el informe médico forense, las huellas dactilares confirman que se trata de la estudiante de derecho Yolanda B., cuya cabeza sigue sin aparecer. Se trata de la vigésimo séptima joven decapitada y troceada por este terrible asesino…"

Mi hermana soltó un taco y se levantó. Apagó la tele, pasó por la cocina y luego salió a la calle. A pesar de lo mal que lo estaba pasando por la muerte de su amiga Yoli y el abandono de nuestra madre, no perdía la compostura.

Mi madre había huido a Venecia con un italiano que estaba forrado hacía unos meses, y ahora mi padre estaba casado con Karolina Layevska, una psiquiatra rusa que se había instalado en el pueblo hacía tres años. A mi hermana nunca le había gustado Layevska. A mí tampoco: me parecía una mujer artificial y falsa.

Me puse cómoda y cogí una revista. Eran ya las cuatro cuando sonó el timbre. Abrí la puerta y me quedé perpleja: era mi profesor de filosofía.

- Disculpa- dijo antes de estrecharme la mano- Pasaba por aquí y mi coche se paró, pensé llamar a la grúa, pero me quedé sin batería, luego pregunté por un mecánico y vuestro vecino me recomendó que viera a tu padre.

- Pero no está. Perdón, quiero decir que no se encuentra ahora, pero puede esperarle dentro.

Entró y lo primero que hizo fue observar detenidamente mi casa, como si buscara algo. Yo intenté seguir su mirada, pero fue imposible porque

clavó sus ojos en los míos.

- ¿Podrías ofrecerme algo de tomar, por favor? Traigo la garganta seca.
- Por supuesto - contesté algo nerviosa - ¿Me acompaña a la cocina? No quiero dejarlo sin compañía.

Le miraba fijamente mientras se tomaba el zumo. …Él me lanzó una mirada que no podría describir. *Se acercó a mí y me besó. No supe qué hacer. Deslizó lentamente su lengua por mi boca y pude sentí su respiración en mi garganta. Tragué saliva y lo aparté de mi lado. "¿Qué estoy haciendo?", pensé. Dejé de pensar por un momento y también lo besé. Me pegó contra la pared haciendo que se cayeran los cuadros*…

- Elena – me llamó desde el otro lado de la mesa – Te estaba explicando cómo mi coche se quedó parado… ¿Te encuentras bien?

Comprendí que había vuelto a tener una fantasía erótica con mi profesor de filosofía.

- Lo siento, estaba un poco distraída. Perdón, ¿cómo decía?

Me sentía incómoda por la situación. Quería agradar a mi profesor y no sabía cómo, así que improvisé:

- Profe, he leído últimamente algún libro de psicología que quería comentar con usted.
- ¿Psicología? ¡Qué interesante!
- Bueno, trata sobre las causas psicológicas del mal, me parece un tema interesante…

No sé por qué dije aquello. Supongo que estaba influida por la noticia del último asesinato del carnicero. El caso es que funcionó. Mi profesor me siguió la corriente.

- Vaya, pues deberías venir a mi casa. Tengo allí mucho material sobre el tema…

En aquel momento sonó el timbre.

- Ahora vuelvo.

Abrí la puerta y era quienes estaba esperando: Alex, Jorge y mi padre.

- Hola padre, hola chicos.
- Hola Elena - contestaron al unísono.

Mi padre se me acercó y me besó la frente. Pude percibir su olor a hombre viejo, cansado de la vida y condenado a la calvicie que le consumía la cabeza.

- Hola señor profesor, ¿cómo le va? – saludó mi padre.
- A mí bien, es mi coche el que tiene un…, un… problema.

Se palpó la frente y me miró fijamente.

- Espero que no le haya molestado que me quede a esperarle en su casa con su hija.
- Para nada. Ahora vuelvo.

Mi padre se metió en el desván donde dejaba la caja de herramientas y bajó a todo gas antes de que yo pudiera parpadear.

- Acompáñeme- dijo colgándose al hombro el trapo de siempre- Acabaremos dentro de nada.
- Se lo agradezco.

Salieron junto con nosotros y se encaminaron charlando hacia el coche

mientras nosotros nos marchábamos a la disco.

***

- Es simpático el nuevo profe, ¿no? - Empezó Alex, con el que llevaba saliendo toda mi vida. – Aunque tiene algo un poco extraño. No sé…

- Sí, es verdad - intervino Jorge- lleva ya tres años en el pueblo y todavía no sabemos nada de él. Por ejemplo, ¿alguien sabe de dónde ha venido?

- Ya, chicos- me puse yo a la defensiva- no seáis tan antipáticos, no importa de dónde haya venido, lo que importa es que es un buen profe y un hombre muy normal. Además, seguro que él también lo está pasando mal, como todos, por la muerte de tantas alumnas de la universidad.

- Lo que tú digas, pero yo le sigo viendo un tanto rarito- dijo Jorge, y cambió de tema: -Chicos, ¿ya conocéis la nueva disco *La Huella*?

La Huella no era un antro cualquiera, era un club de estriptis. La mayoría de los clientes eran jóvenes que, como nuestro amigo Jorge, estaban obsesionados con los cuerpos femeninos. Por suerte para mí, también había algunas compañeras de la universidad, como Daniela.

- Hola Elena, ¿qué haces tú por aquí? - me saludó.

- Nada, nos ha arrastrado Jorge hasta este antro.

- ¿A que no sabes a quién me he encontrado? – Y sin que yo le contestara añadió: - nuestro profe de filosofía.

A partir de ese momento no pude seguir escuchando lo que me decía. La imagen de mi profesor volvió a ocupar mi mente. Por un instante me pareció verle al pie del escenario. Me miró fijamente y sonrió. Me puse muy nerviosa y sentí unas cosquillas en la cintura, me asusté y me di cuenta de que era Alex.

- ¿Te encuentras bien? - me preguntó.

- Sí, lo que pasa es que vi a… - busqué con la mirada al profesor pero

había desaparecido.

- ¿A quién viste?- preguntó Alex.

- Eeeeh… Me pareció ver a una persona conocida, pero… me confundí.

Alex me sacó a bailar pero no pude desprenderme de una extraña sensación de miedo. Le tenía ahí, en el centro de mi imaginación. Miré el reloj y eran casi las once, hora de irse.

Cuando llegamos a la puerta de mi casa vi que el coche de mi padre no estaba e imaginé que habría salido con la estirada de Layevska.

Me asomé a la ventana del salón y vi a mi hermana Tina con su novio Ricardo comiéndose a besos en el sofá. Había dos copas de vino sobre la mesa. Me molestaba ver a mi hermana bebiendo tanto. Primero, la aparición de Layevska en casa; luego, su discusión con papá por los estudios de periodismo; y últimamente, la muerte de su amiga Yoli: el caso es que Tina estaba hecha polvo y sólo encontraba consuelo en su novio Ricardo y en el alcohol.

Volví al coche con Alex. Nos sentamos en los asientos traseros y nos pusimos a comentar lo que pasó en la disco.

- Sólo era una visión, creí haber visto a alguien, un viejo amigo.

- ¿Estás segura? Mira que estos últimos días te encuentro rarísima…

No quería contarle nada. No quería que supiera que hasta en mis sueños me encontraba al profesor, que era una obsesión. No quería que Alex supiera que últimamente dudaba de lo que siempre había sentido por él, que me estaba haciendo un lío.

Antes de que pudiera articular palabra alguna me besó. Cerré los ojos. Sentí sus cálidas manos recorriendo mis piernas. Subió lenta y cuidadosamente hasta llegar al primer botón de mi blusa, lo desabrochó y siguió con los siguientes. Me la quité bruscamente. Nos desprendimos de todo lo que llevábamos encima e hicimos el amor. Hacía tiempo que no experimentaba

aquello. No estoy segura, pero creo que me gustó especialmente porque por primera vez en mucho tiempo no había pensado en mi profesor mientras lo hacíamos.

Cuando entré en casa me encontré a Ricardo, que se estaba vistiendo. Pese a que era policía, Ricardo me caía bien. Cuidaba de Tina, y para mí eso era lo más importante.

- Hola, Cenicienta. ¿Se te pasó la hora o estabas buscando tu zapatito perdido? - ironizó, se me acercó y me dio un beso.
- Hola Ricardo- saludé- ¿Dónde has escondido a Tina?
- Arriba, supongo que estará buscando mis esposas.

Subí las escaleras y la encontré junto a mi habitación.

- Hola Elena.
- Hola - se ató el albornoz y recogió los tacones que estaban tirados en el suelo. Se quedó pensativa.
- ¿Buscas algo?
- Sí, supongo…, pero creo que se me olvidó.
- A lo mejor son las esposas de Ricardo- le dije mientras se las entregaba.
- Gracias, Elenita. No sé dónde tengo la cabeza.
- No tienes por qué agradecérmelo, soy tu hermanita y velaré por ti hasta que me muera.

Me dio un abrazo que llegó hasta el fondo de mi ser, y bajó las escaleras.

Entré en mi habitación segura de que dormiría bien después de aquella tarde con Alex, pero me equivoqué. Tuve una pesadilla horripilante en la que se mezclaban mi profesor, *La Huella*, Layevska, mi hermana, Ricardo, y la cabeza cortada de Yolanda… Desperté muerta de miedo y ya no pude conciliar el sueño, así que bajé a la biblioteca y cogí un libro: *Los dominios*

del lobo. Estuve leyendo hasta que sonó el despertador.

***

Eran ya las seis de la mañana. Lancé un sonoro suspiro, me destapé y miré por la ventana. Las calles se veían frías y desiertas. Salí al pasillo y encontré a mi hermana fumando junto a la ventana.

- Hola, ¿qué haces?

- ¿No lo ves? Estoy fumando. - Sonrió como siempre y me pellizcó suavemente los mofletes.- No se te ocurra volver a montártelo con Alex frente a la casa. Me cae bien, pero os vio Layevska y estuvo a punto de contárselo a papá. Ya sabes que esa gata siempre está espiando lo que hacemos.

- Lo siento- dije-, creí que no había nadie despierto.

Entonces, Tina, sacó del bolsillo del albornoz la pequeña petaca metálica, y echó un trago de whisky. No lo pude evitar, tuve que decírselo:

- Oye Tina, ya sé que últimamente has estado mal, pero creo que el alcohol no es la solución…

- Tú no sabes por lo que yo he pasado: para poder estudiar periodismo he tenido que enfrentarme con padre, que quería que fuera abogada; luego nos mete en casa a la bruja de Layevska; y por si fuera poco, el carnicero ese…

La vi angustiada y la abracé.

- ¿No has pensado dejarlo? ¿Lo sabe Ricardo?

- No, Ricardo no lo sabe. Y prométeme que no se lo vas a decir. Sólo el día que lo deje, él podrá saberlo.

Tina se ató el cabello.

- Me tengo que preparar. Debo ir al periódico a verificar una informa-

ción. Quizá eso me ayude a dejar de beber…

- Oye Tina…
- Dime.

Pero no le dije nada. Simplemente la abracé y ella me besó las manos.

Un rato después bajé a desayunar y encontré a Layevska preparándose un café. La radio daba más detalles sobre el último crimen del carnicero. Aunque no me apetecía, la saludé.

- Hola.

Ella estaba tan concentrada escuchando las noticias que se sobresaltó y se le cayó la taza al suelo.

- ¿Qué ocurre, Layevska, estás nerviosa por algo?
- …En absoluto, cielo, estaba tan concentrada que no te oí llegar.

Me senté a la mesa junto a ella. La miré y me di cuenta de que a pesar de los tres años que llevaba viviendo con nosotros, me seguía pareciendo una extraña igual que… Sí, igual que mi profe.

- Oye, Elena- me dijo con una mirada que no supe interpretar – ayer, antes de marcharse, tu profesor me dijo que le fueras a buscar a su casa. Dice que tiene un libro para ti que te va a gustar mucho…

Pasé el día dudando, pero por fin decidí coger el coche de Tina y me dirigí a la casa de mi profe. Mientras conducía, me invadió de nuevo esa extraña sensación de miedo. Cuando llegué eran las seis de la tarde. Llamé al timbre pero no contestó nadie. Le di unos golpecitos a la puerta y cedió lentamente chirriando.

- ¡Hola!- dije- ¡profesor!

Me puse nerviosa al no recibir contestación, pero di un paso y atravesé el umbral.

La casa era enorme y estaba llena de muebles antiguos. Olía a anticuario. Aquello no era lo que me esperaba. En las paredes había muchas fotos enmarcadas. Fotos en blanco y negro. También vi unos guantes de cuero en la repisa de la chimenea. Y sobre a la ventana, varias cabezas disecadas de ciervos. Aquella casa era siniestra. Me llamó mucho la atención una de las fotos que estaba colgada en una pequeña puerta. En ella se veía una familia en una carnicería. Había trozos de carne por todas partes y un matrimonio con sus hijos, un niño y una niña. Los padres y el niño vestían un delantal blanco y manchado de sangre. La niña vestía uniforme escolar. Parecían felices. No sé por qué, pero quise tocar la foto. Entonces la puerta se abrió y vi unas escaleras que descendían a un sótano. Bajé.

Había poca luz. Olía a sangre, y ese olor me ponía aún más nerviosa. Me adentré lentamente hasta un espacio compuesto por una cama metálica y una mesa larga en la que estaban colocados en orden de mayor a menor todo tipo de cuchillos que en mi vida había visto: gruesos, lisos, finos, fuertes, con sierra, con doble filo, romos, con punta, entre otros. Junto a la mesa había una nevera. Me acerqué. Aunque me negaba a aceptarlo, ya sabía lo que vería dentro. La abrí. Ahí estaba su dichosa colección de cabezas. Cada una de ellas estaba metida en una bolsa de plástico con una pegatina con su nombre. Todas esas cabezas me estaban mirando. Vi la cabeza de Yolanda y sus ojos parecían decirme: "¡corre!".

Lo intenté, pero sentí que mis piernas se aflojaban y me caí.

- ¡Es un asesino! - sollocé- ¡Es un farsante!

Mi respiración era entrecortada. Estaba sudando. Mis dientes estaban castañeteando y tenía frío. Me puse de pie con la idea de irme primero al periódico y luego a la policía. Estaba llena de rabia por el daño que el carnicero había hecho a tantas personas que yo quería, y me daba asco saber

que por su culpa había puesto en duda mis sentimientos hacia Alex. Salí hasta la puerta principal, intenté abrirla pero descubrí que alguien la había cerrado con llave. Aquello era una trampa. Me volví y le encontré avanzando hacia mí tan sonriente como siempre.

- Hola, Elena, ¿me buscabas? ¿Has venido a por el libro que…?

Antes de que terminara me lancé contra él. No sé cómo pero le derribé. Saqué fuerzas de la rabia y el coraje y empecé a pegarle sin control. Por desgracia él consiguió incorporarse, me agarró por el cuello y me lanzó contra la pared: todo se volvió oscuro.

Cuando me desperté estaba atada a la cama metálica. Él estaba al lado acariciando uno a uno sus preciados cuchillos. Entonces me miró y sonrió, cogió el cuchillo más fino y se puso a afilarlo con una cinta de cuero. Luego empezó a hablar.

- Has visto a tus amigas, ¿verdad? A todas les conté mi historia antes de decapitarlas. Tú no vas a ser diferente.

El carnicero, mi profesor, se acercó a mi oído y susurró:

- Escucha atentamente, quizá sea lo último que oigas… Yo no quise matar a nadie. Mi hermana tuvo la culpa. Ella era como tú, como todas vosotras, joven, bonita, inteligente… Yo la quería. Pero tuvo que estropearlo todo con su maldita altanería. Desde que empezó a estudiar en la universidad, cambió. La nuestra era una familia de carniceros. Mi padre quiso que yo fuera carnicero como él, y como su padre y como el padre de su padre… Pasaba días enteros en la carnicería familiar cortando trozos de carne para satisfacer su voluntad. Yo creía que a mi hermana la casarían con algún otro carnicero, pero ella tuvo que ser la excepción.

En aquel momento, el profesor carnicero me arrancó la blusa con el

cuchillo y me acarició los pechos con el filo. Luego, me arrancó hábilmente el sujetador.

- Mis padres la enviaron a la universidad para que fuera alguien y pudiera casarse con un millonario y salir de aquel pueblucho y de aquella vida de huesos, vísceras y sangre… Después de su primer curso en la facultad de filosofía, regresó al pueblo, pero ya no era la misma. Recuerdo su mirada de desprecio cuando, después de un año sin verme, me encontró en la carnicería despedazando un cordero.

Con su cuchillo de carnicero, rasgó mi falda dejando al descubierto mis temblorosas piernas.

- A partir de aquel momento, siempre me miró del mismo modo, como si ella estuviera a años luz de mí, como si mi mundo de animales muertos fuera deprimente y vulgar comparado con el suyo, el mundo de los niños de papá y de los listillos. Después de su tercer curso, la situación era aún más insoportable. Cuando me hablaba, utilizaba palabras que ella sabía que yo no podría comprender, me hacía sentir vil y miserable, me humillaba. Cada vez que yo troceaba algún animal, imaginaba que era ella a quien hacía pedazos. Empecé a odiarla, pero al mismo tiempo seguía queriéndola, aunque de una manera diferente. Hasta que llegó un día, cuando vino de su graduación, en que quise demostrarla mi amor y mi odio:

Por mucho que me revolví en aquella fría cama de metal, el carnicero me quitó las bragas.

- La arrastré hasta la cámara frigorífica, la violé, la decapité y enterré su cabeza. Luego troceé y junté sus restos con las demás piezas en venta. Después de mi primer crimen, me sentí en paz, libre. Ya nada me ataba a aquella carnicería, así que, una noche que mis padres revisaban las cuentas, prendí fuego al local con ellos dentro y me escapé. Viajé a Rusia.

Miró a izquierda y derecha como si buscara algo y prosiguió:

- ¿Adivinas a quién conocí allí? ¿No sabes quién fue la única mujer que supo comprenderme; quién me ayudó a cambiar de identidad; la única mujer que me animó a estudiar filosofía y a demostrarme que yo valía más que mi hermana? Claro que lo sabes: vine con ella a este maldito pueblo hace tres años. Cada uno encontró su tapadera: la mía fue la universidad; la suya fue tu familia. ¿No lo sospechabas? Mi amante, mi compañera es Layevska. Ella me hizo comprender que la única forma de conservar mi paz era seguir violando y matando a chicas como mi hermana. Chicas como tú. Se siente uno bien consigo mismo: es como poner el oído sobre las hierbas y escuchar el "zas" que hacen al cortarse.

Empecé a llorar. No sabía qué pensar. Me puse a gritar y a pedir ayuda. Él se subió encima de mí y adoptó una expresión terrible.

- ¡Escucha! - gritó apretándome la boca tan fuerte que sentí que perdería los dientes antes de llegar a vieja.- Cuando estés en el otro mundo, saluda a mi hermana de mi parte. Dile que sigo ganando yo, que he sido más fuerte y más inteligente…

- ¡Suéltame, maldito…!

Me abofeteó. Noté un fuerte zumbido en el oído izquierdo. Luego sentí la presión de su cuerpo sobre el mío, y su respiración contra mi pecho. Grité de nuevo. Me empezaron a sangrar la nariz y la boca. Me sentí perdida. Maldije aquel momento.

Entonces, milagrosamente, sonó el timbre de la puerta y se escucharon golpes y voces:

- ¡Abre, psicópata! ¡Sabemos que estás ahí! ¡Abre o derribaremos la puerta!

¡Era la voz de Tina! No sé cómo había averiguado que mi profesor era el

carnicero, pero su voz sonó en mis oídos como la voz de un ángel salvador.

El maldito asesino se levantó bruscamente y gritó. Parecía rabioso. Me miró con un odio infinito y desapareció escaleras arriba. Aproveché aquel instante para alcanzar uno de sus cuchillos y soltarme las correas. Estaba tiritando. Cogí una bata sucia de sangre que colgaba de un perchero y me cubrí con ella. Cuando atravesé la puerta, me topé con la punta de su escopeta.

- ¿Dónde crees que vas?

Podía percibir el olor a pólvora de la escopeta. Tragué saliva.

- ¡Vamos! - me gritó, y me empujó con la escopeta hasta el salón.

La puerta principal temblaba por los golpes. Los gritos no cesaban. El carnicero me empujó hacia una ventana. Quería escapar conmigo. Justo cuando íbamos a saltar, la puerta cedió de un golpe. Tina apareció en el umbral.

- ¡Elena! - gritó.
- ¡Tina! ¡Dios mío!
- Ya lo sé todo, él es el asesino.
- Vaya, vaya- dijo el carnicero- las dos juntas. - señalando con la escopeta-: vamos, seguidme.
- Y un cuerno, - dijo Tina- ¿por qué no te vas primero al diablo? Eres un asesino y me encargaré de que pases tus últimos días en una celda de máxima seguridad.

El Carnicero lanzó una sonora carcajada y fijó fuertemente su mirada en Tina. Levantó la escopeta y le pegó un tiro. Grité. En aquel momento entró Ricardo con su pistola. El carnicero también le disparó a él. Luego me agarró del pelo. Con la mirada envenenada y las venas cruzando su cara

y sus sienes me dijo:

- Nos vamos, y si intentas jugármela, te abro un agujero en la frente. ¿Me oyes?

No podía evitar llorar. Mi hermana y Ricardo estaban tirados en el suelo y, a menos que la policía llegara a tiempo, el carnicero me convertiría en su cena.

Salimos al exterior. No sé de dónde vino, pero apareció Alex y con un madero le golpeó en la nuca. El carnicero cayó al suelo y empezó a sangrar inconsciente.

- Lo has matado- grité descontrolada. - Alex, has matado al carnicero.
- Tranquilízate, ¿qué te ha hecho?
- ¡Ha matado a Tina y a Ricardo de un tiro! Alex, él es el carnicero, me lo ha confesado…

Alex no me hacía ni caso. Apartó de un puntapié la escopeta. Se acercó a Tina y le palpó la zona supuestamente herida. Se quitó su jersey para ponérselo a ella. Al menos Ricardo estaba consciente, pero le sangraba una pierna. Alex cargó a Tina.

- ¿Qué haces?, pregunté.
- Tina no está muerta. Se desmalló.

Me acerqué para ver y, efectivamente, respiraba. El impacto de la bala contra la petaca de whisky que llevaba siempre consigo la había hecho perder el conocimiento. Por primera y única vez me alegré de que Tina bebiera. Alex la llevaba en brazos cuando salimos de la casa y yo ayudaba a Ricardo a caminar. De repente oímos un grito espeluznante. Era el carnicero. Había recuperado el conocimiento y venía hacia nosotros con un cuchillo de matarife en cada mano.

- ¡Elena! ¡No permitiré que te escapes!

No sé cómo lo hice, pero agarré el revólver de Ricardo, apunté a mi profesor, cerré los ojos y disparé hasta que se terminaron las balas. Se hizo el silencio. Cuando abrí los ojos le vi sobre un charco de sangre. Había acabado con el carnicero.

***

Aquella tarde todo se había aclarado. Mi hermana había sabido que mi profe era el asesino porque había escuchado alguna de sus conversaciones telefónicas con Layevska. Cuando oyó a nuestra madrastra llamarle "mi dulce carnicero" y supo que eran amantes y que habían venido juntos de Rusia, fue a los archivos del periódico y ató cabos. Entonces avisó a Ricardo y a Alex para ir a detenerle. Se lo contamos a mi padre y, sintiéndose decepcionado y aún más viejo, no tardó en denunciar a Layevska, que poco después fue condenada a cadena perpetua por cómplice y encubridora. A Ricardo le condecoraron, pero su mejor condecoración fue que Tina le entregó la petaca abollada y le juró que no bebería nunca más. Tina escribió un reportaje detallado sobre el carnicero que la convirtió en redactora jefe del periódico. En cuanto a Alex y a mí, esta aventura reforzó nuestra confianza y nunca más tuvimos dudas el uno del otro: nos comprometimos.

El carnicero recibió santa sepultura en el cementerio municipal, y en la universidad le hicimos un homenaje porque, pese a ser un carnicero, había sido un buen profe.

FIN

LA DELINCUENTE ENAMORADA

Diana-Alene IKAKA NZAMIO DOMAZEVICH

Quiero dedicar esta obra en primer lugar a mis padres: mi linda mamá Natalia Igorivna Nzamio y a mi incomparable padre Deogracias Ikaka Nzamio. A mis hermanos: Nelson-Eco Ikaka Nzamio Domazevich, gracias por tu ayuda Ramsés-Nzamio Ikaka Nzamio Domazevich y en especial a mi hermosa hermanita Rosalinda-Nchama Ikaka Nzamio Domazevich, os quiero. A mis queridos primos: Juan-Reginaldo Ikaka Bodipo y Pedro-Antonio Nguere Nguema Nchama junto a su mujer, mi tocaya Diana-Raquel Ondo Ndong. Mi tío Armando Ikaka Banganga. Mi linda sobrina Kim-Eleanor Nguere Ondo y a mis dos amigas: la mejor, Jessica Ewi Nve Ebana gracias por estar ahí siempre, te quiero y Victoria Bololo Bonkanka, por dejar que cuente contigo.

A mi familia en general y a mi clase en particular: 1º Bachillerato "B" y "A" del Colegio Español de Malabo, por vuestro apoyo incondicional.

Diana-Alene Ikaka Nzamio Domazevich

-No sé cómo puedes seguir llamándote mujer.

-Déjame en paz mamá.

-Por lo menos deberías ir a la escuela una vez a la semana –suspiró–. He pagado por ello ¿no te da vergüenza?

-No.

-Tus hermanitos te están viendo – miré a mis hermanitos. Gemelos de cuatro años: Miki y Mike. Estaban parados cerca la puerta del baño mirándome, dos gotas de agua.

-No me miréis – se pusieron a reír y yo me reí con ellos. Mi madre se cruzó de brazos. Una hermosa mujer rubia gastada por el tiempo y divorciada de mi padre. Volvió a casarse y yo apoyé su nuevo matrimonio, fruto de ello son mis hermanitos –. Vale mamá, iré hoy a clase, aún tengo tiempo – sonrió con sus verdosos ojos.

-Debiste haberte quedado con tu padre – dijo mientras se iba con los niños.

-Sigo pensando en eso.

Desgraciadamente tengo que ir a la escuela. Me llamo Tsukiyomi Hana, tengo dieciséis años, soltera y delincuente. He tenido una infancia robada por los colegas de un barrio en el que una vez estuve cuando aún vivíamos con mi padre, hace unos cinco años.

Me puse la ropa que encontré por allí y salí a desayunar. Mi madre abrió los ojos como platos.

Otra bronca se acercaba.

-Hana, tu uniforme.

-¿Qué pasa con él? – me senté. Sabía que se había enfadado. Me había puesto unos pitillos rotos y una camiseta desgastada además de unas chancletas.

-¡Póntelo!

-Es un coñazo mamá. La falda es muy corta y hace que parezca elegante – empecé a desayunar.

-¡No eres un chico! Volverán a llamarme para que hable con la dirección.

-Actúa como siempre – cogí mi mochila y me largué. Mi madre seguía gritándome.

El colegio no estaba lejos por lo que caminar era mi única opción. Dejen que me describa un poco más: mido 1,60, peso 48, esbelta, cabello corto, hasta el cuello y teñido de rojo, negro y violeta. Soy el reflejo de mi madre.

Había llegado a la escuela. Paseé la mirada por los alrededores. No había nada nuevo. Había faltado tres días considerando que hoy es martes y esta es la tercera semana del primer trimestre.

Escupí el chicle y cogí uno nuevo. Mientras entraba muchos compañeros me miraban con cara de "¿Por qué ha venido hoy?". No le caigo muy

bien a la gente de por aquí. Hay algunos con los que puedo echar una charla y tal pero en general soy bastante infame. Entré a la sala y al parecer el silencio entró conmigo. Me gustaba llamar la atención así que desfilé hasta llegar a mi sitio. Mi compañera de asiento, Tría, comenzó a quejarse de mí.

-Acabas de llegar y ya llamas la atención, sin vergüenza.

-Gracias.

-No es un cumplido, no me sonrías.

Ella es la única con quien me muestro un poco más abierta.

-Qué bicho te ha picado hoy – le di un golpecito en la espalda –. Dame los benditos apuntes.

-Los copias por otro lado. Tres días sin venir, animal – quiso esconder su cuaderno pero yo se lo quité.

-Desgraciada, bruta, fea ¿hoy no hay profesor?

-Aún no había llegado el profe.

-Ha llegado un nuevo estudiante – más mierda para la sala –. Están haciendo no sé qué para que se quede aquí.

-Y tendrá que sentarse detrás de nosotras miramos detrás. El único sitio libre de la sala junto a una chica un poco callada. Me tumbé y me quedé durmiendo.

Oía un eco de voz mi cabeza que cada vez se hacía más grande y más grande hasta que lo escuché bien.

-¡Hana!

-¡Qué! ¿si? – todos se rieron. El profesor estaba parado delante de mi pupitre. Ajustó sus gafas.

-Ya que vienes a clase, cosa excepcional, podrías prestar un poco de atención – se fue.

¡Calvo!

-¿No podías despertarme, bastarda? – le golpeé a Tría. Se puso a reír.

-Estabas estupendamente dormida, no metías ruido.

-Perdón, no veo bien la pizarra – escuché una

voz detrás de mí.

-¿Eh? – giré de mala gana. Qué me importaba

si veía o no.

Entonces sucedió. Me quedé mirándole. ¿Qué era eso? Me dolía el pecho y mis latidos aceleraron. Estaba nerviosa y acalorada, mi mente se quedó en blanco… ese chico… era… guapísimo…

-Hana, Hana.

-¿Eh? – me giré rápidamente, colorada. ¿Qué fue eso? No me gustaba ni nada… solo que era guapo, solo eso. Parecía esculpido. Ojos negros como su cabello, que caía revuelto por su cara...

-Jejeje – Tría me echó el ojo - ¿Te gusta?

-¡Qué! No, qué va, qué va… - Negué con la cabeza.

-Estás roja – solo es calor.

-Calor, creo que tengo fiebre o algo así – me levanté de golpe, todos se giraron hacia mí, ¿qué estaba haciendo? –. Profesor, me siento un poco mal, voy un momento a la enfermería – salí disparada.

Me desvié hacia la azotea del centro. Me tumbé en el suelo y respiré hondo. Miré al cielo, hacía un buen día… Él no me gustaba, no era nada de eso…

Una bofetada me despertó de golpe. Me levanté bruscamente, asustada y jadeando. Había vuelto a quedarme dormida.

-Qué coño te pasa! – chillé. Era el chico nuevo.

Mi corazón se volvió a acelerar. Me estaba poniendo nerviosa de nuevo.

-Perdón – se sentó delante de mí. Yo aparte la mirada – es que no te despertabas – hay que admitirlo, era guapísimo… tenía una suave y tranquilizante voz y se le veía muy sereno… como si flotara.

-¿Me oyes?

-¿Ah? Sí, sí ¿qué? – sonrió.

-Me llamo Yair y no soy árabe, por cierto.

-A mí qué me cuentas. Me llamo Hana.

-¿Aún te sientes mal?

-No te importa.

-No pareces muy sociable.

-¿Cuál es tu problema? Además, ¿qué haces aquí? – me crucé de brazos. Debía controlarme…no sabía cómo comportarme bien…

-Yo… solo paseaba, conociendo el centro –se tumbó, mirando en cielo -. ¿Por qué no te pones el uniforme?

-No quiero.

-Creo que te quedaría bien – cerró los ojos. Yo también me tumbé y cerré los ojos. Por ahora trataré de calmarme, pensé, aunque estando así a su lado no sabía si podría.

Abrí los ojos lentamente. El cielo estaba anaranjado…

-¡Qué tarde! - Me levanté de golpe. ¿Cuánto había dormido?

-Cálmate – Yair estaba sentado a un metro de mí. Leyendo. Con su mochila y la mía.

-¿Qué haces aquí? -. ¿Qué hacía él aquí? Tan tarde… no me digas que…

-Es que… - se puso rojo –. No quería despertarte… dormías tan bien…

-¿Qué?

-No es eso… no lo malinterpretes – se levantó.-Vámonos.

Nos levantamos y salimos del colegio. Yo no sabía qué decir… él me había esperado todo este tiempo…. encima era buena persona.

-Nos vemos.

-Vale - me despedí. No sabía qué pensar… ese acto me había tocado, debía agradecérselo de alguna forma.

Había cosas que realmente me molestaban, como esta. Mi madre estaba mirándome con una sonrisa de oreja a oreja y encima, burlona.

-Explícate – se burló.

-¡Hana lleva uniforme! – chillaban mis hermanitos.

-¡Sólo quiero ponérmelo y ya está! – se puso a reír de una manera que dolía -. ¡Déjame en paz! – salí golpeando la puerta detrás de mí -. No se hagan ideas raras, me lo puse porque quiero, nada más… la gente dice que me quedaría bien.

Una vez en el centro, corrí a encontrar a Tría quien se quedó como mi madre. Incluso con la boca abierta.

- ¿Tan rara estoy?

-¡Qué! – me puse colorada. Sabía que no debía traerlo. Era la segunda vez en dos años que venía con el uniforme.

-Hana… ¡Qué guapa! - se me acercó una compañera de clase.

-Gracias. ¡Dejadme en paz!

La campana sonó en su debido momento. Tría y yo entramos a la sala. Nos topamos con Yair en la entrada. Me sonrió. Estaba radiante.

-Te queda muy bien.

-N-no, ¡no me lo puse porque me lo sugeriste! No te vayas a creer.

-Vale, vale – me largué a mi sitio. Tría se quedó hablando con él. Después de unos minutos vino a sentarse. La profesora entró.

-¿Qué hablabas con él?

-Celosa.

-¿Qué? No me lo digas no hace falta – fruncí el ceño. Qué se creía…

Cuando pasó la hora, antes de que viniera otra profesora se me acercó Victoria, una compañera de clase muy guapa, esbelta, alta como una modelo y el tipo de persona que todo el mundo quiere y envidia. Encima era millonaria.

-Vaya Hana, segundo día que vienes a clase… ¡y con uniforme!

-¡Ah! Eres tú, ¿cómo te llamabas? – me hice la chula.

-Eso no importa. Escuché algo muy interesante…

-Oye, ¿por qué no vas a ladrar a otro lado?

-Te gusta Yair ¿no? – la pregunta me sorprendió, pero hice un enorme esfuerzo por parecer indiferente.

-Lo siento, él no es mi tipo – la respuesta le sorprendió a ella también, no sabía ni cómo continuar, pero lo hizo.

-Vaya, ¿oíste eso Yair? – entonces me di cuenta de que él nos estaba escuchando. Cómo pude olvidar que se sentaba detrás de mí. Mi corazón se apretó. ¿Qué debería haber dicho? ¿que me gustaba y que él se enterase así como así? ¿y si yo no le gustaba a él? No iba a retractarme.

-Victoria, siéntate que intento dar la clase – le gritó la profesora.

-Vale… - se alejó dando saltitos. Tría me miró con malos ojos. He actuado bien, es el segundo día y mis sentimientos podían cambiar a lo largo del curso… por eso no quería venir a clase… siempre hay problemas.

-¿Por qué no eres sincera contigo misma? – me preguntó Tría con el ceño fruncido.

-Lo he sido. Yo quiero a quien quiero y él no es ese quién.

-Hana – me llamaron desde atrás. Me giré intentando no mirar a Yair. La chica calladita me pasó una nota "Al parecer hoy iremos a casa juntas. Vicky". ¿Qué quería de mí? ¿no iba a dejar de insistir con eso? Además, era ella la que me estaba incordiando. Arrugué la nota y la tiré a la basura. Que haga lo que quiera.

El colmo del día fue que la tutora cambió a Yair de sitio. Lo puso detrás. Y todo el resto del día no hablé con él… tampoco sabía qué decirle.

-¿Y? – le pregunté a Victoria. Estábamos en una cafetería de mi barrio.

-Lo llevas escrito en la cara – sonrió. Qué pesadilla – te gusta Yair.

-Vale – me crucé de brazos –. Imaginemos que lo admito, ¿dónde está el problema?

-No seas tan dura conmigo, solo intento ayudarte.

-Eres tú la que me has puesto en una situación incómoda ahora… ¡No veo que ayudes en nada!

-Te daba una oportunidad de declararte… - tomó un poco de helado.

-Parece que me has puesto el ojo ¿eh? ¿por qué? No me llevo bien con nadie salvo Tría ¿qué te pasa?… Encima no diré que otra persona…tú, tú – le señalé con el dedo.

-Siempre me caíste bien… pareces muy interesante… aunque no sabía cómo acercarme a ti… hasta que os pillé en la azotea – se puso a reír. Yo me sonrojé.

-Lo siento – me levanté para irme –. No puedo fiarme de ti – ella se levantó bruscamente y me agarró la muñeca, estirándome hacia ella, tanto que casi se tocaban nuestras narices. Sonrió. Definitivamente no puedo fiarme de ella.

-Nos vemos mañana – cogió su mochila y se fue. Desgraciada… yo soy quien tiene que pagar la cuenta.

Me tumbé sobre la cama después de bañarme.

Me había llegado un mensaje de Tría: "Ya te juntas mucho con Vicky… parece que vas siendo sociable" ¿Qué? "Ella es quien está pegadita a mí con lo del tema de Yair… no le hago caso" le respondí. "Te gusta Yair… sólo admítelo" volvió a enviarme "Déjame en paz" contesté "Jejeje, buenas noches". Definitivamente ir a clase no era una buena opción.

A la mañana siguiente, antes de irme a clase lo pensé dos veces… pero al final decidí ir, porque si no fuera así, la gente pensaría que soy débil y estoy huyendo de mis problemas. Yo no huyo y encima mamá ya está emocionada porque voy, no quiero decepcionarla como lo he hecho toda la vida.

Me miré al espejo. Los tintes de mi cabello ya se estaban aclarando, dando paso al color castaño natural de mí cabello y encima mi cabello ya estaba creciendo. Ahora rozaba mis hombros.

Dejaré que crezca.

-Hana, te buscan – entró Mike al baño.

-Hana, te están buscando – entró corriendo

Miki. Un escalofrío recorrió mi espalda.

-¿Quién?
-Una chica alta.
-Tiene grandes tetas.
-Lleva tu uniforme.

Les dejé en el baño describiendo a esa chica. A decir verdad no sabía quién era. Me topé con mi madre en el pasillo. Venía sonriendo.

-Bien hecho Hana – me dio un golpecito en la cabeza – ya tienes amigas.
-No tengo ninguna amiga mamá. Apártate – cogí mi mochila y salí.
-¿Vamos a clase juntas? – Victoria.
-¿Para qué has venido hoy? – comencé a caminar. Ella me seguía detrás.
-Para ir contigo a clase, ¿no puedo?
-Si te llevan en limusina.
-Ya, pero hoy les dije que me dejasen aquí – sonrió. Victoria era muy guapa, pero a la vez escalofriante, cuando no tienes ni idea de lo que trama.
Seguimos caminando. Después de unos minutos ya veíamos el centro.

-Tengo un plan para que te acerques hoy a él -rompió el silencio.
-¿Sigues con eso? Qué pesada.
-Tienes que admitir tus sentimientos, no te irás a arrepentir por el resto de tu vida.
-¿Y?
-¿Qué?
-Tu plan, tu plan – fruncí el ceño.
-¡Ah! ¿has hecho tus deberes? – negué con la cabeza –. Bien, le pediremos el cuaderno.
-Pero si tú los has hecho ¿no?
-Sí, pero haré como si no.

Esa chica quería algo de nuestra relación… ¡Quizá quería que le debiera algo para el resto de mi vida! Era muy extraña.

Al entrar nos reunimos con Tría. Se pasaba el rato tomándome el pelo, pero era mejor que estar sola todo el día. Ella también insistía con lo de Yair. Al final Victoria se separó de nosotras y entramos a la sala.

Cuando tocaron para la segunda hora Victoria vino a encontrarme. Me agarró en contra de mi voluntad y fuimos al sitio de Yair. Yo ya estaba acalorada.

-Hola, Yair – le saludó Victoria.

-Hola – contestó él. Yo asentí - ¿Qué pasa?

-¿Has hecho los deberes de mates? – él asintió.

-¿Nos los dejas? – pidió Victoria con una voz melosa, escalofriante. – Es que esa tonta y yo no hemos hecho los deberes.

-Vale – sacó su cuaderno y me lo entregó con una sonrisa. – Entiendo que Hana no los haya hecho – ¿Qué? – Pero tú… – señaló a Victoria.

-Se me olvidó – contestó ella.

-Oye, oye – les llamé la atención –. ¿Qué tipo de imagen tenéis de mí? ¿la de una vaga?

-Sí – contestó Yair.

-Qué bromista, pero para que quede claro es ella – Victoria me tapó la boca y me sacó

a rastras de ahí. Me acompañó a mi sitio quejándose.

-¿Eres tonta? Deja de contar lo innecesario.

-Es que…

-¿Has hecho los deberes? – negué con la cabeza. Pues él tiene razón al tomarte por vaga.

-Yo hubiera pedido los ejercicios a Tría.

-Yo no te los hubiera dado – afirmó Tría.

-Qué cruel…

-La próxima vez piensa lo que vas a decir – se largó Victoria.

-No me deja con lo de Yair – le dije a Tría.

-Y cómo van las cosas entre vosotros.

-Como siempre – respondí con una voz apagada.

-Así que reconoces que te gusta – sonrió triunfante. Solo asentí. El consejo de alguien rondaba por mi cabeza "Tienes que admitir tus sentimientos, no te vayas a arrepentir más tarde" – eso es bueno.

Mientras pasaba la clase yo copiaba los ejercicios de Yair que, siendo sincera, estaban bien hechos. Fui a darle el cuaderno a Vicky para que se lo devolviera, pero ella se limpió las manos por lo que tuve que ir a devolverlo yo sola. Le encontré campante en su sitio hablando con un compañero.

-Toma, gracias – dejé el cuaderno sobre la mesa.

-You are welcome.

-¿Qué? – en inglés estaba fatal.

-Eres bienvenida… tu inglés cero ¿eh?

-No te burles, que no a todos les va bien algo.

-Se nota – se puso a reír. Sonreí.

-Bueno, me voy.

Victoria vino a encontrarme con una sonrisa. Quiero irme a mi casa… ¡Qué pesada! Encima venía cantando una canción sacada de una película de terror.

-¿Y? – me preguntó.

-Nada de "¿y?".

-Os he visto sonreír.

-¿Y?

-Nada de "¿y?" – nos pusimos a reír, eso sí era gracioso - ¿Quedamos esta tarde?

-Vale – no me quedaba más remedio. Podía ser la oportunidad de conocerla a fondo.

Después de clase, Victoria, Tría y yo quedamos en encontrarnos por la tarde. En casa tomé una ducha con mis hermanitos y comencé a prepararme para la salida.

-¿Vas a salir? – irrumpió mi madre en mi habitación.
-Sí.
-¿Con quién?
-Con unas compañeras, ni un comentario mamá – me hice una coleta, varios mechones se salieron.
-¿Eh? Cariño – llamó a mi padrastro -. Hana va a salir con sus compañeras – se puso a reír. Que grosera y salvaje. Aunque entiendo un poco de su alegría. He estado sola durante mucho tiempo… creo que ya se estaba preocupando.
-Me estoy marchando.
-Cuídate. Mira los coches antes de cruzar.
-Me alegro Hana – dijo mi padrastro –. Espero que realmente sean compañeras – sonrió.
-Quién puede querer a esa bruta – se burló mi madre.

Salí de casa. Paré un taxi y fui a encontrarme con ellas. Ya estaban ahí, en la pastelería-restaurante "Salsa y Salsa", estaban muy guapas. Tría con una faldita jean y una blusa blanca que combinaba con sus sandalias. Llevaba su negro cabello recogido en una coleta más larga que la mía pero más corta que la de Vicky, quien llevaba sólo un lindo vestido de tirantes color crema.

Algo ajustadito y su cabello castaño suelto. Caía como una cascada sobre su espalda hasta debajo de su cintura.

-Hola – las saludé en cuanto me bajé del coche
-¿Habéis esperado mucho?
-No, casi acabo de llegar – respondió Tría.
-Yo también. – me miró con el ceño fruncido –

¿Oye, no tienes ropa más femenina?

-No – repliqué orgullosa. Tenía unos vaqueros negros, unas zapatillas High Top rojas y un polo rojo un poco grande.

-Vamos a esa tienda – me cogió del brazo y comenzó a tirar de mí. Tría nos seguía detrás.

-Oye, oye, espera. ¿Para qué vamos ahí?

-Voy a comprarte algo de ropa femenina, Yair te tomará por su amigo no por su novia.

-Si aún no salimos.

-Saldréis.

-Qué seguras estáis – entramos a una tienda que yo no sabía que existía en mi ciudad, era grande y se notaba el aire a clase alta, quedaba cerca de la pastelería –. Déjalo ya Vicky.

-Que no.

Me senté mientras ellas buscaban ropa que me quedase bien entre tantos tops, shorts y otras cosas extravagantes.

-Tiene que verse masculina pero con ropa de mujer – le decía a Tría.

-Tienes razón, entonces… creo que esto le quedará perfecto.

-Es verdad, Hana, ven un momento – me llamó Vicky. Estaban muy centradas en su tarea. Me levanté con desgana y me acerqué a ellas arrastrando los pies. Con cara de aburrimiento.

-Anímate, encima que lo hacemos por ti.

-No creo habéroslo pedido – me dieron un montón de ropas y me empujaron a cambiarme.

No me quedaba otra. Me cambié. No tenían mal gusto. La ropa molaba. Unos shorts, una camiseta gris con no sé qué dibujos y unas zapatillas Vans grises. Me gustaba y se veía realmente sexy. Salí del vestuario. Vi cómo se enorgullecían de su elección.

-Yo… no sé si cogerlo – me daba algo de vergüenza que me regalases ropas tan caras. No podía aceptarlo.

-Qué dices, es un regalo y punto – Vicky fue a la caja. Después de un tiempo, volvió con una bolsa para meter la ropa que yo había traído antes y salimos de la tienda.

Caminamos charlando de vuelta a la pastelería. Nos sentamos en la terraza y pedimos lo que íbamos a tomar.

-Con que tienes novio – Vicky tenía novio.
-Sí, me extraña que aún no os hayáis enterado.
-¿Le conocemos?
-No, está en la universidad. Así que no creo.
-¿Desde cuándo salís?
-Ya llevamos casi un año y medio.
-Te gusta ¿no?
-Claro, por qué iba a salir con alguien que no quiero. Todos le conocen en casa.
-¿Cuántos años tiene?
-Dieciocho. Dejadlo ya chicas, cuando tenga la oportunidad os lo presentaré.
-¿Y tú Tría? – le pregunté.
-Aún no ¿y tú Hana? – tomándome el pelo, se rieron de mí.

Al poco rato el camarero nos trajo la comida y centramos nuestra atención en comer.

-¿Qué hacéis aquí? - una voz muy familiar nos llamó la atención. Yair.
-Oh! Yair hola – le saludó Vicky.
-Hola Yair – Tría.
-Hola – yo.
-No sabía que Hana se vestía así – me ruboricé. -Te queda muy bien.
-No me importa tu opinión – Vicky me pisoteó debajo de la mesa –. Gracias – alcancé a decir.
-Estamos tomándonos un descanso de los ejercicios – le comentó Tría.

-Alguien aquí no debería hacerlo – se burló de mí otra vez. Las demás se rieron, otra vez.

-Voy a matarte Yair – le amenacé –. Aunque no los haga saco buenas notas.

-Vale, vale.

-¿Por qué no te quedas? – maldita Victoria, lo hacía especialmente para joderme.

-Me gustaría, gracias pero tengo planes con unos amigos así que, otro día será –. Gracias.

-Adiós.

-Qué pena… bueno.

-Hasta luego chicas – se fue sonriente.

-Pobre Hana… su amor se está alejando….

-Déjame en paz Vicky – eso ya me estaba molestando –. Al final no va a haber nada porque siempre os estáis metiendo.

-Lo siento – ellas realmente no tenían la culpa. Solo intentaban ayudarme.

-No, perdóname tú a mí – me disculpé –. Es que me pone un poco nerviosa todo esto,

gracias por todo.

-Qué tal si después de aquí vamos al parque – sugirió Tría -. A cambiar esas feas caras malhumoradas.

-Tienes razón – la acompañó Vicky –.

Terminemos y vayamos.

-Vale.

Después de comer y tomarnos unos helados, paramos un taxi hacia el parque más cercano. Algo en mí estaba cambiando. No era esa sensación de cuando estaba en mi antiguo barrio con mis colegas y saqueábamos abacerías, montábamos peleas de grupos, free time, break dance y todo ese rollo… Ahora me sentía como si me hubiera abierto al mundo, a las perso-

nas, sentimientos que no tenían antes los estaba descubriendo ahora. Era algo nuevo y hermoso. Tal vez ir a la escuela no era malo del todo.

Nos subimos a varias atracciones como la montaña rusa, el platillo volante o el barco que vuela… También entramos a una casa encantada donde las tres estábamos cagadas de miedo. Nos sentamos a tomar el aire en una cafetería donde volvimos a comer y charlar sobre cosas triviales.

Lo estábamos pasando bomba. Al final, en la noche, nos sentamos a ver fuegos artificiales, eran hermosos. Siempre los había visto pero ahora me parecían más bonitos.

-Molaba ese de siete colores – comenté.

-A mí me gustan más los que tienen uno solo… son más suaves.

-Ya, como el azul o el blanco – Tría apoyo a Victoria.

-El ruido de cuando explotan es fuerte pero no molesta… es extraño ¿no?

-Quizá sea por su belleza.

-Qué poética Tría – me burlé.

-Muérete – nos pusimos a reír. Un mensaje me llegó. Era mi madre, pedía que volviera a casa porque quería salir con mi padrastro. Quería que me quedase con los pequeños. Qué molestia. Justo cuando me estaba divirtiendo.

-¿Quién era?

-Tengo que irme chicas. Es mi madre, quiere que vuelva.

-Es verdad, ya es tarde – confirmó Victoria mirando su teléfono.

-Bueno, es hora de irnos, ha sido muy divertido, nos levantamos y fuimos a la autopista a parar un taxi cada una. Yo encontré taxi primero por lo que tenía que irme antes.

-Vale, hasta mañana – nos dimos varios besitos y me fui. Mi madre y mi padrastro estaban esperándome en la puerta, bien vestidos. Al verme quedaron un poco como en la luna. Obvio. Me había cambiado la ropa.

-Luego te lo explico mamá.

-Cuida de los niños, venimos ahora – explicó mi madre.

-Nos han invitado a una fiesta. Si quieres puedes venir – me invitó mi padrastro.

Realmente no quería.

- No gracias, tomaos vuestro tiempo.

-Ya les he bañado y ya han cenado, solo espera a que se duerman – entraron al coche de mi padrastro y se fueron. Entré a la casa. Los mocosos corrieron a mis brazos.

-¡Hana! – saltó Miki.

-¡Hana ya vino! – luego Mike.

-¿Dónde estabas?

-De paseo con unas amigas.

-¿Qué nos has traído?

-Nada. Otro día os compraré un regalito ¿ok? ¿Qué habéis cenado? - les pregunté mientras me cambiaba. Subieron a mi cama y comenzaron a saltar.

-Cola cao.

-Patatas con salchicha.

-Dos manzanas y agua – qué interesante cena.

-Ah! Qué bien… vais a crecer… grandes. Dejad de saltar me vais a gastar el colchón. Fuera, fuera – les bajé de la cama pero volvieron a subir. Quise volver a bajarlos pero se escaparon.

Tener hermanitos… ¿no podía ser una niña tranquila y bonita que me comprendiera? Aunque viéndome… no creo que ella fuera tan tranquila.

Cerré las puertas de la casa y me tumbé sobre mi cama. Estaba cansada. No me divertía así muy a menudo, se sentía especial. Mis hermanitos vinieron a tumbarse sobre mí. Molestando y tapándome la cara con almohadas. Eran muy fuertes y encima eran dos… me tocó bailar con la más fea.

-¡Parad! Me hacéis daño – les quité de encima pero eran persistentes - ¿habéis apagado la tele?

-Sí.

-¿Yo también tendré tetas? – me preguntó Mike mirándose el pecho.

-Solo lo tienen las chicas, aunque Mary todavía no tiene – le contestó Miki.

-Qué tontos sois. Mary aún tiene cinco años qué tetas va a tener. Feos.

-¿Se crece antes?

-¡A dormir! Estoy cansada. Qué pesados con lo de las tetas. Ya veo vuestro futuro – pero no se calmaban y seguían molestándome. Dentro de poco vendrá el monstruo que come a los niños que no duermen – intenté asustarlos pero fue inútil.

-Doraemon ya lo venció – me replicaron.

-Queremos tomar más leche.

-¿Vais a dormir después de eso? – asintieron –.

-Está bien, vamos a tomar algo de leche.

-¡Vamos corre! – salieron corriendo, uno detrás de otro. Quise correr con ellos, pero me caí a medio camino dañándome el trasero. No era lo mío.

-Después de que tomamos leche y metieron un poco más de ruido, se quedaron durmiendo en mi cama. Dormí con ellos ya que llevarlos yo sola a su cuarto era un coñazo. Y en mis sueños, solo aparecía la cara de Yair.

-Así pasaron las dos semanas siguientes: entre que me acercaba a Yair y entre que me ponía nerviosa y parecía que él no me interesaba ni un poquito y cómo no, tenía detrás a Victoria y Tría. Mi vida escolar había cambiado. Puede que no le de mucha importancia, pero realmente me hacía muy feliz… y cuando me paraba a pensar en mi antigua vida… no parecía que hubiera existido, ya no sabía cómo era sentirse sola y apartada, criticada y sin planes para el futuro, ellas habían llegado a mí como un rayo de esperanza y Yair, él había llegado a mí como un renacer.

Nuestro punto de encuentro era la azotea. Casi siempre quedábamos mirando el cielo o hablando de lo pequeñas que se veían las personas abajo.

Era muy divertido.

-Ya van a tocar Tría, los ejercicios de lengua – le supliqué.
-Toma, toma ¿no ves que estoy copiando los de inglés?
-No trabajáis ¿eh? – se burlaba Vicky. Ella siempre tenía los ejercicios hechos. Era muy responsable y amable, educada, sin embargo, yo ya había visto la cara que pone cuando se enfada… y déjenme decirles que… no es nada divertido… es el diablo en el mundo. Ella era la mejor alumna de la clase, guapa y rica… El otro día fuimos a su casa y sentí que yo vivía en un cartón con toda mi familia, era enorme…

Tenían mayordomo y sirvientas… Todo le era servido en bandeja de plata pero lo que más me impresionó es la manera con la que trata a sus sirvientes, con respeto.

-¿Te aburres en tu casa Vicky? – le pregunté.
-No ¿por?
-Es que haces lo deberes tía…
-De verdad. Te apoyo Hana – la campana sonó. Recogimos los materiales y corrimos a la sala.

No me daba cuenta pero ya casi era el final del trimestre. La navidad estaba cerca… las vacaciones. Espero poder verlas en ese tiempo. Una nota llegó a mi pupitre, enseguida supe que era Vicky, ella era la única que se sentaba lejos de nosotras. Ponía "salimos hoy en la tarde, os presentaré a mi novio" ¿A su novio? Me pregunto qué tipo de persona es y qué gustos tiene ella.

-Tría – la bajé de las nubes – Vicky dice que hoy nos presentará a su novio… que vayamos por la tarde a su casa.
-¿Ha dicho dónde?
-No… he hecho una suposición ya que no lo ponía.
- Qué boba eres – reímos – de acuerdo. Solo pregúntale dónde.

Puse "sí, dónde" y se lo envié. Al poco rato me respondió con un "en ese restaurante que está cerca de… ¡ah! Salsa y Salsa… siempre se me olvida" ahí otra vez. Ese restaurante me gustaba mucho, hacían los mejores helados de todo el país… me encantaban.

Después de despedirnos me fui a casa. Mis padres habían llevado a los niños al hospital para la vacuna, solo le escribí un mensaje avisándola que voy a salir. Me duché, me cambié y esperé viendo la tele a que llegué la hora. Nunca haciendo los deberes.

Victoria estaba preciosa. Llevaba puesto un elegante y a la vez casual vestido rojo. Un moño y ligeramente maquillada… se veía como alguien con clase, como una muñeca. Quise volver a casa a cambiarme ya que yo iba como un chico adolescente.

-Estás… me he quedado sin palabras – sonrió ante mi cumplido – en serio.

- Gracias… es que… hay que estar bonita para el chico – me guiñó el ojo. Estuvimos fuera un poco más esperando a Tría y unos minutos más tarde llegó corriendo como alma que sigue el diablo.

- Lo siento… - jadeaba – perdón… ¿habéis esperado mucho?

- No… casi nada – le respondí.

- Venga vamos, que está esperando dentro. Subimos al segundo piso. Tría también estaba muy bonita. Llevaba vaqueros pitillos con sandalias y una linda blusa además del cabello recogido… yo era la única que lo llevaba suelto…

-Victoria… ¿quién es ese príncipe? - ese chico era hermosísimo… un príncipe azul… yo… no sabía qué decir. Se levantó en cuanto nos vio venir… qué galante.

- Os presento… él es Roberto, mi novio y éstas son mis amigas, Tría y Hana.

-Es un placer – hacían una hermosa pareja… no, eran la pareja perfecta. Él era alto, sexy, bien definido con ojos rubios y cabello castaño… y

tenía una voz…

-Hana, cierra la boca que se te está cayendo la baba.

-¡Es mi tipo! – dijo Tría.

-Qué amigas más divertidas tienes.

-Sé mi amante – le propuso Tría. Él se puso a reír… ¡qué risa tenía!

-Lo siento… pero solo tengo ojos para Victoria.

-Qué cosas dices cariño - ¿Cariño? Ella se puso roja… - Venga sentémonos – Él le arrimó la silla. Qué envidia.

-Tría – la consolé – te han rechazado.

-Hana… Encontré al príncipe de mis sueños… pero ya era de otra… - nos pusimos a reír. Se veían tan bien… pedimos comida y brindamos por ellos. Me pregunto si así me veré con Yair, tan amorosos y combinados… me daba vergüenza el solo pensarlo, pero deseaba que fuera así… no tan igual… el chico de Victoria era guapo y todo eso

pero no era mi tipo, era muy galante y amoroso… yo quería a Yair, él si era mi tipo.

-Pareces una muñeca Hana – me dijo.

-¿Eh? G-gracias… - me ruboricé-. No me lo dicen muy a menudo.

-Estás muy callada – me miró preocupada Vicky -. ¿Pasa algo?

-No, nada, solo pensaba en mis cosas, no te preocupes.

-Bueno, vale… si pasa algo me lo dices – asentí.

-¿Qué pasa? – me susurró sonriente Tría -.¿Cambiando a Yair?

-Imbécil, Yair nunca será cambiado… solo pensaba en que ellos hacen buena pareja… es galante y todo eso pero no es mi tipo.

-El mío tampoco… - le miré arqueando las cejas.

-En serio, solo lo decía como un cumplido, para que sepa que es guapo y tal… no es mi estilo – nos reímos.

-¿Qué andáis murmurando ahí? – nos pilló Victoria.

-Nada… nada.

Después de comer y charlar un montón conociendo a Roberto: dieciocho años, estudiante universitario, ayuda en la empresa de su padre, quien es amigo de la familia de Victoria y así se conocieron… etc. Más tarde, él

nos llevó a casa a cada una en su auto… ¡Tenía un auto! Y más tarde llegaron mis padres con los mocosos. Mi vida iba bien.

Casi a finales del trimestre, un día de recreo, me llegó la peor noticia de mi vida… y me la trajo Victoria. Esa noticia me volvió a derrumbar, volvió a abrir un hueco en mi corazón como el que se abrió cuando mis padres se pegaron, salimos de casa y no volví a ver a mi madre sonreír, solo que, de menor tamaño, aun así, era un agujero que dolía. Dolía un montón.

Ese día yo esperaba a Victoria y a Tría en la azotea como siempre, solo que tardaban un poco. Vicky entró abruptamente.

-¿Por qué has tardado tanto? Coño – no tenía muy buena cara. Creí que ella tenía algún problema con su novio -. ¿Qué pasa?

-Malas noticias… ¡por eso te decía que no pierdas el tiempo! – chilló de repente tan fuerte que me asusté.

-¿Qué pasa Vicky? – el humor se me cayó

al suelo.

-Tría está saliendo con Yair.

-No tiene gracia Vicky.

-Tampoco esto – me mostró su teléfono. Ahí aparecía una imagen. Tría y Yair besándose.

Eso… eso no tenía gracia, era una broma pesada. Tría era mi amiga… yo… estaba acabada. Era muy repentino. Era tanta la desesperación que tenía, que podía saltar por la azotea… quería morirme. Tría sabía cómo me gustaba Yair… ella no podía hacerme eso… ¿por qué? ¿qué ganaba ella con hacerme eso?

Me puse a llorar, era lo único que podía hacer en ese momento. Llorar. Vicky me abrazó y lloré en sus brazos. Incluso cuando tocaron, seguimos así en la azotea hasta la salida, cuando ya no quedaba nadie. Todo estaba tan fuera de mi alcance… no podía alcanzar nada. Había perdido dos cosas

a la vez y no podía decidir por ninguna… eran como dos mundos separados que unía yo pero no podía estar en ninguno. Si estaba en uno perdía el otro. No entendía nada.

Llegué a mi casa y me encerré en mi cuarto. No quería ver a nadie, comer o hacer ninguna otra cosa que no fuera solo descargar esa rabia. Lloré, lloré hasta despedazarme aún más. Empeoré la herida, la abrí tanto con esa pena que ya me consumía. Dolía mucho… mi pecho dolía… qué podía hacer, qué debería hacer… mis manos estaban vacías.

Pasé toda la noche sin dormir y al día siguiente no fui a clase. Mi madre llamaba a la puerta preocupada y le dije que era solo un resfriado.

Que no se preocupara y mi padrastro le dijo que me dejara en paz. Ya no podía llorar… no quería.

Llorar sería perder y admitir las cosas tal y como estaban. Dormí un poco hasta que unos golpes a la puerta me despertaron.

-¿Hana? Soy yo, Victoria… ábreme por favor. Me levanté con un enorme dolor de cabeza.

La abrí la puerta. Su rostro tampoco estaba muy feliz. Sentía la misma pena que yo, o algo parecido. Acababa de salir de clase. Llevaba puesto el uniforme y traía su mochila. Se había molestado en venir aquí.

-Hola – la voz me salía como pasada por una trituradora.

-¿Estás bien? – se sentó conmigo en la cama.

-Sí, un poco… - forcé una sonrisa.

-Si te vieras en un espejo… tienes los ojos hinchados – suspiré en respuesta -. ¿Has comido algo?

-No…

-¡Qué bien! Porque te he traído algo muy delicioso – abrió su cartera y sacó una bolsita que olía muy bien. Donuts de chocolate y vainilla, varios

trozos de pastel y copas de helado. Sonreí. Esta vez no era forzada.

-¿Y si hubiera dicho que he comido?

-Hubiera dado lo mismo – sonrió –. El pesado de mi novio quería venir conmigo.

-¿Se lo has contado?

-Es que también lloré ayer y él vino inesperadamente… no se lo podía ocultar…

Empezamos a comer. Todo era tan rico… pero la pena me robaba algo del sabor.

-Hacéis buena pareja… me gusta que te quiera tanto.

-A veces llega a ser cansino ¡eh! Se vuelve muy pesado con el típico "no me has enviado ningún mensaje… ¿dónde estás? ¿con quién…? Quiero verte…" cosas así.

-¿Eso molesta?

-Te falta para entenderlo… pero… es muy tierno y simpático, divertido, es mi amigo y novio a la vez… lo amo, lo amo mucho.

-Qué envidia… me pregunto cómo seríamos Yair y yo.

-No te rindas.

-¿Qué?

-Que no te rindas… sigue intentándolo… no sé qué ha pasado pero, ni se te ocurra tirar la toalla.

-No pienso hacerlo, tranquila... – quedamos en silencio unos minutos – pero duele ¿verdad?

-Sí, duele… es nuestra amiga.

-Sí, porque lo sigue siendo… todavía… creo.

No lo sé…

-Yo tampoco… no sé cómo tomar las cosas…

- su celular sonó, le habían venido a recoger -.

Vendrás mañana, ¿verdad?

-Sí, iré…

-No llores más.

-No pienso hacerlo – y se fue.

Mañana afrontaré las cosas. Pienso hablar con Tría mañana y que me dé una explicación razonable sobre esto, sobre todo esto. No quiero perderla como amiga… quiero que me dé una razón que yo acepte. Aunque no sé si la aceptaré. No tengo ningún problema con que nos guste la misma persona pero, así no se hacen las cosas… eso es traición, me parecía. Salí a que me viera mi madre. Ella hizo como si nada hubiera pasado y me habló normalmente. Yo le seguí el rollo. Gracias por entender mamá. Creo que ir a clase… era la causa de todo eso…pero ¿cuál era mi respuesta? ¿era una buena decisión o mala? Tengo que encontrar también esa respuesta.

Hoy si iba a ver a Tría. No podía esconderme, no me gustaba parecer débil y mucho menos no dar la cara a los problemas. Hablaría con ella y le preguntaría por lo que pasó. Le gente me miraba mucho. De seguro tenía una cara muy triste y yo que siempre vengo metiendo ruido y mirando a la gente por encima del hombro. Ahora estaba cabizbaja.

Vicky corrió hacia mi encuentro sonriente. En parte vine porque no quería preocuparla. Ayer intentó animarme… después de una charla sobre ejercicios vimos a Tría llegar y fuimos a su encuentro. Ella tampoco tenía muy buena cara.

Me sentía mal por ella también… no sé por qué.

-Qué mala cara tienes Hana – me dijo ella sonriendo.

-¿Por qué Tría? – fue lo único que salió de mi boca. No la odiaba pero mi rabia y decepción se aferraban a mi piel. Me controlé.

- ¿Lo de Yair y yo? – me preguntó como si fuera un tema relevante –. Estamos saliendo.

-Sabes cuánto me gusta, porque sigue gustándome.

-A mí también me gusta y yo, no pierdo el tiempo.

-¡Estás afirmando que yo sí lo hago!

-¡Pues no parece que estés avanzando mucho!

-Lo estoy intentando… ¿crees que es tan fácil para mí? – me tembló la

voz. Debía controlarme.

-Las cosas no se hacen así, Tría – le dijo Vicky.

-Tengo mi metodología y gracias a ella está saliendo conmigo.

-Entonces ¿por qué haces las cosas así? – iba a ponerme a llorar –. Vámonos Vicky, no vale la pena.

Después de eso Vicky me anunció que le pidió a la tutora que nos cambie de sitio. Ahora me sentaba con ella. Era más fácil para mí.

Miré a Yair y suspiré. Todavía me gustaba… era tan… apuesto, tan guay… le quería un montonazo.

-Deja de mirarle… o tu amor aumentará.

-Pero… - volví a suspirar.

-¿Qué vas a hacer ahora?

-No lo sé…

-¿Te rindes?

-Yo… - ¿Iba a rendirme? –. Yo creo que no, no me voy a rendir, le voy a arrebatar al novio.

-¡Esa es mi chica! Aunque haces que suene mal.

-He pensado lo mismo – nos reímos un poco –. Gracias Vicky.

-¿Eh?

-Gracias… por estar ahí, conmigo.

-Ni lo menciones, somos amigas ¿no?

-Claro – Éramos amigas, entonces, ¿qué era Tría para mí?

Las vacaciones del primer trimestre estaban a la vuelta de la esquina y hasta ese tiempo, voy a conquistar a Yair. No tiraré la toalla.

En casa todo seguía igual. Ayudé a mi madre con la comida y nos sentamos a cenar con los mocosos. Mi padrastro estaba de viaje.

-Dejad de hacer pavadas con la comida – les chilló mi madre.

-Mamá – me ruboricé un poco -. ¿Cómo conquistaste a papá? – la comida se le cayó de la boca. Ya sabía que era raro que preguntase cosas como esas.

-¿Qué? - permanecimos un poco en silencio

- Hana ¿estás enamorada?

-¡Q-q-q-q-qué dices mamá!, no digas disparates. Dios, olvídalo.

-Él sí me conquistó a mí. Un día me pidió salir y yo acepté porque él era muy popular y guapo. Con el tiempo me fue gustando hasta que no lo soporté y… así terminaron las cosas.

-¿Y al padrastro?

-Bueno… ahí sí usé mis dotes para conquistarlo… yo soy muy guapa por lo que él no pudo resistirse… cambiando de tema Hana, ¿quién es el desgraciado?

-¡Qué grosera mamá! Bruta, es afortunado.

-Lo admitiste… ¿ves? Creo que ir a clase tiene sus beneficios.

-Ya… aunque una amiga me le ha arrebatado.

-En el amor no hay amistades que valgan, ve a por todas.

-Mamá, yo no puedo hacer eso y aunque pudiera no sé cómo lo haría.

-Pues… - quedó pensativa – llámale, quedáis y te abalanzas sobre él – lo veía venir. Ahora te entiendo mucho mejor padrastro.

-¡No soy tan desvergonzada como tú! Cielos mamá.

-Tu lenguaje ha cambiado mucho… creo que es por buena influencia.

-Ya te gustaría.

-Me gusta tu amiga esa, Victoria, me parece buena chica – asentí –. La otra tampoco está mal – se levantó –. Ayúdame a llevar a los niños a la cama.

Los mocosos estaban durmiendo sobre la mesa. Los cogimos uno cada una y los llevamos a su cuarto. Recogí la mesa y fui a dormir dando un beso de buenas noches a mi madre. Pasé gran parte de la noche pensando en qué hacer sobre el caso ya que todavía estaba matándome, aun dolía y Yair seguía apareciendo en mi mente de esa forma, sin avisar, robándome más el corazón.

Salí de la dirección. La profesora me había llamado para hablarme de mis notas. Era un poco pesado. Me quedaré con mates.

-Hola – me topé con Yair en el pasillo.

-H-hola – contesté -. ¿A dónde vas? Las clases están comenzado.

-A la dirección, me llama la tutora – sonrió. Mis notas no están yendo muy bien jeje ¿y tú?

-Del mismo lugar.

-Me lo imaginaba – me esforzaba para parecer normal, estaba muy nerviosa… el momento me resultaba muy incómodo.

-No tienes derecho a hablarme – reímos y de repente, después de la risa, nos quedamos en silencio, era súper incómodo. No sabía qué decirle, debía decir algo yo… y por qué no hablaba él…

-Esto… - dijimos a la vez y apartamos la mirada.

-¿Hana? - gracias Vicky. Te debo una.

-¡Ah! Vicky hola – le saludó Yair.

-Hola Yair. Ya van a tocar entremos.

-Yo voy ahora, vale Hana – se fue. Suspiré y entré a la sala con Vicky. La situación no me era favorable… pero lo intentaría.

Más tarde vi cómo, al entrar Yair, Tría fue hacia él, le cogió el brazo y se quedaron hablando.

-Cogemos las notas dentro de tres días Hana, tienes hasta ese tiempo para confesarte – comenzó a sermonearme Vicky –. Las navidades están cerca y yo quiero pasar el tiempo con mi novio, no contigo así que búscate compañía.

-Qué cruel – sin embargo, la entendía, tenía razón.

-Para que luego no digas que no te avisé – tenía hasta este tiempo para hablar con Yair, solo estos tres días.

-Vicky… - la llamé con un gemido.

-¿Hmm?

-Quiero quedar con él mañana, pero… ¿dónde?

-En el puente… por ejemplo… o en la playa, una hermosa tarde.

-Tienes razón, en la playa. Sería un buen lugar – escribí una nota a Yair –. Toma – ella le entregaría la nota porque yo no podía, me cagaría de la vergüenza.

-¡Vale, vale! Solo te haré este favor, el resto es cosa tuya.

-Gracias – la estaba muy agradecida.

A la salida, vi cómo Vicky fue a darle la nota. Estaba muy nerviosa por su respuesta. Ella vino a mí.

-Ha dicho que vale, en la playa Canarias a la seis.

-Menos mal, imagínate que hubiera dicho que no.

-Yo pensaba lo mismo, sería terrible – nos reímos.

Más tarde, Vicky y yo quedamos para dar una vuelta. Era un tipo de despedida de soltera por si acaso. O fiesta de animación por si me rechazaba.

Primero fuimos de compras a esas tiendas donde solo ella puede ir a comprar, compramos un montón.

-Vamos a ver a mi novio, vive aquí cerca.

-Vamos, quiero verle en su casa – la casa de su novio también parecía un palacio. Vicky entró como si viviera allí y subió directo a la habitación de su chico. Yo detrás de ella con mucho nerviosismo. Se veía que eran de una familia de nobles. Los hermanos se veían muy elegantes y buena gente y todos eran muy bellos.

-Hola cariño – el cuarto parecía una casa. Ordenado, limpio y con aura de hombre. Él estaba en ropa casual, pero aun así se veía galante.

-Vicky, qué tal – se dio cuenta de que estoy –.

-Hola Hana.

-Hola Roberto – nos sentamos. Había sillones de cuero negro en su cuarto.

Nos quedamos hablando un rato. Yo no les prestaba atención. Después de media hora nos despedimos y nos largamos de ahí. Luego de ir a tomar unos helados Vicky y yo también nos despedimos. Como yo tenía tiempo todavía, tomé un tren y fui a ver a mi padre. Puede que haya sido tenebroso y violento, pero seguía siendo mi padre y gracias a él soy quien soy.

A mi padre todo le iba muy bien, aunque ya se veía mayor, el tiempo no esperaba. Tenía otra mujer. Me preguntó por mi madre y hermanitos y por cómo me iba. También vino con eso de "cómo has crecido, cómo te van los estudios, las amistades…" y cosas como esas. Le dije que todo estaba bien. Saludé a algunos compañeros y me fui a casa.

Pasé toda la noche en vela. No podía cerrar los ojos. Estaba muy nerviosa y no sabía ni cómo confesarme. Me estaba aferrando a uno de esos mundos. Por la mañana, terminé mis quehaceres, me vestí de forma sencilla y me fui a casa de Victoria.

Todavía había tiempo y ella vivía cerca de la playa por lo que no había problema si pasaba ahí el rato.

-¿Nerviosa? – me sonrió. Asentí.

-Vicky ¿te has cortado el cabello?

-Sí – con lo largo que era. Ahora estaba hasta debajo de los hombros como el mío. También había crecido y ya tenía su color castaño natural.

-Con lo bonito que era.

-Va a crecer, va a crecer, no te preocupes. Hay que cambiar de look de vez en cuando, a mi chico le gusta.

-Ya…

-Te ves muy sencilla hoy… con ese vestido. Estás inusual – me ruboricé.

-¡Ni lo menciones! – se puso a reír.

-Estás muy guapa.

-Lo sé.

-Arrogante. Todo irá bien. ¿Comemos algo?

-Si. Pero… si le arrebato al novio ¿no habré hecho lo mismo que ella? Si ella le ama como yo… estará muy dolida.

-No te preocupes por eso, la decisión depende de Yair – me decía eso, pero estaba tan preocupada como yo.

-Y si me deja con un "lo siento, tengo novia"

-Me llamas enseguida y yo le elimino.

-Que tranquila me has dejado – bromeé.

Tocaron a su puerta. Entró una sirvienta con una bandeja de zumos y bizcochos.

-Gracias.

-Con su permiso señoritas – yo también quiero sirvientas.

-¿Ya sabes lo que le vas a decir? – empezamos a comer.

-No. Ya le diré lo que se me venga, dependiendo de la situación.

-¿Por qué no entrenas conmigo?

-No hace falta… sé que estoy muy nerviosa, pero no quiero ir a hacer teatro… quiero decir lo que me salga del corazón.

-Tienes razón… no lo había pensado.

-De todos modos, gracias… me alientas mucho. No hubiera llegado hasta aquí si no te hubiera conocido. Gracias.

-N-no digas eso… tú también me has ayudado mucho. Yo no he tenido amigas como tú, tan sinceras y desinteresadas – nos callamos un momento –. Esto parece una confesión, se ha vuelto incómodo. Ya son las seis Hana.

-Es verdad, tengo que moverme – nos dimos un largo abrazo y me acompañó a parar un taxi.

Vi a Yair parado mirando el mar. Estaba tan guay… no era lo galante del novio de Victoria, solo era sencillo… corrí hacia él. Se giró al escuchar mis pisadas. ¡Parecía tan ligero!

-Hola – me dijo.

-H-hola, perdón. ¿Esperaste mucho?

-No, acabo de llegar – como en las series -

¿Damos una vuelta?

-S-sí – estaba nerviosa. Respira, respira hondo.

Caminamos mojando los pies en la orilla, sujetando los zapatos y mirándonos de vez en cuando, sonrojados. No sabía qué decir, los nervios me cogían de la garganta y no me permitían ni respirar tranquilamente.

-No sé nadar – me dijo.

-¿Eh? Yo sí, ¿por qué no aprendes? – rompimos el hielo.

-Lo intento, pero no me sale. A ver si me enseñas algún día.

-¿Yo?

-Sí. Tú.

-Es que no sé si podré enseñar algo a alguien.

-Claro que puedes. Solo debes intentarlo.

-¿Tu novia no sabe? – apreté los puños.

-¿Eh? Yo no tengo novia – me paré en seco.

-¿Qué?

-Yo no tengo novia.

-Espera, Tría no es tu…

-No - ¿qué pasaba aquí?

-Si todo el centro habla sobre ello y, y – se puso a reír -. Y la foto… - no entendía nada de nada.

-Tienes una buena amiga – estaba comprendiendo algo… eso era.

-Me gustas Yair, siempre me has gustado, desde el primer día que te vi – cerré los ojos y apreté los puños. No quería ver nada, estaba muy roja y no respiraba.

-A mí también me gustas Hana, y mucho, lo mismo me pasa a mí, cuando te giraste el primer día, me quedé, no sé… me impresionaste y no volviste a salir de mi cabeza.

-¿Eh? – abrí los ojos, eso era muy repentino, me iba a morir de nervios y felicidad –. Y-yo, yo – me estiró hacia él y me besó inesperadamente.

Yo le devolví el beso.

-¿Quieres ser mi novia?
-Sí – esa era mi respuesta.

Corrí más tarde a la casa de Vicky. Le conté todo, con lujo de detalles y movimientos hasta lo más vergonzoso. Solo había una respuesta, Tría lo había planeado todo.

-Debe de haber sufrido mucho.

Solo quedaba una cosa por hacer. Corrimos hacia la casa de Tría. Ella nos abrió la puerta sorprendida y la abrazamos entre lágrimas y mocos. Ella solo quería provocarme para que saliera con Yair.
-Perdón, gracias, yo… - no me salía nada y menos con tantas lágrimas.
-Tría, no vuelvas a hacer esto – lloraba Victoria.
-Ya te dije que así no se hacen las cosas, y si me hubiera rechazado qué hubieras hecho. Tría me limpió las lágrimas y nos cogió de la mano a Victoria y a mí.
-Somos amigas ¿no? – ella también estaba llorando.
-Deja de llorar Hana.
-Vosotras también estáis llorando – me calmé un poco y respiré hondo –. Y yo no creo que seamos sólo amigas, ¡sois mis mejores amigas!
-Hasta el fin – nos abrazamos.

Había soldado una amistad con fuertes lazos de cariño, había conocido al amor de mi vida, había experimentado nuevos sentimientos, sensaciones y diversas situaciones, habíamos llorado, nos habíamos peleado… y había encontrado la respuesta de mi vida: ir a la escuela era lo mejor de la vida. Pero no sin vosotras.

Gracias, amigas.

FIN

UN BALCÓN EN EMBAJADORES

Carmen MANGUÉ
SAINT-OMER

ISABELLA

Dicen que las casas tienen su propia energía o su espíritu. Algo que las hace aterradoras, estresantes, deprimentes y algunas veces alegres. Pero otras veces solo son lugares donde esconderse cuando tu vida da un giro de 190 grados al infierno. Entonces te acurrucas dentro de ellas como un oso en su madriguera esperando a que llegue el verano, que puede tardar dos, tres años o más, depende de la profundidad en la que hayas enterrado tu alma. Porque no tienes la suerte del oso que sabe que con el nacimiento del primer tallo, la calidez del primer rayo primaveral, saldrá de su letargo invernal, para retomar de nuevo la vida que dejó adormecida.

En mi caso hicieron falta dos años, para que finalmente llegara el despertar. Este me llevaría a Nueva York, una ciudad que me llenaría de energía para mi vuelta a Madrid, donde alquilaría una habitación en la calle Pez, en pleno barrio de Malasaña.

La casa es fría y algo desordenada. Poco quedaba ya de su señorial aspecto de antaño. Pero a mí me sirve para comenzar de nuevo, fresca y algo asustada. Apenas me queda dinero para comer. Las cuatro noches en la residencia de estudiantes, en la que me alojé a la espera de encontrar casa, han acabado con mis ahorros. Apenas me quedan 20€ para pasar el mes. Espero encontrar pronto un trabajo. Estoy aterrada, pero mantengo la calma ante los amigos. Espero que todo se solucione y pueda sentarme el día seis en la Facultad de derecho.

Comenzaba a pensar que quizás yo no era tan organizada como pensaba. No era fácil encontrar una casa y trabajo en tres días. Aunque tenía que hacerlo para evitar que todo mi dinero desapareciera en aquella habitación de la residencia, cuyas ventajas eran disponer de Internet y estar en el barrio de Chueca. Más céntrico en Madrid no se podía estar. Lo que era ideal para mí búsqueda, excepto por el tiempo y el dinero, ambos a punto de finalizar.

Por fin, allí estaba en la calle Pez, en un cuarto mísero, frío pero limpio. Ahora tenía que encontrar a alguien a quien le gustara mi currículum. O caerle en gracia a cualquiera de los inquisidores, perdón, entrevistadores que pululaban por recursos humanos. Si además le añado que estábamos en crisis y la cola del paro crece más que las moscas en un estercolero. Como dice mi amigo Ángel, "la ocasión la pintan calva". En previsión de que quizás acabé solicitando un puesto permanente de comidas en Cáritas, me pongo a repartir panfletos por la ciudad anunciando mis habilidades: dar clases de inglés, informática, trenzar, a la espera de obtener algo de dinero para la comida. Sí, como ven ustedes, la situación en el número veinte de la calle Pez no es precisamente esperanzadora.

Isabella miró a alrededor y observó aquella habitación fría y desangelada, con muebles pasados de moda, su color marrón desgastado, su acabado tosco y sin gracia. Todo aquello no hacía más que destacar la decadencia que había asolado aquella casa convertida en hostal, cuya dueña con buena fe se imaginó, se pasaba el día vigilando el lugar y a sus ocupantes enumerándoles las numerosas reglas que para ella eran la Biblia en verso, para salvaguardar la integridad física y moral del lugar.

"No admito hombres en mi casa, ni amigas fuera de horario", que para ella era más tarde las seis de la tarde. "Los grifos se dejan a un lado de la pica de fregar, hay que poner palanganas debajo de la ropa tendida porque el terrazo de las baldosas", que ella se empeñaba en pintar de un rojo impermeable propio de un "Macdonal", acababa descascarillándose por el goteo del agua.

Claro que se olvidaba de forma intencionada de la carencia de una lavadora en la casa. Así que tenía hacer la colada en la bañera mientras me duchaba o en una palangana. Qué por mucho empeño que yo le pusiera, no había forma humana de que la ropa perdiera toda su agua antes de tenderla.

"Me pregunté, si cuando lloviera saldría con la fregona bajo la lluvia para secar de forma inmediata el agua y así conseguir que su terraza permaneciera impoluta". Me la imaginé corriendo enloquecida de un lado a otro con el moho en la mano a la caza de las gotas de lluvia que no dejaban de caer a borbotones. ¿Quién sabe si con tanto empeño lo logrará? "El ser humano es asombroso". Eso por lo menos dice una revista muy interesante y ellos saben de lo que hablan.

Mientras escribo esto, repaso las zonas adecuadas para poner mis anuncios. Déjenme explicarles primero cómo se divide el barrio. No conozco todos los lugares, pero al menos les llevaré por las calles en las que paseo todos los días con mis folletos en la mano y una bobina de celo.

Como ya les comenté anteriormente, vivo en la calle Pez que está situada dentro del barrio de Malasaña. Desde mi ventana veo un pequeño supermercado, situado en la esquina de mi edificio. Es bastante caro, yo no le llamaría de los de toda la vida. Más bien supermercados para turistas de buen bolsillo. Pero claro, esto es tan solo la apreciación de alguien que ha pasado a engrosar la cola del paro.

Al salir de mi portal y subiendo la calle Pez está la Corredera Baja y la Corredera Alta. Esa es la zona donde se ponen las putas. Desde que amanece hasta que se pone el sol, pervertidos de todas las clases, edades y colores pululan por el lugar como buitres acechando los restos de un cadáver. Ahora están intentando rehabilitar la zona con tiendas de moda y algún que otro teatro necesitado de una reforma inmediata. Tiendas de "todo a cien" donde los chinos hacen su agosto sin importar la temporada que sea.

Pero, dejemos que la gente se gane la vida como quiera y sigamos con el barrio. Es verdad el dicho de "en el reino de los ciegos el tuerto es el rey". Sí, porque desde que alguien descubrió la palabra "vintage", en esta parte de la ciudad todo lleva dicho nombre. Este es como una pócima mágica. Puedes vender una estola roída por las ratas y hasta las bragas de tu difunta

abuela, sólo con añadirle la palabra “vintage”.

Antes de adentrarnos más hacia las profundidades de mi vida, les daré un paseo poético por la Plaza Luna, un lugar emblemático donde las prostitutas de más categoría, diría yo, conviven con los borrachos, mendigos y algún que otro estudiante perdido cuya cara de emoción por descubrir semejantes personajes a tan solo dos paradas de metro de su casa le eleva a la categoría de héroe.

Hoy hace buen día para ser finales de octubre, camino por las calles parándome a cada instante para pegar uno de los folletos en los que anuncio mis habilidades. No estoy convencida de que me llamen, pero tengo que intentarlo.

Me paro ante lo que fueron antaño los cines luna. Rememoro las veces que he visto películas en versión original en sus salas ahora sin duda polvorientas y llenas de humedad. El lugar ha perdido su humanidad del pasado. Ni siquiera los perros perdonan el lugar. A los corroídos carteles, llenos de moho, se añade el olor inconfundible de las meadas de los canes que nutren de miseria a la ya desgastada estructura del edificio.

El ruido de las palomitas ha desaparecido del lugar. Las risas y el caminar ajetreado he emocionado de las personas se perdió entre las descargas de la red, dejando vacío el lugar de aquello que le daba vida. Sí, el ruido de las palomitas había desparecido como las últimas monedas en mi bolsillo. Apenas me quedaban cuatro euros para pasar el mes. Estoy en la cuerda floja. En mi vida había habido muchos momentos como este, pero siempre sabía que vendría dinero de alguna parte, pero esta vez no existía ni la mínima esperanza. Mi comida dependía de que alguien contestara a alguno de mis anuncios y en última estancia hacer guardia a las siete de la mañana en la puerta de la iglesia de la calle Corredera Baja. Los amigos empezaban a apreciar mi delgadez, y yo les respondía que siempre he estado delgada. O que aquellos pantalones de pitillo me estilizaban más la figura como un

espejo de "Zara". No tenía ni idea de cuánto tiempo podría seguir mantenido la mentira. Yo nunca había sido persona de pedir favores, me costaba horrores, ese no era mi estilo. "Yo me había metido en aquel lío y tenía que salir de él. Si fuera necesario, vendería mi ordenador, pero primero caería la cámara y mi iPod touch", pensé. Luego recordé que en una tienda llamada "prestamitos", mejor dicho, los chupasangre, habían querido darme 30 euros por este último; lo cual sería justo si no fuera porque era nuevo y su precio real en el mercado era de 200 euros. ¡Qué usureros!, me dije en voz alta. Los muy cabrones se harán ricos a costa de la desesperación de otros. Si es que siempre ha habido sanguijuelas. "Vayan, vayan a la calle del Carmen para que les saquen la poca sangre y la dignidad que les queda" Deberían anunciar en sus carteles, si fueran honestos.

"Me preguntaba si mandarían a alguien a partirte las piernas si el objeto empeñado no funcionaba adecuadamente. Seguro que tienen preparados unos sicarios, para dejarte en una silla de ruedas en el caso de que no pagues las deudas. Rusos o colombianos que es lo que, se estila. En estos tiempos, hay moda para todo, hasta para los matones".

Sólo pensar en esto, se me heló la sangre. Tenía que encontrar un trabajo a toda costa, no quería ser pobre, negra y encima con las piernas rotas. Y que me llevaran de un lado a otro en una furgoneta, pidiendo limosna para la mafia. Este panorama me puso aún más nerviosa y paranoica.

No entendía por qué tenía esos pensamientos, quizás fuera por caminar por aquellas calles llena de escoria humana, perdedores y demás desheredados de la tierra, de los que yo podía pasar a formar parte si no encontraba una solución llamada trabajo.

De vuelta a casa, pienso en que no tengo ni para pagar la cutre habitación en la que me escondo lamentándome de mi miserable vida.

Me siento en la cama y enciendo el ordenador. Es triste pienso, "pero si no fuera por este aparato, la sensación de soledad sería total".

Con la esperanza de que mi madre me eche una mano al final del mes, dejo que mi cansado cuerpo caiga sobre la misma cama que me está dejando la espalda hecha polvo. "Resignación". Nunca, me digo mientras repito: soy la "arreglalotodo". Esto también lo puedo arreglar. Sólo necesito tiempo. El sueño llega a mí como un puñetazo de Mike Tyson, noqueándome sin aviso. Y en brazos de Morfeo, comienzo a pasear por los recuerdos de cómo empezó mi aventura hasta llegar a esta habitación destartalada.

Camino en sueños, como los indios seminolas solían hacer para ponerse en contacto con sus antepasados. Invocándolos para caminar sobre la tierra de nuevo. Y como ellos descubro el alma de las cosas, los árboles, los animales, los insectos y las personas que ya no están en este mundo, pero que nos esperan pacientes en el otro lado. Tal vez para contarnos alguna historia que dejaron en el tintero, o recordarnos una deuda ya olvidada.

Pero para mi sorpresa no sólo descubro el alma de los seres que están en la naturaleza, me doy cuenta de que los que viven en la ciudad me reclaman que les preste atención, incluso aquellos a los que su espíritu les ha abandonado convirtiendo sus cuerpos en cáscara vacías. Enumero cada uno de los entes que reclaman mi compasión y mi atención: los perros, los niños, los ancianos, padres, madres, putas, las mujeres, drogadictos… Por fin me propongo descansar. He hecho la paz con todos los que me lo pidieron. Pero ante mí se eleva un gran edificio y en él una mujer joven que me llama. No quiero ir; estoy cansada. Sólo deseo cerrar los ojos y dormir. Pero ella insiste con fuerza, se abalanza sobre mí tirando de mi brazo hasta ponerme a su lado. Al mirarla siento terror, es mi misma imagen, pero le faltan los ojos. En realidad, no es que no estén allí, sino que los tiene cerrados, moviéndose bajo la piel que los recubre. Llego a la conclusión de que nunca han estado abiertos. Acerca sus labios a mi oído y me dice:

—Mira lo que puedes ver e ignora aquello que no puedes ver.

Me señala una larga terraza y en ella aparece una nueva mujer, esta

subida en la barandilla mirando hacia abajo. Cuando se tira de ella, grito de terror y me aparto de mi otro yo. Quiero despertar, pero no puedo. Tampoco puedo entender lo que ella quiere de mí. Entonces sin mover los labios deja escapar una frase —Encuentra tu dolor —, dice mientras señala la casa.

Entonces comienzo a comprender: yo también soy una cáscara, he abandonado mi alma junto al dolor en aquella casa en la que viví con mi marido. Esa casa donde también mi cuerpo, mi mente, mis ilusiones y planes se quedaron encerrados junto al cuerpo sin vida de mi esposo. Y caigo en la cuenta de que he mencionado a todos los seres, pero he olvidado donde estos habitan. Porque cada vez que ocupamos un sitio, todas nuestras penas y alegrías pasan a formar parte de ese lugar.

A la mañana siguiente todo seguía igual para Isabella. Salvo que ahora tenía una historia que contar y algo que recuperar: su dolor y, por consiguiente, la vida que había decidido no vivir. Lo que ella no sabía es que estaba a punto de encontrar de nuevo su alma en una casa situada en la calle Embajadores, número cuarenta y seis, en cuya terraza reescribirá su historia junto a otras mujeres bajo el cielo de Madrid.

ANA

—¿Ya os mudáis? —, le pregunta Ana a Isabella.
—Si, por fin. La casa era muy vieja —, responde ella.
—Pero, ¿al final te vas de Madrid? —, dice Ana curiosa.
Sí, me voy a Los Ángeles —, responde Isabella algo triste y desilusionada.

Ana mira a la muchacha, mientras piensa: "No parece que esté muy contenta con la mudanza, más bien decepcionada. Desde que se mudó del edificio y de eso hace un año, nunca la he visto sonreír de forma desenfa-

dada", se recuerda a sí misma, mientras acaricia el cabello de su hijo y éste esboza una amplia sonrisa que le llena de júbilo. Por un instante se siente despiadada por disfrutar de tanta felicidad cuando su vecina, vive por un momento tan duro.

Ella tiene 35 años y nunca ha perdido a nadie de su familia, ni siguiera una mascota. No sabe qué decir, ni qué hacer cada vez que se topa con la mirada triste de Isabella. Siempre había pensado que las mujeres negras, porque su vecina lo era, no sentían el dolor como las blancas. Se había pasado media vida viendo los documentales sobre África donde las guerras y el hambre eran lo normal. Así que, por ignorancia o desidia, había llegado a la simple conclusión de que las mujeres africanas tenían el corazón a prueba de balas. ¿Qué era la muerte de un marido o un hijo cuando el pan nuestro de cada día eran los machetazos, violaciones y asesinatos en masa?

Ahora se avergonzaba de haber sido tan ilusa e ignorante.

Pero, ¿cómo podía saber ella lo que sentía una persona negra hasta que Isabella llegó a su vida con su tez negra, su sonrisa de marfil, su preciosa melena rizada y su forma perfecta de hablar español? Nunca había tenido a una persona de raza negra cerca, aunque sus familiares y amigos les llamaran alternativos, por vivir en Embajadores y trabajar en la zona de Lavapiés donde había una gran mezcla de razas. Eso no significaba que tuvieran amigos negros.

—Sí, no digo que no me cruzaré con ellos por la calle o mi trabajo. Pero era una relación desigual. Ellos venían porque necesitaban algo y yo estaba allí para darles un servicio: conseguirles, una casa, trabajo o una ayuda económica. Aquella no era una relación, sólo era una forma de sentirnos mejores con nosotros mismos. Así no teníamos que ver realmente la situación de desigualdad, racismo y el trato vejatorio que recibían muchos de ellos en nuestras calles. Sobre todo, a las mujeres a las que se les tachaban de prostitutas solo por el hecho de ser negras.

Así que allí estaba yo intentando no exteriorizar mi culpabilidad, por haber sido una estúpida ignorante y creer que yo le estaba haciendo un favor. Cuando en realidad era ella la que me enseñaba que el dolor de la pérdida era igual para todos. Porque la muerte nos llega a todos y no discrimina.

No sé si por culpabilidad o porque Isabella siempre era dulce y amable con nuestro hijo, que apenas tenía un año cuando ella llegó a nuestras vidas, pero al instante la cogimos cariño. En cuanto a nuestro pequeño, la quiso enseguida, porque cuando la veía aparecer esbozaba una amplia sonrisa y le tendía los brazos para que le cogiera. Entonces ella se limitaba a hacer un gesto de agradecimiento hacía nosotros y el niño, luego apartaba la mirada como quien no quiere que la vean llorar y suspiraba profundamente lo que llenaba mi corazón de congoja. Después se giraba sonriendo. Pero yo sabía que la procesión iba por dentro. Y sin embargo no podía hacer nada por aquella mujer que solo me llevaba dos años. A parte de pensar en lo cruel que era el destino. Porque yo podía haber estado en la misma situación y, sin embargo, la mayoría de las cosas me había salido bien. La casa en la que vivía era de mis padres, el trabajo lo había encontrado en mi último curso en la facultad.

Ni siquiera tuve que patear la calle o rellenar webs de trabajo como algunos de mis compañeros.

Me había casado con mi compañero de facultad; teníamos un niño precioso y una vida que nos encantaba. Sí, había ganado la lotería sin haber echado un boleto. Me preguntaba qué hubiese sido de mí si hubiera nacido con todo en contra. Y para colmo de males, la poca suerte que creía que podía salvar mi alma de la quema desapareciera llevada por el huracán de la vida.

Sí, yo era afortunada, pero esa fortuna no tenía nada que ver con haber nacido blanca. Tenía más bien que ver con las cartas que me habían tocado. Había obtenido una buena baraja. Mientras que a Isabella le había tocado

una mala baraja además de trucada. Ahora lo sabía bien. Todo dependía de quien era tu *crupier* en la mesa del casino de la vida.

Estaba apunto despedirme cuando mi hijo me tiró del cabello para que girara la cara. Estaba claro que no quería ir mientras su querida Isabella estuviera sacando las cosas para mudarse. Quería quedarse allí para sonreírla el tiempo que hiciera falta. Como si supiera que su corazón estaba roto y necesitaba que alguien la reconfortara. Siempre había oído que los niños tenían un don especial para identificar a las buenas personas. Así que, quién era yo para llevar la contraria a un bébé. Me quedé allí observando a la mamá adoptiva de mi hijo en silencio, sonriendo, ara que supiera que estábamos allí, mi pequeño y yo para lo que necesitara.

ISABELLA

— La verdad, estoy harta de mudarme. Esta es la cuarta vez que me mudo. Y encima no avisan. Se supone que debía ser el día 29, pero de nuevo hacen lo que les da la gana. Me siento como una gitana.

— Te entiendo —me dice la vecina mientras sujeta en brazos a su hijo de dos años. Ella es una mujer esbelta con un corte de tipo años veinte. Tiene una mirada clara e infantil que hace que contarle las cosas sea lo más fácil del mundo. Su pequeño de ojos verdes almendrados, cuyas largas pestañas color castaño se mueven suavemente con cada pestañeo, como plumas de faisán al viento. Me observa atentamente, siguiendo mis movimientos mientras acaricia el pelo de su madre. Ahora aparece el marido de la joven. La llamo así porque presupongo que es mucho más joven que yo y aún tiene la mirada clara y una de esas sonrisas a las que el dolor todavía no rozado dejándoles la marca de la pena y la ira para toda la vida.

Él es alto, delgado como ella, con media melena que le hace parecer un universitario. Ambos hacen una pareja estupenda. De repente, mientras les miro me entra una sensación de pudor, siento que les observo sin ni un

tipo de miramiento. Espió su felicidad como una hambrienta. Les envidio, aunque no quiera admitirlo. Hace tiempo que ese sentimiento pasa rozando mi corazón. Entonces aparece la eterna pregunta: ¿qué he hecho mal para no poseer esa felicidad imperfecta de la que ellos disfrutan? Cada vez que me hago esa pregunta la respuesta es la misma.

Era demasiado bueno para que fuera verdad. Las cosas como esas, no les pasan a personas como yo. Una no deja de ser la cenicienta solo porque quiera.

Ahora necesito un poco de espacio. Me ahogo. Me monto en el autobús, en el que no voy a intentar descansar, echando una cabezadita. Ahora entro en mi segundo trabajo. De siete de la tarde a once de la noche. Es un sueldo de 400€ que se supone que me permitirá ahorrar algo de dinero. Pero mi salud ha empeorado y me temo que el precio a pagar por ese poco dinero es demasiado alto. Ya no soy tan joven. Esta mañana me miré al espejo y vi mis primeras arrugas. A las canas, ya no las presto atención, aparecieron cubriendo mi cabeza durante la larga enfermedad de Dylan. El hombre que lo era todo para mí y que me hizo sentir la princesa del baile por un día. Eso es lo que me recuerdan mis canas, que él ya no está. Que esa felicidad que sentía al levantarme por las mañanas y mirar la inmensidad de sus ojos azules ya no se mostrará más ante mí. ¡Qué pena de vida!

Sábado por la mañana. Normalmente escribo en mi tiempo libre, pero hace buen día, y me siento bien. Estoy en un descampado fotografiando grafitis. Hay unos pequeños jugando. Me advierten que tenga cuidado, que estoy en propiedad privada. Les miro y sonrió mientras camino por el descampado cubierto de margaritas salvajes.

Las envidio. Es extraño, nunca antes había sentido envidia de nadie y ahora la tengo hasta de las plantas silvestres. Tan libres y despreocupadas. Meto mi cámara de fotos en el falso bolso de Louis Vuitton de 30 euros. ¡Qué entupida fui al comprármelo! Para colmo, no cumple la función

para la que lo compre. Mi ordenador no cabe dentro. Mirando la imitación barata que cuelga de mi mano, tengo la sensación de burlarme de mi propia persona. Agacho la cabeza avergonzada y siento que últimamente mis decisiones son de pena.

KEIKO

— Mi nombre es Keiko y soy japonesa, sí japonesa. Digo esto porque todo el mundo cree que por tener los ojos rasgados soy china. Que conste que no tengo nada contra los chinos o el resto de los asiáticos. Me quejo de esto como de que piensen que todos los japoneses estamos forado o que vamos por allí con la catana y haciendo kárate. Admito que la catana es cosa nuestra, pero no la llevamos a todas partes. En cuanto al kárate, es cosa de Bruce Lee, que por cierto era chino. No se sí los estúpidos racistas pueden apreciar la diferencia entre un japonés y un chino. Supongo que no se han molestado en poner una foto de ambas personas para ver la diferencia. Pero eso no es excusa. Yo tampoco me he puesto a comparar fotos de personas blancas y no por eso amo a todos los blancos. Pero bueno, como dice mi amiga Isabella "esto es lo que hay. Lo tomas, lo dejas o coges el avión de vuelta a Japón y te olvidas de tu trabajo de primera chelista en el teatro real". A

Así que aquí estoy con mis dos niños, divorciada, viviendo en un piso casi a las afueras de Madrid, con un exmarido que se niega a pasarme la manutención. Vamos, que le he tenido que llevar ante una de esas abogadas feministas a las que le tienes luego que suplicar que no desangre al pobre desgraciado para que le deje dinero por lo menos para un techo. Y ella te responde "que se vuelva a casa de sus padres. Si no, que hubiera mantenido su pene en sus pantalones". Si es que soy de lo que no hay, encima de cornuda tonta. Pero hoy me he dicho de esta no pasa, y me he dicho a mí misma "dile adelante a la abogada, que le saque todo lo que pueda" porque estoy segura que tiene otras propiedades escondidas en Suiza o en

Costa Rica. A mí no me va llamar loca de nuevo, ¿quién se ha creído que es? El muy canalla me decía que estaba loca, que veía visiones mientras me la pegaba con su compañera de trabajo, que para colmo se atrevía a enviarle perfumes como regalo de Navidad. Vamos, digo yo. ¿Qué compañera de trabajo le regala perfumes a un hombre casado y nada a su mujer? Así que ni corta ni perezosa, le llamado y establecido el horario de visitas sin ni siquiera inmutarme. Los niños me los quedo yo de lunes a viernes y él los fines de semana. Yo necesito salir un poco de la ciudad, bailar, ya saben, darle alegría al cuerpo. Nada de pasearles de un lado a otro como si fueran un columpio. Si sus padres quieren verlos que se esperen a la Navidad, que les toca. Y a él, que no se le ocurra aparecer por casa cuando le dé la gana. Y mucho menos darles comida basura cuando están con él. Supongo que sueño como una bruja, pero mejor bruja que tonta del bote. Pero todo esto viene por el rollo sumiso. Y una mierda, que las asiáticas somos sumisas, eso que se lo digan a Yuco que tiró el BMW nuevo de su marido a la piscina, cuando se enteró de que le estaba encañando con una estudiante de veinte años de prácticas en su oficina. ¡Toma sumisión! Siempre he creído que el muy chileno se casó conmigo porque pensó que me podía dominar, machista arrogante, retrógrado de mierda. Estarán sorprendidos por mi vocabulario. Sí, no sueño como una japonesita sumisa que toca música clásica. Me importa una mierda. La verdad lo que más me molesta de toda esta situación es lo mal que lo están pasando los niños. Menos mal que tienen a su tía Isabella, que cuando viene juega con ellos como si fuera una niña más. Porque entre el divorcio, el trabajo, los niños y el cuidado de la casa, estoy baldada. A veces no puedo ni mover un dedo de lo cansada que estoy al final de día. Miren, no es que me queje en vano. Por ejemplo: el otro día el niño vomitó todo el Cola-Cao en el colchón, imagínense una litera. Si no hubiese sido que Isabella estaba, me hubiera dado un ataque de pánico, sentándome a llorar o tal vez hubiese llamado al teléfono de la madre primeriza desesperada, creo que existe, no estoy segura. Lo que quiero decir es que ser madre primeriza es como si te soltaran delante de un toro sin tu cuadrilla. Aunque no debería quejarme. Por lo menos mi marido está vivo, con otra, pero vivo y tengo dos niños preciosos. A la

pobre Isabella, la vida le ha dado por todas partes. No le bastaba con arrebatarla a su marido con un horrible cáncer, encima no les dio tiempo ni a tener hijos. No sé qué hubiese hecho, probablemente un harakiri rápido. Ya saben que los japoneses somos los inventores de suicidio glamoroso con honor. Menos mál que el sábado dejaré este mal rollo de divorcio, la custodia compartida y al mentiroso de mi exmarido por unas horas. ¡Que pasada!, no me puedo creer que Yosie se vaya a vivir a Barcelona. La verdad como pasa el tiempo hace tan solo seis años estábamos todas solteras, felices y bebiendo mojitos al sol mientras hablábamos de nuestros brillantes futuros. Ahora somos una divorciada amargada, una triste viuda, una mujer despechada y una busca maridos empedernida. Me gustaría saber si hay alguna mujer cuya vida le haya salido como había planeado. Porque, desde luego, a Catherine, Isabella, Yosie y a mí nos ha salido el tiro por la culata. Cuando estaba a punto de escribir otra frase en el diario oyó como los niños se peleaban en el comedor. Sólo se le ocurrió decir "la campana, se acabó el tiempo muerto" cerro el diario saliendo hacia el comedor para poner paz entre los dos contrincantes.

ELSA

El despertador sonó insistentemente, pero Elsa estaba decidida a ignorarlo, miró el cuerpo semidesnudo a su lado que aún llevaba la bandera de Brasil atado a la cintura donde ella se lo había puesto por reivindicar la posesión el sobre brasileño mientras gritaba "un pequeño paso para el hombre, un gran paso para la humanidad", había sido una noche increíble, no tenía ni idea de que el camasutra tenía tantas posturas y que hubieran hombres que se las sabían de memoria. Porque está claro por su alucinante noche que su acompañante de aquella noche se las había aprendido de memoria. "Qué pasada, quiero más noches como esta. Me hacen falta más noches como esta", pensó mientras pegaba un manotazo al despertador, que cayó al suelo, sin dejar de emitir su ensordecedor ruido de falso teléfono antiguo. El hombre le miró contento. El tampoco deseaba

abandonar aquella cama. Pero para su desgracia tenía que entrar a trabajar. Era domingo y al contrario que su acompañante que era profesora de francés, él era controlador de aviones y ellos no tenían tan buena vida. Se levantó de un salto, antes de que pudiera dirigirse a la ducha él le cogió del brazo, pero el hombre se soltó con suavidad, luego se dirigió la ducha, se vistió y con un rápido beso, un frio adiós, salió por la puerta. Elsa se quedó tumbada boca abajo en la cama, luego se giró para clavar su mirada al techo y recorrer las paredes de su habitación recién pintada de malva claro, que hasta hacía unos minutos le parecía la más maravillosa y cálida del mundo. Ahora de repente se había vuelto fría y desagradable.

"Debería vestirme", se dijo así misma. Luego se sentó sobre la cama mirando sus brazos y piernas donde las marcas rojizas de su noche de pasión se apreciaban claramente. Se tapó con la sábana, no quería verlas. De repente le habían entrado ganas de vomitar al recordar que tenían el mismo color que las que le había dejado su prometido después de darle una paliza en la calle por atreverse a mirar a un hombre que le preguntó el nombre de una calle un sábado por la noche. Las náuseas se acentuaron, tanto que tuvo que ir al lavabo. Allí echó todo lo que había en su estómago, inundando el espacio de un olor a rancio a alcohol y a comida pasada. Con rapidez se metió en la ducha y comenzó a frotarse el cuerpo a conciencia. Porque últimamente tenía la sensación de que nada de lo que hiciera podía borrar las marcas de puñetazos, manotazos, patadas que le habían dejado el cuerpo magullado y dolorido. Recordó entre lágrimas que cuando la recogieron de calle y la llevaron al hospital, su cuerpo parecía haber estado expuesto al sol durante una semana debido a la rojez, los moratones, pero sobre todo al intenso dolor, que hacía insoportable el tacto de cualquier persona. Los doctores la tuvieron que sedar para que pudiera dormir porque incluso el roce de las sábanas se hacía insoportable.

Después de dos semanas en el hospital y otra de reposo en casa, había decidido que nunca más se enamoraría, simplemente se dedicaría a divertirse porque ya no podía ni quería confiar en ningún hombre. Y en

cuanto se refería a ella, sólo estaban los que se morían, los que te engañaban, te pegaban o simplemente te utilizaban. Fuera como fuese, lo que está claro es que al final todos acaban rompiéndote el corazón de una u otra forma. Desde que llegó a esta conclusión por su cama habían pasado varias nacionalidades: rusos, alemanes, sudafricanos, americanos, franceses, australianos, japoneses…, aunque tenía que reconocer que el australiano y el brasileño son los dos que habían conseguido que olvidara aquel maldito sábado de mierda cuando pasó de ser una mujer segura de sí misma a un pajarillo asustado. Lo cierto es que ella lo vio venir, incluso antes que sus compañeras de piso le avisaran, pero se negó a abrir los ojos. Tal vez fuera por el miedo a estar sola y andar llorando por las esquinas como la pobre Isabella, o acabar enganchada en una web de citas online, abogada al fracaso o acabar con un friki. Al fin y al cabo, había pensado que mucha atención, aunque fuera de celos, no era mala. Era mejor que ser ignorada como lo hacía la pareja de Josie. La pobre no sabía cómo hacer para que él le mostrara un poco de interés. Por lo menos su prometido le llamaba seis veces al día y estaba en la puerta del trabajo o de casa. Hasta le elegía la ropa y el maquillaje que debía llevar. Todas esas atenciones le alagaban, aunque de vez en cuando podía ver al monstruo que había detrás de ellas. Pero mientras el monstruo estuviera en su jaula, todo iría bien pero no había sido así. Y allí estaba, templando en la ducha como si él fuera a entrar de repente y repetir su hazaña. Aunque sabía que eso era imposible, tenía una orden de alejamiento y sus compañeras se habían puesto en armas. Habían jurado que si se le ocurría poner un pie solo en la acera de enfrente, todos sus teléfonos sonarían al unísono para llamar a la Policía. Pero ahora que Josie se iba Barcelona, Isabella a los Ángeles, sólo quedarían en casa ella y Catherine que, aunque trabajaban en el mismo sitio, tenían horarios diferentes. Por lo que a veces estaría sola en casa. Tal vez pudiera irse a casa de Keiko una temporada que estaba a las afueras de Madrid y él no la conocía. Luego estaba Ana y su marido y seguro que no dejaría que su prometido le hiciera nada. Habían prometido a sus padres y a la Policía que estarían atentos si veían al mal nacido de mi ex acercarse. Con esta última reflexión se quedó tranquila. Se preparó un copioso desayuno

con cereales, yogur, frutos secos… Tenía que reponer fuerzas esta noche. Había quedado con su australiano, le gustaba de verdad, pero no iba a caer en esa trampa de nuevo. Bueno, ya lo decidiría, quizás el sábado en la fiesta de despedida de Josie. Había decidido quedar con los dos hombres, para decidir de quién de los dos estaba realmente enamorada o con quién debía deshacerse. Y, claro, estaba esperaba la opinión de sus amigas. Este pensamiento le animó, se metió una cucharada de cereales crujientes en la boca y masticó suavemente mientras miraba la terraza, que a esas horas de la mañana estaba bañada por la luz del sol en un lado, mientras que el otro aparecía sumergido en sombra. El balcón parecía estar suspendido al aire por unas cuerdas invisibles. El espejismo le asombró, provocando una alegría desbordada que le hizo gritar "sábado cachondo, chicas, este balcón está preparado para un sábado cachondo"

ANA

—Mateo, ya te he dicho que hoy no salimos, hace mucho frio —, comenta la vecina del noveno A, izquierda.

—Mejor le pongo el gorro, para que puedas trabajar un poco y lo saco al parque. Hace un poco de sol —responde el padre del niño.

— ¿Te has enterado? Las chicas se mudan al otro edificio —Le comenta la joven a su marido que anda atareada vistiendo al niño que no parece estar por la labor. El pequeño se entretiene con un cochecito pasándolo por el brazo del padre.

— Mateo, deja de jugar, si no, no saldremos al parque ¿No quieres ver a los abuelos? —El padre intenta convencer al pequeño para que deje de moverse. Finalmente termina de ponerle la chaqueta y el gorro.

—Creo que a Isabella le hará bien—, comenta la mujer que ahora está preparando un bocadillo de jamón dulce para el niño.

—Tienes razón —responde el hombre—, aunque cada día la veo más recuperada. ¿Te acuerdas de cuando llegó? ¡Qué pobre!, estaba sumamente delgada, parecía una niña pequeña. A veces me preguntaba si era capaz de

aguantar de pie los días de mucho viento. Sí, está mejor ahora —Continúa hablando el hombre mientras sienta al niño en el carito y lo saca por la puerta.

—Bueno, cariño, hasta luego —, dice ella mientras les da un beso a los dos hombres de su vida y sonríe cariñosamente. "Es tiempo de estudiar, las oposiciones son una pesadilla, pero la recompensa es lo mejor" Piensa mientras abre el libro.

—Vamos allá, capitulo—…Y comienza a escribir en su ordenador, repasando el temario. De repente se para, su mirada se desplaza por la estancia. Se da cuenta de lo afortunada que es. Y de algo más del miedo que le da perder todo lo que tiene. No sabe qué haría si le pasara lo que le ha pasado a la vecina. No sabe si se recuperaría. De todas formas, está segura de que la apariencia externa no tiene nada que ver con la emocional. Siente un gran pesar cada vez que mira a la joven, porque tiene la sensación de que a la pobre le queda un largo camino para recuperarse o, por lo menos, sentirse mejor.

ISABELLA

Isabella camina por la casa en busca de algo, pero no sabe qué. Apenas tiene nada que embalar. Desde la muerte de su marido ha ido donando todo lo que consideraba superfluo. Ahora tiene un lema: "una maleta y mi ordenador es lo único que necesito." Quiere creer que cuando tenga todo eso podrá marcharse sin mirar atrás. Ha comenzado a deshacerse de los lazos sentimentales que le unen a la ciudad que tato le quitó. No hay nada que la ate a ella. Si tuviera dinero haría tiempo que se hubiera metido en un avión. Pero demasiadas malas decisiones la han apartado muchas veces de ese avión. Debe cogerlo. Si no lo hace, sabe que morirá, o esta ciudad y sus recuerdos podrán con ella.

Recuerda cuando decidió hacer las maletas, dejar el lugar que ella llamaba hogar para adentrarse en lo desconocido. De nuevo soltera. ¿Qué ha-

cen las solteras de 36 años? Ya no era una niña. Tenía que buscar otro lugar, otro trabajo. Maquillar, sí lo amaba, pero tanto tiempo actuando cara a la galería habían hecho que comenzara odiar su trabajo. No, no quería llegar a ese punto. A su marido le gustaba ver cómo maquillaba. Solía acompañarla en su tiempo libre y hacía fotos mientras ella maquillaba. Después de mucho trabajo y de acabar en una firma de cosméticos de poca monta, había decidió que lo mejor era colgar los pinceles. Era preferible tomarse su tiempo que hacer trabajos menores que le obligaran a odiar la profesión que tantos momentos maravillosos le había aportado. ¿Y ahora qué?, se había preguntado entonces, después de recorrer con la mirada perdida lo que había sido el hogar de ambos. Ya no quedaban más que las paredes. Era como si nunca hubiesen vivido allí. Pero hay algo contra lo que el vacío no puede: la presencia de los sentimientos. Las risas, riñas y lágrimas que aún estaban suspendidas en el aire junto a la pasión perdida por la larga enfermedad. Sin embargo, esa intimidad infantil algo descarada de la que ambos gozaron aún seguía allí y se negaba abandonar el lugar. Todas esas emociones ahora flotaban esperando encontrar un recipiente nuevo, o volver a su dueño, al que ellos se negaban a dar por perdido.

Ha dejado atrás aquella casa que tanto amó, pero se ha llevado el dolor junto a los sueños e ilusiones que nunca se harán realidad.

De nuevo la soledad que tanto le atormentó en el pasado ha vuelto a ser su compañera de almohada. Pero esta vez no hay risas ni emociones que puedan alejar esa aflicción. Solo hay un vacío y nada con que llenarlo.

Porque hasta las húmedas paredes de su diminuto cuarto saben que están carentes de sentimientos. Que nadie echará de menos los mohosos rincones enmohecidos por el agua que pudre los cimientos.

En el ambiente el olor a humedad le recuerda que aquella nunca será su casa. Sólo un lugar donde esconderse de la soledad y de sí misma.

Ahora, en medio del comedor mirando el enorme salón de parket des-

colorido y sucio, la terraza con la pintura descascarillada. Ahora que sus ojos comienzan a abrirse, ve la realidad del lugar, la verdad de su escondite. La niebla que cubría la realidad del número 46 de Embajadores se disipa poco a poco ante sus ojos, como si le hubieran operado de cataratas y entregado gafas nuevas. Ahora sólo siente nauseas de su persona y se pregunta ¿cuándo dejo de quererme a sí misma para acabar en un lugar así? Pero sabe que no es cuestión de amarse a uno mismo sino de desear vivir. Y ella nunca había querido vivir ni allí ni en ningún sitio donde Dylan no estuviera mirándola y mostrándole un cielo eternamente azul y lleno de paz como sólo sus ojos eran capaces.

Es la segunda vez que vuelve a la casa desde que terminaron la mudanza. Se sienta en la mecedora, está sucia y descolorida como todo en aquella casa, un trasto más. Quizás sea como ella algo que debería haber desaparecido. Mientras se pierde en sus pensamientos deja que la silla y la mesa como lo haría una madre. Y con ese bamboleo se sume en un profundo sueño, en el cual los recuerdos del pasado aparecen sin piedad ante ella, como si nunca le hubieran pertenecido.

Ha pasado una semana desde que dejó su casa en la calle Sánchez Barcaistegui, 48. Ya no recuerda el piso. Quizás es mejor así. Antes cada vez que el metro paraba en la estación de Conde de Casal, se levantaba de repente, para luego darse cuenta de que aquella ya no era su estación. Y ahora después de vivir un mes en un lugar al que no podía llamar hogar, tan sólo un cubícalo donde había decidido invernar a la espera de tomar la decisión de terminar con su vida. El resultado estaba claro, no había tenido valor por y eso se había refugiado en de Embajadores, a la búsqueda de un lugar donde la decisión fuera más fácil de tomar.

Claro que cuando aquella mañana quedó con Glend, el hombre con el que las cosas nunca parecían terminar, ni empezar. Sólo seguían allí como sus sentimientos que permanecían como dos enormes bloques de iceberg que no se decidían a salir flotando y llegar más allá de la pared helada de la que había nacido o caído. Pero ahora no podía pensar en su corazón, o

lo que albergaba. En su mente sólo había lugar para su bote de pastillas, un edificio alto, un muro o quizás un coche. Realmente no le importaba cómo. Sólo tenía que ser lo suficientemente eficaz para no despertar. Sí, realmente era un buen plan. Lo había dejado todo preparado. Las pocas pertenencias de valor las había donado o llevado a "cash converter". Y por si acaso el intento salía fallido, tenía una tarjeta de radio-taxi para ir corriendo al hospital. "No es que quisiera fracasar en su afán de suicidarse. Pero ninguno de sus últimos intentos había salido bien. Digamos que, en eso de quitarse la vida, ella era un poco chapuza. Supongo que es como todo, necesitas un poco de suerte o experiencia en mi caso", pensó mientras se sentaba en la mesa donde él le esperaba sonriente.

—Hola, no tienes mal aspecto —, me dijo Glend mirándome con sus inquietantes e hiperactivos ojos azules, mientras yo le explicaba lo cansada que estaba y la poca gracia que me hacía estar allí sentada tomándome una tónica en un vaso que habrá pasado por no sé cuántas bocas. Pensaba en los miles de gérmenes y los pringosos labios de hombres y mujeres que se habían pecado en aquel bordillo de cristal. "Perdona", dije, apartando el refresco de mí y depositándolo cerca del bordillo de la mesa. Esperaba que se rompiera y de esa forma dejara de contaminar la boca de otra desesperada como yo.

—Me estabas comentando que has encontrado un cuarto para mí en Embajadores.

—No me estás escuchando, parece que no te interesa lo que te cuento. La última vez me contaste que odiabas donde vivías. Así que he hablado con una amiga que se va y deja su habitación.

— Lo siento, le dije con la mirada pérdida. Estoy cansada desde que esa maldita enfermedad llegó a nuestra vida, no hecho más que luchar, y ya no puedo más. Es demasiado.

Nunca le había visto tan enfadado. Aquella mirada de odio hizo que mi cuerpo bajara de temperatura. "Esa no sería la última vez que contemplaría

aquella mirada".

—Estoy harto de oírte, no puedes descansar. Ya lo harás cuando soluciones tu vida. No haces más que quejarte de lo mala que estás y de lo mucho que deseas estar muerta. Pero sigues aquí. Si vas a hacerlo, deja de hablar y hazlo ya. Si hay que llorarte se hará. Pero no soporto esa actitud de víctima y de derrotada.

A las tres semanas de aquella conversación me mudaba a mi nueva casa. Puedo decir aun pareciendo estúpida, que me quedé en aquel lugar lleno de humedades, sobre todo mi cuarto, que tenía todas las pintas de haber sido el de la criada, cuya pared era la misma que el antiguo lavadero y baño de la sirvienta. Y luego la cocina que, con olor a comida y a basura corrupta, daba directamente a mi alcoba. La antigua inquilina de la que ya os hablaré más tarde, solía decir "había que esconder a la negra", por eso le había tocado ese cuarto. Como ya les dije, el lugar estaba lleno de humedades y por sus paredes interiores y exteriores crecían los champiñones a sus anchas. "Podríamos haber puesto un mercadillo cada domingo para venderlos y con el resto hacer una buena sopa", pero nunca llegamos a poner la idea en práctica. No teníamos madera emprendedora. ¡En aquel piso situado en el 9ª-A, entraba frío por todas partes! Ventanas, cualquiera hubiese dicho que las tenía. Hacía más frío dentro que fuera en la calle. En cuanto a las paredes, digamos que tenían vida propia, se retorcían por dentro emitiendo un penoso quejido como el de unos huesos ya envejecidos. Otras veces aparecían protuberancias como si alguien estuviera empujando el yeso desde dentro y extrañas grietas que manaban un líquido amarillento en su interior. A veces me daba por pensar que era la bilis de aquella casa cansada de ser remendada de mala manera. En cierta manera era como un operado mal suturado por un matasanos sin un interés mayor que el de hacer dinero. En este caso sólo necesitaban a personas con un sueldo mísero como el nuestro sin posibilidad ninguna de tener casa propia.

Y se preguntaran ustedes por qué me quedé en aquella casa. Entiendo que piensen que estaba loca. Es verdad que era una buena tumba y yo una

cobarde de mierda incapaz de mandar todo a tomar por saco. Pero la verdadera razón estaba en aquella terraza, un largo y amplio espacio desde el cual se contemplaba una parte de Madrid. Aún recuerdo mi primera visita a aquel espacio.

Había quedado un domingo, si mal no recuerdo, "ahora me bailan las fechas". Será que me estoy haciendo mayor. Así. Era uno de esos cálidos y suaves días de mitades septiembre. Llevaba una camiseta de tirantes azul cielo y unos vaqueros que caían por debajo la cintura. Estaba perdiendo peso. Lo sabía, "era la única forma que tenía mi cuerpo de revelarse contra la impotencia", pensé. Completaba mi conjunto con unas sandalias rosas. Llegué bastante tarde a la cita me había perdido y llamé a la muchacha como unas cuatro o cinco veces.

Por esa época mi marido ya estaba en fase terminal de su cáncer. Yo era como un zombi, apenas dormía. Tenía dos trabajos para no pensar en todo lo que me iba a ser arrebatado de un plumazo. Tomaba píldoras para dormir, para descansar, pensar, llorar, reír hasta para hablar. En resumidas cuentas, era una farmacia andante, excepto por lo del dinero. No tenía ni un duro en mis bolsillos. Ya me entienden. Con tanta confusión cómo iba a saber mi achicharrado cerebro que el lugar al que me dirigía estaba sólo a treinta minutos de la que entonces era mi casa. La calle Pez.

Pues de esas guisas estaba yo cuando aquella muchacha de piel canela que para sorpresa mía yo ya conocía, me abrió la puerta esbozando una sonrisa amplia y blanca como un amanecer del mes de junio. Sí, su presencia tranquilizadora me animó a adentrarme en mi nuevo mundo de forma menos forzada de lo que había pensado.

Me preguntó si quería algo de beber, luego me sirvió un zumo de frutas tropicales. "Era perfecto", pensé. Después de todo era un día caluroso de verano.

Pasamos la tarde hablando entre vaso y vaso me levantaba a ver la magnífica terraza que me sorprendió gratamente. No tanto por su esplendor sino por la amplitud de esta vista que ofrecía de Madrid. Desde ella mis ojos podían contemplar parte de la ciudad sin tener que estirar el cuello como sucedía en otros lugares.

Tanto fue mi encantamiento por aquel largo pasillo en las alturas, que decidí quedarme con aquella habitación de la ilustre fregona. A la cual estaba segura que había emulado muchas veces en mi vida. Fregona va fregona viene, ni el mismo Cervantes se hubiera imaginado tanta maña y amor a la hora de abrillantar un suelo, el de mi casa. La casa donde había dejado todos mis sueños además de un suelo tan brillante que hasta los pasillos del palacio de la Moncloa lo envidiarían.

Quedamos en que me mudaría el 10 de octubre, dos días antes de mi cumpleaños, el cual no tenía ganas ni deseaba celebrar. Después de todo, no había en mi vida motivo para tales fiestas. El hombre que me lo había dado todo se estaba consumiendo poco a poco, tanto que ya no me quedaban fuerzas ni para seguir llorando o eso pensaba.

Mientras el mundo se detenía a mis pies, yo sequía revisando billetes de avión a lugares que me gustaría pero que nunca llegaría. Maquillando y repitiendo la misma frase carente de sentido de "mecano". "Sombra aquí sombra allá. Maquíllate, maquíllate". "Un espejo de cristal y mírate y mírate", que absurdo me repetía mentalmente. Esta gente me importaba un bledo. Pero seguía con la brocha en las manos que se había convertido en la prolongación de mi brazo y mi falsa alegría. No sentía ni padecía, sólo era un payaso que interpretaba su número con maestría.

Sólo había algo que me hacía sonreír de vez en cuando. El balcón o terraza, después de todo, el nombre no importaba. Sólo me importaba ese maravilloso lugar desde el cual mis ojos podían volar acelerados como dos vencejos anunciando una tormenta de verano a punto de estallar sin piedad.

Suspiraba y me imaginaba sentada con mi ordenador en aquel espacioso y largo lugar donde los sueños parecían fáciles de avistar como un enorme avión sobrevolando un campo de trigo mientras los niños se imaginan los lugares que visitarán los pasajeros. Sí, esa terraza hacía que mis tristes pensamientos se convirtieran en ilusiones. De vez en cuando, para poder pasar el tiempo en aquel lugar, llamaba a la joven de piel canela y tomábamos una limonada. Mientras ella escribía insistentemente en su portátil yo contemplaba la inmensidad del cielo y sobrevolaba las casas saltando de un tejado a otro como una bailarina interpretando "las zapatillas rojas" sin poder parar, atrapada en un sueño sin fin. Y ella me elevaba cada vez más alto, sin poder parar, intentando alcanzar la felicidad que me estaba siendo robada sin piedad. Mientras, la joven con amplia sonrisa dibuja rizos sobre la pantalla blanca del ordenador que al instante se llenaban de vivos colores.

Me mira y sonríe. Su amplia sonrisa, me recuerda que una vez también mi vida estuvo llena de esa espontaneidad. Echo de nuevo un vistazo a la casa: el suelo de madera ennegrecido, los pocos y escasos muebles del comedor. Algunos cuadros rudimentarios y un sofá que se oculta bajo una sábana verde, hacen del lugar un hábitat propio de estudiantes, aunque ninguna de las que viven en el lugar lo es ya.

La cocina es antigua, de muebles rojos. Mientras la miro, pienso "uno de los cajones será mío cuando me mude". De repente me pongo triste, me doy cuenta del cambio que ha dado mi vida. "¡Qué extraño me resulta todo!", la frase asalta mi cerebro como un ladrón en una noche sin ruido. Es como si mi cerebro quisiera que no me diera cuenta de lo bajo que he caído.

La muchacha me ofrece cuscús. Ambas nos sentamos en la mesa y charlamos de los cambios de la vida y sus viajes. Mientras hablo, pienso en mi pobre marido que está postrado en la cama y de las cosas que ya no puede hacer. Siento la necesidad de saltar por aquella terraza buscando la libertad y la felicidad que me han robado. Pienso en que no deseo verlo morir,

desvanecerse como un copo de nieve en primavera, dejando nada detrás de sí. Sólo una piel mortecina, cuya frescura el cáncer se ha encargado de destruir. Junto a ella la esperanza del comienzo de una vida llena de ilusiones y planes que nunca llegarán a su culminación. Sí, el destino que es una puta con una falsa sonrisa, que espera cobrar por los buenos momentos, sin ningún miramiento, ha decidido robar mi alegría y todos los sueños delante de mis narices. Mientras se ríe de mí a sabiendas de que no podré hacer nada, sabe muy bien que la partida la tenía ganada antes de que lanzara su infame maldición. Sí, quiero lanzarme desde esa terraza, no quiero ver cómo me derrota.

— ¿En qué piensas? —, me pregunta siempre con su eterna sonrisa en los labios. La joven de piel canela parece que ha hecho de su sonrisa su máximo estandarte. No parece que nada le preocupe y si lo hace lo disimula bajo su perpetua alegría.

—Nada —respondo intentando que mi despreocupación parezca auténtica. Apenas lo consigo, decido contestar mirando a otro lado, a la inmensidad de cielo protector que calla y guarda hasta los secretos más turbios—. Nada, pensaba en lo pequeño e inocuo que se ve todo desde esta terraza. El mundo parece un lugar tranquilo e inofensivo.

— ¿Te apetece otro vaso de zumo tropical?—, dice mientras se levanta de nuevo y sube la música ambiental que suena invocando a los espíritus de los guerreros navajos, cheroquíes. Mi corazón sabe bien que sólo tiene dos elecciones: alzar el hacha de la guerra contra el tumor que padece mi marido, batalla que sé que perderé, o sentarme a fumar la pipa de la paz con la enfermedad y prepararme para un viaje que quizás sea el más largo de mi vida.

Mientras doy un sorbo al zumo, decido optar por el segundo camino. Haré ese viaje lo mejor que sepa junto al hombre que amo. Estaré a su lado hasta que mis fuerzas se agoten. Pero no dejaré que mi enemigo me abata hasta que se cierre el telón. Porque yo soy más fuerte que él, poseo algo que me mantendrá de pie en la lucha por el amor de un ser maravilloso cuya

mirada clara y sosegada me acompañan, incluso cuando los obstáculos son tan grandes que creo desfallecer. Sé que su fortaleza ante la situación que le ha tocado vivir es un ejemplo para que mi entereza no decaiga y en mis labios permanezca la sonrisa que tanto he amado estos años. Sí, soy la chica que nunca se rinde "the girl who never give up", como el me solía llamar.

Me pierdo en mis pensamientos y la voz de mi nueva amiga parece provenir de un lugar lejano.

—Ya he terminado, ¿quieres que vayamos a Lavapiés? Después de todo, este va a ser tu nuevo barrio.

Asiento con mi cabeza, y aprieto mis dientes para evitar que mis ojos expulsen unas lágrimas que yo me esfuerzo por controlar.

—Está bien —respondo —. Me irá bien dar una vuelta por los alrededores.

Antes de marcharme doy una vuelta por el inmenso lugar cuyas paredes descorchadas carecen de total encanto. "Mi terraza", pensé.

Me imaginé contemplando maravillosas puestas de sol y largos amaneceres en aquel lugar que pronto sería parte de mi vida. Pienso en las desgastadas baldosas del terrazo rojo. Observo el pequeño cuarto de trastos y sueño que aquella enorme casa era nuestra, de Dylan y yo. El sonido de sus dedos acariciando con rapidez el teclado de su ordenador, concentrado en un artículo sobre los "Stone", como él me decía cariñosamente que había que llamar al mítico grupo inglés. Escucho las notas su canción favorita, "Mediterráneo" de Serrat, envolviendo la estantía, junto con los ligeros y veloces pasos de unos niños correteando por las habitaciones. El olor de unas pechugas de pollo haciéndose a la plancha invadió mi alma. Cerré los ojos y disfruté de aquel momento que yo había construido en mi mente a sabiendas de que no era real ni posible.

Abandoné el lugar con la sensación de que alguien nos había robado todos esos instantes sin ninguna razón. Y comprendí entonces cual era mi misión: hacer que cada instante con él fuera tan especial que ni en mil años pudiera olvidarlo.

—El cuarto es pequeño pero acogedor. En invierno es el más cálido de la casa y en verano el más fresco. Tiene mucha luz como toda la casa. Creo que vas a estar bien —Me explica la muchacha de piel canela, siembre sonriente.

Escucho sus palabras mientras caminamos por la calle Embajadores de camino a la ronda de Valencia. Hace calor y todas las calles me parecen iguales. Hace tiempo que nada me interesa, ni me conmueve lo suficiente como para arrancarme una sonrisa. El mundo se ha vuelto gris y oscuro como una noche tormentosa sin fin.

Observo el plato de garbanzos con "cury" sobre un mantel de cuadros rojos y blancos desgastado. He perdido el apetito. Josie me mira como si me conociera de toda la vida.

—Prueba —, me dice con ánimo. Cojo la cuchara y muevo la extraña comida mientras mis ojos se pasean por el lugar que está lleno de personas venidas de todos los lugares del mundo. Los olores a carne y especias se mezclan por igual. Las tiendas de fruta alegran el paisaje con sus llamativos colores, confundiéndose con las etiquetas de cosméticos y productos de limpieza. Tengo la sensación de que este no es mi lugar. No sé si me acostumbraré a vivir en un lugar donde conviven la comida y la lejía. "¿Me habré vuelto conservadora?", me pregunto a mí misma.

Josie parece disfrutar de sus patatas con "cury" y espinacas. Para mí, son demasiados sabores. Dejo el plato de garbanzos a medio terminar. Observo el lugar como una turista, y entonces recuerdo la primera vez que Dylan y yo estuvimos en aquella plaza. No fue más de tres minutos y salimos

del metro, vimos a los vendedores de droga y nos metimos de nuevo en el metro. Pero claro, las cosas han cambiado, el lugar parece más tranquilo.

Una mujer con un vestido africano pasea al lado de una mujer con chilaba. Ambas parecen haber vivido toda la vida en Lava pies. Me parece imposible que yo me sienta alguna vez de esa forma. Reflexiono: "últimamente me siento extranjera en todas partes; he perdido mi lugar en este mundo".

—Isabella, no comes nada—, me dice Josie con su voz aterciopelada. —Estás muy delgada y tienes que cuidarte.

La miro. Me gustaría decirle que hace tiempo que todo ha perdido el sabor para mí. Todo tiene un gusto amargo. Pero no lo entendería, supongo.

La comida no me ha sentado bien. Noto el estómago pesado como si trasportara un par de gemelos. Me siento en la cama. Son más de las seis. Enciendo mi ordenador y escribo unas líneas de mi nueva novela. Es sobre un asesino en serie que asola Madrid. Mi psicólogo dice que yo soy el personaje del libro. No sé si tiene razón, pero hay días en los que tengo ganas de matar a alguien. Después de todo, hay personas que se merecen la muerte más que mi Dylan. Quizás funcione un alma por otra. Creo que me estoy enloqueciendo entre las paredes de mi pequeño cuarto. Es tan deprimente que decido coger el ordenador y andar hasta la casa encendida, .mi lugar favorito. Decido pasar por Lavapiés para acostumbrarme a su nube de especias y demás olores suspendidos en el aire. En aquel lugar mi piel negra no llama la atención, pasa desaperciba como un juego de llaves en medio de una cacharrería.

Camino con el ordenador metido en una bolsa verde. Observo a todos los nuevos ciudadanos de Madrid reunidos como en un festival multicolor: marroquíes, hindúes, africanos, latinos, chinos, españoles, ingleses, alemanes, rumanos... Todos danzan al ritmo de una supuesta convivencia. No

puedo decir si es real o no. Acabo de llegar al lugar y yo soy la extraña, la extranjera.

Entro en una frutería, escojo unos kiwis de Nueva Zelanda, rememoro las veces que Dylan y yo sentados en nuestro comedor en Conde de Casal disfrutábamos de la deliciosa y exótica fruta. Mientras él me decía "niña bebe hay que comer fruta que es muy buena". Podía ver su mano de forma nítida separando la dorada y deliciosa carne del kiwi y tendiéndomela mientras sonreía. Su imagen era tan clara en mi cabeza que me parecía que nada de lo que nos sucedía ahora tuviera que ver con nosotros. Eran otras personas las que tenían que luchar contra aquella pena que había invadido nuestras vidas.

La casa encendida permanecía majestuosa y llena de sorpresas en su interior como siempre. Aquel edificio que antaño había rozado la ruina era ahora un lugar lleno de vida, con gente recorriendo sus pasillos y las salas llenas de mentes deseosas por descubrir, aprender y sorprender al mundo con sus ideas y creaciones. Estudiantes, becarios, trabajadores, niños eran ya parte de aquel edificio. Y entonces supe lo que había buscado toda mi vida, encontré la frase y la grabé en mi mente "felicidad imperfecta", aquella de la que se componen los sueños, los fracasos, las alegrías las reconciliaciones, las lágrimas, las sonrisas. Y me di cuenta de que para mí todo aquello estaba a punto de terminar sin apenas haber comenzado. Pensé en lo poco que mi Dylan habría podido disfrutar de aquella felicidad. Apenas había empezado a vivir y ya estaba sentenciado a muerte.

Sentada en mi ordenador, le vi postrado en aquella cama de hospital de la que ya no se podía mover. Y deseé que con su mente al menos pudiera viajar a todos esos lugares que siempre había deseado.

Allí frente a aquella pantalla permanecí durante un rato aporreando las teclas de mi ordenador con furia. Quería que las palabras que salían de él se llevaran la rabia de mi interior. Vomitaba las palabras como una posesa.

Una tras otra iban llenando la blanca superficie de papel con su inalterable presencia. Imaginaba que era la impoluta sala del hospital con sus sábanas almidonadas y desinfectadas hasta saciedad. Y en medio de ella estaba yo blandiendo la espada contra el tumor como lo haría Arturo contra un gran dragón. Me sentía invencible, esos eran los únicos momentos en los que me sentía indestructible. Era poderosa y podía cambiar el destino a mi antojo.

A eso de las nueve, levanté la vista del teclado y volví a mi realidad donde no era más que una triste presencia entre un millón de personas. Arrastrando mi pena como un espíritu vagabundo en el reino de Hades, a la espera de ser perdonado por atreverse a retar a los dioses del Olimpo y pensar que era dueño de su propia vida.

De nuevo en Lavapiés los olores me invaden, haciéndome olvidar por un instante el olor a desinfectante que recorre los pasillos de la Princesa. El nombre sería hermoso si no fuera porque mi amado está a punto de caer en un sueño profundo del que no podrá ser despertado, ni aunque pasen cien años.

La gente pasea envuelta por el frescor de una noche veraniega. Me doy cuenta de que la plaza ha cambiado desde la primera vez que pisé el lugar. Ahora es más amplia y está llena de niños de todas las razas que corretean inundando el lugar. De repente uno de ellos se gira, es una niña. Lleva un vestido amarillo con manzanas verdes que resalta sobre su piel color caléndula. Tiene unos preciosos rizos del color de la miel salvaje. Y sus ojos de un azul intenso, me miran con sorpresa como si hubiera descubierto algo familiar en mí. Me quedo de piedra al ver el parecido asombroso con Dylan e imagino a nuestra hija, esa que nunca podremos tener. Esa a la que él quería llamar Isabella me espera para llevarla a casa después de un largo día de juegos. Entonces caigo en la cuenta de la cantidad de veces que me paro a mirar a los niños. A veces temo que las madres piensen que soy peligrosa. Por eso los observo discretamente de soslayo. Sé que me he convertido en una ladrona de la intimidad ajena.

Dejo el parque infantil para dirigirme a la plaza de Tirso de Molina. En cuanto llego, me escondo en mi habitación lejos de las miradas de compasión de la gente. Me tiendo en la cama vestida mientras pienso en mi trabajo en el aeropuerto. Dentro de unos días seré una chica en un balcón de Embajadores.

Desde hace dos semanas, maquillo, mejor dicho, asesoro a los pasajeros de los vuelos internacionales sobre perfumes y cosmética de regalo. Sí, tengo la suerte de poder utilizar el pincel una vez de cada seis asesoramientos. Me puedo dar con un canto en los dientes. Pero el trabajo es interesante, ves personas de todos los tipos y clases sociales. Están aquellos que son ricos y te lo hacen saber con su desdén para que te quede bien claro que sólo eres una simple dependienta. Luego están los que van de tener dinero y luego no pueden ni comprarse un lápiz de ojos. Y, finalmente, los que de verdad no tiene dinero y te piden que les des un regalo no muy caro pero bonito. Entonces te das cuenta de que están poniendo el corazón y su pequeño sueldo en esa petición. Así que haces todo lo que puedes para encontrarles algo bueno y barato.

Mis piernas están agotadas, el trabajo empieza a pesarme, miro el reloj con insistencia. Las agujas parecen haberse detenido para mi fastidio. Pienso en el camino que me queda hasta la casa. Suspiro justo cuando una mujer me pide angustiada que le busque la antiarrugas de Dior. La miro con detenimiento y me pregunto para qué la necesitará. Su piel más que ajada parece cansada y carente de brillo. Si de mí dependiera, le recomendaría dormir más, tomar agua, mucha fruta y un buen plato de lentejas. Mientras estos pensamientos me recorren la mente sin esfuerzo, le tiendo la crema a la vez que le digo el precio. Ella sonríe aliviada de poder seguir siendo eternamente joven por unos días.

KEIKO

—Será bruto, malnacido, racista, fascista, el tío éste. Menudo capullo. Acaba de llamar a mi hijo chino feo. Por su puesto, le he dicho de todo menos bonito. ¿Qué sé cree la gente? Que porque seas extranjera ¿te pueden decir de todo? Me parece increíble que ya no puedas ir ni al centro comercial en Madrid sin que un energúmeno te suelte una barbaridad como ésa. Te aseguro que no hubiera dicho ni mu, si el insulto hubiese ido dirigido a mí, en lugar de a mi hijo. Me dieron ganas de arrancarle las uñas una a una. Deseé tener la katana de mi padre y cortarle en trocitos.

La verdad ahora te entiendo cuando me hablabas de los comentarios racistas —decía ésta—. Hasta que se lo han dicho a mi hijo no me he dado cuenta de lo que dolía que te despreciaran por tu color. Es increíble a estas alturas del siglo XXI que todavía haya este tipo de animales pululando por la ciudad —Keiko gritaba exasperada por teléfono, mientras Isabella la escuchaba en silencio. Y pensaba: "Todo aquello ella ya lo había vivido miles de veces y se había puesto furiosa otro millón de veces. Pero Keiko había estado siempre convencida de que esas cosas sólo pasaban en las películas sobre el apartheid en Sudáfrica o en Estado Unidos. No sabía que el racismo estaba a la vuelta de cada esquina. Incluso recuerda un día en que la señora que le alquilaba la casa a Keiko tuvo un gesto racista con ella. Y ella se lo comentó. Pero sólo se limitó a decir:

—"Ves tormentas donde solo hay lluvia. Lo que pasa es que el otro día venias de rosita, y hoy vestida con el traje negro de maquilladora y no te ha reconocido"

Sí, esa era la forma que tenía ella de quitarle hierro al asunto. Y, francamente, cómo podía entender ella lo que era sufrir de racismo. Keiko siempre había sido la japonesita, pequeña, preciosa, perfecta. Para sus amigos y conocidos era prácticamente como llevar un bolso Chanel; les situaba el Olimpo de los que están a la moda, conocen las tendencias, pero sobre todo que tenían o querían aparentar tener dinero. Porque en aquella época ser japonesa era el equivalente a estar podrida de dinero y, por lo tanto, tus

amigos también lo eran. Y conocen el dicho "el dinero llama al dinero". Mientras Japón estuvo de moda, todo fue estupendo hasta que China empezó a estar de moda. Entonces se buscaron una amiga china para anunciar que estaban en tren de tragón, aquel que iba a dominar el mundo".

—¿Estas allí, Isabella? —preguntó Keiko al percatarse del silencio al otro lado del teléfono.

—Estoy aquí —respondió ella a la espera de preparar su oído para otro bombardero de quejas, que a ella a estas alturas le parecían tonterías. "Por amor de Dios su marido acaba de morir de cáncer", pensaba mientras se sentaba en la destartalada mecedora del balcón y fijaba su vista en el horizonte para contemplar el cielo de Madrid en todo su esplendor.

—Creo debería llevarme los niños a Japón con sus abuelos, a un lugar civilizado donde la gente no diga cosas horribles a los niños.

No sé qué pensarás de esto. Supongo que te parece bien. Siempre nos puedes venir a visitar. Mis padres estarán encantados de tenerte en casa. Por cierto, deberíamos pasarnos por Chanel y por L'Oreal, tienen una nueva colección de sombras que nos quedaría de ensueño.

Isabella, ¿te acuerdadas de cuando solíamos ir a probarnos las nuevas sombras y barras de labios en el Corte Inglés? ¡Qué jóvenes éramos! Ahora me siento como una vieja amargada que no hace más que quejarse de todo. La mayoría del tiempo estoy tan abatida que arrastro lo pies como una drogadicta. La otra mitad ando de un lado a otro de la ciudad como una enloquecida. A veces llego al colegio de los niños tan acelerada que se me olvida darles un beso; luego los arrastro a toda brisa a casa, les doy, de comer, baño y a la cama. Nada de juegos ni televisión. Siento que estoy siendo una mala madre. Es que el estrés puede conmigo.

— ¿Soy una mala madre?—, pregunta ella con la voz cansada.

Pero Isabella ya no está al teléfono, sino sumergida en los intensos ojos azules de su marido que le recuerdan el cielo en una tarde tranquila de verano. "Tengo el cielo en casa", se dice así misma y unas lágrimas comienzan

a caer por sus mejillas.

— ¿Estás bien, Isabella?—, pregunta Keiko avergonzada a la vez que preocupada.

—Estoy, bien—, exclama ella secándose las lágrimas con la palma de la mano.

—Perdona, lo siento de veras. No sé cómo aguantas ser mi amiga. A veces soy como una niña pequeña hablando de mis problemas, cosméticos, y bolsos de Chanel mientras mi miga llora la muerte de su marido.

—No pasa nada, lo entiendo. Además, a tu forma has estado a mi lado —responde Isabella intentando quitar hierro al asunto.

—No es cierto, he sido una egoísta, ni siquiera fui a verte cuando Dylan murió. Tampoco te llamé mucho. Pero ya sabes que los asiáticos, perdona, los japoneses no somos muy buenos mostrando nuestros sentimientos. Pero te prometo que haré un esfuerzo e iré a verte más. Tal vez podamos organizar un viaje para las dos y los niños. Un sitio divertido que nos haga olvidar nuestros problemas o por lo menos que nos distraiga de ellos.

—Podemos empezar con la fiesta de Yosie. Te ha llamado, ¿verdad? — dice Isabella.

—Sí, el sábado es su fiesta de despedida, allí estaré. Para mi suerte es el fin de semana que los niños están con su padre. Sábado cachondo—, grita Keiko.

—Sábado cachondo—, responde Isabella, que cuelga después de unas palabras de ánimo a su amiga, la cual reconoce que es como una niña a veces, pero la quiere como una hermana.

Keiko se queda con el teléfono al oído durante un rato, luego suspira y susurra: "Sábado cachondo, amiga mía. Tengamos un sábado cachondo para olvidar por unos instantes nuestras penas". Después coge su diario y escribe: debo cuidar más a mi hermana Isabella. Ella me necesita. Cierra el diario y se va a la habitación a dar un beso a sus hijos que duermen plácidamente. Se queda de pie observándoles y pensando: "si no estuvierais aquí conmigo yo también estaría perdida". Luego apaga la luz del cuarto y

repite divertida en susurros: “sábado cachondo amigas, sábado cachondo”.

JOSIE

Madrid es como un pañuelo. Parece mentira que la chica que va a vivir en mi cuarto me maquillara hace como unos tres años —Le cuenta a su amiga Irene, que trabaja de disc-jockey por las noches poniendo música funk. —Bueno, ya sabes lo que dicen —responde ella—. ¡El mundo es como un pañuelo! Entonces nos vemos esta noche en la *jam session* y no olvides traer la pandereta —Dice la voz al otro lado del teléfono, sonriendo.

—Josie parece siempre tan alegre—, comenta el marido a Ana mientras le da de comer un helado de chocolate a Mateo, que palmea las manos con alegría—. Me pregunto si esta muchacha está triste alguna vez—, dice mientras limpia la boca al pequeño cuya comisura está llena de restos de chocolate derretido.

—Eso es bueno, creo que le hará bien a Isabella. Ella necesita a alguien alegre a su lado —dice Ana, mirando sonriente a su marido.

Josie escucha el ir y venir de los coches, esperando que algún día pueda conducir uno legalmente. Hace años que tiene el carné panameño, pero tiene que pasar un examen después de doce años conduciendo en su país. A veces se siente encañada. Tenía la sensación certera de que desde que llegó a Madrid no han hecho más que robarle el dinero. Vino para hacer un curso de diseño, por el que pagó más dinero de que costaba. Y ahora tiene que pagar para tener un papel que le permita hacer lo que llevaba haciendo doce años.

Miró el reloj. Estaba cansada de preparar su página web y había decido irse a Barcelona, pero para eso necesitaba una buena página. Sí, sabía que esa ciudad le daría más oportunidad de la que Madrid le había ofrecido. Se estaba haciendo de noche, y el cansancio mandaba a su cuerpo que se

moviera para estirar sus piernas. Tal vez debería ir vistiéndose para la *jam session*. No tenía muchas ganas de salir, pero le invadía la tristeza. Hacía más de un año que había roto con su pareja y aún no sabía qué iba a pasar. Se preguntaba por qué no podía encontrar a alguien normal. ¿Pero es que acaso había gente normal? No tenía que ser una persona extraordinaria, sólo honesta y con algo de estabilidad emocional. Últimamente sólo salía con depresivos o indeseables incapaces de comprometerse. Su ex se había marchado a Granada a vivir a la playa. La idea le había parecido hermosa, los dos levantándose con la brisa del mar y viendo los amaneceres interminables del sur. Cuando todo parecía ser perfecto algo se había roto, y aún no sabía que, quizás otra mujer, quizás ella no era lo suficientemente buena para él. Tal vez su piel canela le parecía demasiado oscura para disfrutarla toda la vida. No, eso no era, ella lo sabía. La familia de él la adoraba. Y decían que ella era lo mejor que le había pasado. Entonces, ¿por qué aquel hombre había salido huyendo de su vida? Nunca le había presionado ni hablado de matrimonio. Si hubiese sido así ella lo entendería.

Quizás no había nada que entender, tan sólo aceptarlo como su próxima compañera estaba haciendo con la enfermedad de su chico. No se imaginaba lo que hubiera hecho en semejante situación. Levantarte un día y ver cómo tu vida se desmorona sin poder hacer nada. Al fin y al cabo, su novio estaba bajo el sol de Granada. Y no postrado en una cama a las puertas de la muerte.

El teléfono sonó justo cuando Josie soltaba este último pensamiento.

— ¿Ya estás vestida? Una voz algo bebida habló entre risas y música al otro lado del teléfono.

—Sí, sólo me falta coger mi pandereta. Estoy allí en un salto.

No, ella no estaba vestida. Le angustiaba de nuevo la idea de acabar sola sin alguien a su lado. Lo malo de las noches de juerga es que al final le esperaba una cama vacía o, peor aún, acabar con un extraño con el que no sabía qué hacer al día siguiente. El día después le aterraba. Sólo pensar

en que sería otro hombre más en su cama que no se quedaría, le entraban nauseas. Tenía que beber algo aquella noche y se había prometido que sería la última copa, porque conseguiría que su vida en Barcelona fuera mejor. Tenía que ser mejor.

Caminando por las calles de Lavapiés, intentaba memorizar todos los olores y colores de la zona. Llevaba seis meses viendo y mamando aquel lugar, con sus alegrías y miserias. A veces cerraba los ojos para ver si captaba algún acento panameño entre la multitud de nacionalidades que poblaban el lugar. El olor de las fruterías se mezcla con la de los *kebab.* Ahora le llega el aroma del *curry* que le trasporta a la India y la sumergía en un mundo lleno de colorido y bailarinas de Hollywood. A su lado camina una mujer africana con su *lapá* de hermosos dibujos que toman vida con cada movimiento del cuerpo. Sí, le gustaba aquel lugar. Era distinto y se sentía bien. Justo al cruzar la acera le viene a la memoria su primera exposición. El local ya no existe; en su lugar una tienda china al mayor le mira con descaro. Los sitios cambian deprisa. "Quizás la próxima vez que venga esto sea un gran parque comercial lleno de tiendas al mayor con letras imposibles de traducir para mí", piensa mientras aligera su paso para no llegar tarde a su cita con la música.

Ahora sus rizos se vuelven del color de ébano bajo la luz de la luna. Un hombre sentado en un bar la llama y ella sonríe. Es un viejo conocido de barrio, un escritor de novelas al que le gusta acariciar su ordenador al ritmo de Celia Cruz. A pesar del tiempo, su cara no ha cambiado, sólo sus canas denotan que ya tiene edad para ser algo más sabio que los que le rodean. Jóvenes extranjeros con *rastas* ficticias y melenas rubias que mueven de manera descarada a sabiendas de su belleza. Pero a ella no le encaña esa actitud de "yo soy al alternativo". Sabe que bajo esas ropas raídas de marca se esconde una *american express* o una visa oro que no parara de pasar por los comercios hasta que suba al avión de vuelta a su preciosa casa con jardín y un Mini aparcado en la puerta. Para ellos Lavapiés sólo es un parque de atracciones tropical en medio de la Europa de la opulencia y la seguridad.

Su conversación con el escritor termina con una invitación a su despedida. A su llegada a la plaza Tirso de Molina observa con curiosidad a unos padres que juegan con su hija que corretea despreocupada por el lugar. Su padre hace muecas y la pequeña se destornilla de risa con cada gesto del progenitor. La madre sostiene una chaqueta de Hello Kitty demasiado gruesa para el tiempo tan bueno que hace. Josie la observa y piensa en su familia y en la falta que le hace verles. Sobre todo, a su tía a quien adora. Estas Navidades, todos estarán en Panamá, incluso la hermana que vive en Brasil. Aunque la idea de ver a su hermano mediano le amarga un poco la noticia. Ellos nunca se habían llevado bien. Él, por alguna razón que ella desconocía, la odiaba.

No importa, piensa mientras atraviesa la plaza de Joaquín Benavente, donde algunas mujeres venden lo que les queda de su dignidad maltrecha a cuatro borrachos y a algunos viejos desesperados en busca de una caricia. Todos huimos de la soledad como podemos. La mía es danzar al ritmo del sonido metálico de esta pandereta. Un hombre le grita con descaro.

—Morena, te haría un favor—. Ella ni le mira. Sigue su caminar atravesando la calle Carretas y adentrándose en la caótica Plaza del Sol donde las obras han borrado cualquier asomo de majestuosidad del lugar.

La luna mira con asombro la ciudad ahora revestida de caos. Y su luz traza sombras por las calles imposibles de transitar mientras los carteristas hacen su agosto con los incautos turistas. Pero ellos saben que ella ya no es una desconocida del lugar, saben que lleva a Madrid en las venas desde que hace ocho años que llegó a la ciudad. Cuando pasa uno de los carteristas le mira con respeto. Te conozco. Piensa que te he visto bailar a la luz de la luna moviendo tu cuerpo cobrizo, mientras invocas a tus antepasados africanos.

Ella sonríe sin saber por qué. Llega a Callao. Ya está cerca. El ritmo de la música le habla, le dice que no se preocupe, que todo está por llegar y que su futuro es como una canción que acaban de empezar a componer. Aún no tiene melodía ni final.

Las escaleras de Conde Duque la llevan suavemente al lugar. Se adentra entre la multitud mientras mueve su pandereta, haciéndola gritar de alegría. El sonido metálico se eleva por los aires para fundirse con la música electrónica que gime de placer por la compañía. La joven de piel canela se mueve llenando de vida el lugar mientras golpea su instrumento contra su cadera que le sigue el compás, extasiada. Todo el mundo comienza a bailar al unísono, embriagados por el sonido como si lo hubieran ensayado durante años. El dolor ha desparecido de sus vidas. No conocen el desamor, ni la pérdida, tampoco la preocupación de vivir. Bajo el influjo de Apolo (dios de la música) el mundo sólo es una nota que necesita ser cantada y sentida.

La música se apaga. Las luces se encienden y con ello llega el despertar. La realidad golpea a Josie, que se da cuenta de que lleva unas copas de más y que no recuerda el nombre de su acompañante. Son las siete de la mañana, y lo que parece una melodía no es más que el ruido de los coches y las luces de la mañana. El brutal golpe de la realidad. El cuerpo del hombre es hermoso, cada uno de sus músculos está bien torneado y le llama a acariciarlo. El deseo es intenso pero el miedo al después es poderoso como el veneno de serpiente. Sin mirar la cama se levanta y prepara un té. En casa no hay nadie, su cuerpo está agotado. La cama es pequeña y la noche ha sido intensa.

Camina por el lugar sin darse cuenta de su desnudez. Las lágrimas le resbalan por la mejilla. ¿Por qué no se quedan? Antes de que se dé cuenta, una mano fuerte le agarra por la cintura y la atrae su cuerpo desnudo hacía el hombre que le mira ensimismado. No quiere girarse, no desea que el extraño la vea llorar. Sin pensarlo, se aparta mientras le tiende su taza de té aún caliente.

—Oye, no tengo prisa por marcharme —dice el joven moviendo su cuerpo con seguridad mientras añade —Podemos volver a la cama y tomarlo con más calma esta vez—. Ella le mira y se deja llevar. "¿Qué más da? Dentro de unos días, me marcho. ¿Qué importa si este no se queda tampo-

co?", piensa mientras deja que las manos del hombre recorran su cuerpo.

De nuevo Josie se sumerge entre los brazos del extraño dejando que su olor la embriague. No es la primera vez que se traga sus lágrimas a cambio de un poco de calidez mañanera. Sabe que a veces las cosas son como son y no hay forma de cambiarlas. "¿O tal vez sí?" Se pregunta en silencio mientras cierra los ojos y se imagina sentada al sol enfrente del Maremágnum contemplando el vaivén de los yates movidos por el oleaje.

CATHERINE

—Estoy harta de mis clases, de los cambios de horario y de no encontrar al hombre de mi vida—, grita mientras prepara la masa para los bollos de chocolate. De todas las cosas que hay en su vida es una de las que sabe que le tranquilizan, la otra es comer. La rabia le hace aplastar la masa con saña. Le gustaría que fuera el capullo que conoció el mes pasado en "www.Mach.com"

—Será cabrón, ni siquiera era capaz de comer los espaguetis como un adulto —Gritó de nuevo mientras le propinaba un puñetazo a la masa ya sumamente manoseada.

— ¿Por qué todos estos gilipollas sólo quieren metérmela y luego no son capaces de comprometerse para nada?—, añade a la vez que estira la masa con energía.

— ¿Cómo es posible que un hombre adulto corte la pasta como un niño en un restaurante, y la coma con cuchara? Sólo faltaba que su madre le pusiera el babero. Y en cuanto a las clases de tango, el tío era peor que un pato mareado. Para colmo, nunca llegaba puntual. Encima parecía que me hacía un favor cada vez que yo le llamaba.

El muy engreído no tiene ni idea de las veces que tenía que ducharme cada vez que terminábamos. Claro que él qué va a saber. Supongo que pensará que todas las francesas estamos salidas. ¿Cuántas veces voy a tener

que pasar por una experiencia así? Y para colmo, Isabella lo tiene tan fácil, sólo tiene que parpadear para que estén detrás de ella como perros. Podría elegir al que quisiera. Pero no, se pasa el día llorando a ese marido muerto del que seguro que ya no queda nada en el cementerio. Aunque creo que lo incineraron—, rectifica echando un vistazo rápido a la página de contactos y soltando un profundo suspiro de resignación por el panorama desplegado delante de ella.

—Hay que joderse con estos tíos, todos parecen asesinos en serie. Si es que algunas personas tienen suerte para lo que no merecen. Y encima se pasa el día diciéndome "ya llegará la persona cuando menos te lo esperes" Para ella es fácil, con ese culo respingón, esa piel de ébano, y la súper sonrisa de marfil que tiene. Es mucho mayor que yo y parece el doble de joven.

Miró su rostro a través de la ventana de la cocina y luego se tocó el estómago. Notó los *michelines* que le empezaban a aparecer; entonces recordó cuando a su madre le comenzaron a salir esos mismos bultos de grasa. Sabía que tenía que dejar de fumar, beber como una cosaca. Pero sus amigas también lo hacían y habían encontrado una pareja. Sería ridículo pensar que ella no tenía un hombre en su vida por esas dos razones.

— ¡Qué estupidez!—, se dijo a sí misma mientras pelaba las manzanas a toda prisa. Tenía que comer para saciar esa ansiedad que la carcomía por dentro. Esa noche le daría un toque creativo a su perfil en la web de amor. Estaba segura de que habría alguien interesante con el que intentarlo de nuevo. De mientras, se conformaría con Juan el calvo, el de los cristales incrustados en la cabeza como ella lo llamaba por los bultos que asomaban por su calva a través de la piel.

Esperaba poder ir a la piscina con Isabella uno de estos días. Hacía mucho que no hablaban. Ella siempre estaba ocupada con el trabajo y los videos que hacían en YouTube. "¿Cómo era posible que con esa depresión fuera capaz de seguir trabajando y encima le diera tiempo a sonreír?" Pensó mientras analizaba a su compañera de piso y amiga. Pero no era tan perfec-

ta, se había dejado varias veces el gas encendido, de tantos antidepresivos que tomaba. Y la verdad, estaba tan mal, aunque tenía muchos pretendientes los acababa espantando.

—Será mejor que me coma mi postre—, dijo esbozando una amplia sonrisa de satisfacción por ese último pensamiento. Había preparado en ese rato una tarta de manzana y varios bollos con chocolate. Se sentó en la mecedora mirando la inmensa terraza y comenzó a engullir con rapidez los trozos de tarta de manzana, mientras miraba con avidez el postre de chocolate. Comer le devolvía la alegría, pero también pensar en uno de sus nuevos alumnos con el cual se había cruzado por el pasillo dos días. Ambas cosas hacían que todo fuera maravilloso de repente.

ISABELLA

Acaban de despedirme de mi segundo trabajo, en la firma Burberry. La verdad, me importa poco. Dos trabajos eran demasiado. Mi cuerpo estaba constantemente agotado y tampoco es que me dieran un súper sueldo. Y qué decir del trato, peor que trabajar en una fábrica de la India. Si a nosotras nos tratan así, casi como esclavos con cámaras que espían nuestros movimientos, haciendo que nos matemos unos a otros por una mísera comisión imagínate, qué les harán a los pobres que hacen las prendas en una fábrica clandestina de Tailandia. Seguro que tiene que mear, cagar mientras cosen al mismo tiempo. Todo sea para que una pandilla de desalmados *snops* pueda llevar un estúpido logotipo, como el de un supermercado. Por lo menos me han dado mi liquidación que pandilla de gilipollas. No creo que la tienda duré demasiado. Imperios más grandes han caído.

"Los pensamientos son como una nube; hay que dejarlos pasar sin más", me repito para no perder tiempo en memeces. Ya tengo el billete para ir a ver a mi chico, me gusta sentarme a su lado y cogerle la mano. Ya sé que sus padres piensan que es duro estar sentada todo el día a su lado

sin moverme. Pero yo no necesito otro cielo más que el de sus ojos, me gusta mirarlos, aunque ya no tengan la expresión alegre de antaño. Siguen siendo los ojos de mi niño bebé como yo le llamo cariñosamente. Es extraño cómo el tiempo lo cambia todo. Cosas que me parecían importantes han dejado de serlo de un plumazo. Las discusiones que teníamos a veces parecían capaces se separarnos entonces. Y sin embargo ahora me parecen pequeñas motas de polvo que se posaban sobre nuestros ojos y que apenas sacudidas desaparecían sin dejar rastro. Cuántas veces le he repetido que antes de conocerle mi vida no tenía sentido, no creía que tuviera derecho a nada bueno.

Sin embargo, desde el mismo momento que mi mirada se cruzó con la suya, mi mundo comenzó a teñirse del color con que están hechos los sueños. Ahora sentada en mi minúscula habitación me parece haber caído a un pozo profundo del que cada día me cuesta salir más. Nada me importa. Sueño con no despertar quizás, por eso el que me despidan me perece lo mejor que me ha pasado.

Me siento en mi minúscula cama y me pregunto si alguna vez volveré a tener una cama como dios manda. Me refiero a una grande y amplia como la de un adulto. Aunque últimamente no me siento como tal. Me parece que cada día que pasa me convierto más en una niña a la que han abandonado a las puertas de un colegio.

Me paso el día perdida en mis pensamientos. Miro el despertador: son más de las tres de la madrugada. Será mejor que me acueste. Miro el billete de tren depositado con cuidado en la mesita de noche y sonrío. De repente me invade la tranquilidad. Mañana estaré por fin a su lado y el resto del mundo dejará de importarme.

Es un precioso día de verano, me ha venido a buscar su padre, apenas hemos hablado. No hace falta, veo la pena y la impotencia en sus ojos. Sólo suspira mientras me cuenta que no está mejorando, que hay que esperar lo

peor. Mi corazón se encoge y trago con fuerza la saliva mientras me muerdo el labio para no llorar. Blanca, su hermana, me dice siempre que no hay que llorar delante de él. Sé que tiene razón, a mi niño no le gusta que la gente esté triste a su alrededor. Aún me parece mentira todo lo que estamos pasando. A veces me parece que despertará y estaremos en el Fnac viendo comics y recorriendo la tienda de discos. Me gustaba comprarle tarjetas de regalo para que se comprara los discos que quisiera. A veces me miraba mientras estaba en medio de la tienda y me preguntaba como lo haría un niño, ¿pero me puedo gastar todo en música? Y yo le decía claro, bebe en lo que quieras. Entonces sonreía y comenzaba a recorrer los pasillos con alegría mirando los discos con sus brillantes y alegres ojos azules. Siempre me asombraba la capacidad que tenía de hacer que la gente de su alrededor cambiara de actitud. Era algo pretencioso por mi parte, pero siempre pensé que estaba casada con un pacificador. Unas de esas personas que tienen el don de convertir la no violencia en una herramienta eficaz para hacer del mundo un lugar mejor. Quizás fuera sólo una percepción mía, pero no recuerdo ningún sitio que él trabajara o estudiara, donde no tuviera gente que le apreciara y amara estar a su lado.

Mi corazón se llena de desolación por verle tan enfermo, pero enseguida la pesadumbre pasa a la alegría de estar a su lado.

Recorrimos el camino que va de la estación a la casa en silencio. Mi mirada se pierde en el horizonte observando los campos de melones y las cosechas recién colectadas. De repente, atravesando un cruce de caminos, me acuerdo de que por aquel lugar se va a las tablas de Dammiel. Sin darme cuenta me encuentro paseando por el lugar agarrándole de la mano como siempre hacia. Observaba todo con gran detenimiento, mientras me cuenta lo hermoso que había sido aquel lugar cuando era pequeño. El agua, me decía con seguridad, llegaba hasta más allá de las rocas. La gente no se podía bañar porque no hacía pie y no se veía el fondo de la laguna. Ahora sólo quedaba un pequeño riachuelo contaminado de color marrón. Pero de la forma que él lo explicaba me parecía el lugar más interesante del

mundo. Sí, tal vez parezca cursi, pero todas las cosas eran especiales siempre que él estuviera en ellas conmigo. Es posible que alguien piense que mi mundo giraba alrededor de él, también es verdad. Pero no me molesta que la gente piense eso. Porque la felicidad no puede molestar nunca. Aparto la mirada de la ventana del coche, justo cuando estábamos llegando a la casa.

Su padre se baja del coche, abre la verja con cuidado; sin embargo, el chirrido del metal al moverse llega a los sensibles oídos del perro, que viene corriendo a nuestro encuentro armando la algarabía propia de su raza. Mi memoria me transporta de nuevo a tiempos mejores, cuando esa operación era realizada por mi Dylan que me miraba y se reía mientras los perros se subían encima de él. Lucero y Pequeño Plutis, que así habían llamado al *fox terrier* en otro recuerdo de perro que había tenido su padre cuando era pequeño. Más adelante no se sabe cómo el can desapreció de la casa, quizás saltó la valla. O tal vez, como dicen, los animales, tienen un sexto sentido, no quiso ver a su dueño morir y prefirió desaparecer. Por el motivo que fuera, una mañana Plutis salió de nuestras vidas como había llegado, como una gran sorpresa.

Últimamente tenía muchos *flash back* como aquel. Aquellos momentos eran como si viviera nuestra vida de nuevo. A veces perdía la noción de la realidad sumergiéndome en los recuerdos que se habían convertido en mi alimento principal para superar aquel largo y agónico proceso al que nos sometía la vida sin ningún miramiento ni escrúpulo. Aún no sabía si me aterraba la idea de perderme definitivamente en esos sueños o era lo mejor que me podía pasar a estas alturas de la enfermedad.

Bajé del coche. De camino saludé a Lucero que movía su cola de forma alegre. Viéndole así, parecía que todo seguía como en mis sueños. La casa parecía otra, pero era la misma la huerta, sin cultivar pero arada y dos enormes tinajas cuyos agujeros parecían dos bocas a punto de gritar su desesperación. Pero permanecían mudos ante la situación inmutable.

Las hojas de parra se enredaban con firmeza entre los entramados del techo de ramas que el padre había construido. Antaño llenas de vida, ahora habían perdido su verdor a pesar de ser la época de su florecimiento. Los árboles parecían haber bajado sus ramas como muestra de su condolencia al enfermo, negándose a florecer como en otros años.

La madre de Dylan estaba dentro de casa dándole de comer un yogur. Cuando entré me sonrió, pero pude ver una mueca de dolor en ella y los ojos vidriosos de aquel que intenta ocultar su llanto. Le devolví la sonrisa a la vez que le cogí el yogur de la mano. Cogí una servilleta de papel y comencé a darle de comer mientras le sonreía. De vez en cuando le acariciaba la mejilla y la cabeza, dándome cuenta de que ya no quedaba nada de su precioso pelo rubio. Aquellos cabellos que tantas veces acaricié, habían desaparecido como el brillo alegre de sus ojos. Ya nada quedaba de su mirada infantil. Me quedé sentada allí sin saber qué hacer ni qué decir. Finalmente decidí que era mejor salir a pasear por la huerta. A él le encantaba pasear por el campo y no estaba dispuesta a dejar que su enfermedad le arrebatara el poder disfrutar de la luz del sol. Le di un beso en la mejilla y saqué la silla de ruedas con cuidado por la puerta. Mientras recorríamos el tramo que iba de la casa a la verja le contaba las cosas que había hecho durante la semana. Si había habido mucho trabajo en la tienda o vendido mucho maquillaje. A veces le narraba alguna historia que había oído en el metro mientras me dirigía a trabajar. O simplemente alguna anécdota sobre algún cantante del que él había escrito. Otras veces me quedaba en silencio escuchando su respiración. De vez en cuando me paraba y le daba un beso en la frente, a pesar del cambio de su rostro cuyo lado derecho había quedado paralizado a la vez que su brazo. Algunas veces cuando le contaba algo divertido aparecía una pequeña mueca, casi una media sonrisa. Aquello me llenaba de alegría y a la vez de temor. Me aterraba la idea de saber que llegaría un día en el cual ya no sería consciente del mundo que le regodeaba. Y eso significaba que yo también desaparecería de su mente, sería como si nunca hubiese existido. Todo mi amor y los momentos que habíamos vivido serían tragados por la nada.

ELSA

—Maldita sea—, exclamó Elsa después de hablar con el brasileño, experto en camasutra. El sudafricano, el japonés y unos cuantos más a los que había llamado para invitar a la fiesta, todos le habían dicho que tenían mucho trabajo y que les era imposible acompañarla al "sábado cachondo". Sólo el australiano había dicho que lo intentaría. Estaba claro que para ellos sólo era un polvo más de una noche, aunque con algunos hubiera repetido más de dos veces y la hubiesen dicho que la amaban, mientras suspiraban a su lado y la llenaban de besos. En realidad, no le importaba mucho si venían o no, después de todo para ella también había sido eso, sólo sexo. Todas esas noches de pasión embriagadora, de susurros a media luz, no significaban nada, absolutamente nada para ella. Ella, una mujer que había decido declarar la guerra al amor, a los sentimientos sin sentido, esos que te podían subir al cielo y bajar a los infiernos en cuestión de segundos. Prefería ser libre. Porque, visto lo visto, amar no era más que una sentencia, la silla eléctrica con suaves descargas que no te mataban, pero te destrozaban por dentro. Si no, que se lo digan a la pobre Isabella, cuya delgadez y aspecto hablaban mucho de lo que el amor podía hacer contigo si lo perdías. Y qué decir de los que lo buscaban y no lo encontraban, convirtiendo su búsqueda en una obsesión como le pasaba a su compañera de trabajo y amiga Catherine, que se estaba gastando todos sus ahorros en las páginas de búsqueda de pareja. La pobre Josy, no lo tenía mejor amando a alguien que no sólo te ignoraba, sino que le importabas un bledo, tanto que ella le había confesado una vez que Ben, que así se llamaba el elemento que le hacía sentir como si su corazón estuviera en una picadora de carne. Y no hablemos de Keiko, divorciado y marido digno de ser llamado Maquiavelo. Y ella, sí ella, a la que todavía le dolían los cardenales que le había dejado su prometido. Había sido estúpida en pensar que alguien que era capaz de regalarte un diamante de tifanys no podía albergar un monstruo en su interior. ¡Qué equivocada estaba! Pero las mujeres somos así, damos más de lo que recibimos. Aunque ella sólo diera su cuerpo, sentía que cada vez le quedaba menos de sí misma. A menudo se miraba desde fuera como

si estuviera suspendida por unos hilos desde las alturas, contemplando su cuerpo como si fuera el de una extraña y se preguntaba qué iba a ser de ella. ¿Cuánto tiempo iba a estar jugando al parchís en los brazos de extraños? Tenía que tomar una determinación porque su llamado desapego emocional no estaba sirviendo, la venda en los ojos tampoco y mucho menos ignorar que había recibido una brutal paliza de su prometido a dos días de la boda y con las invitaciones enviadas, la iglesia reservada y una lista de la compra que había tenido que devolver. Gracias a Dios, todo el mundo había sido muy compresivo y no le había pedido muchas explicaciones, porque a estas alturas todos sabían lo que había pasado en su despedida de soltera. Dada las circunstancias, entendía que nadie quisiera remover más la mierda más de lo que estaba. La noticia de su paliza en la calle había salido hasta en el telediario, y la asociación de mujeres contra el maltrato le había apoyado e incluso ofrecido a mudarse a una de su casa de acogida. Lo que ella había declinado, alegando que se sentía más segura en compañía de sus amigas. Lo que era cierto del todo. Al igual que habían arropado a Isabella cuando llegó con su dolor a la casa, también lo habían hecho por ella, sin preguntas, ni malos gestos. Simplemente aceptando y entendiendo su sufrimiento y dándole tiempo para hablar cuando estuviera preparada para ello. Si de todas las cosas que le habían pasado en esas semanas que siguieron la paliza, vivir en el número 46 de Embajadores, junto a sus amigas y aquel inmenso e interminable balcón, era lo mejor que le podía haber sucedido. Ahora lamentaba que toda aquella fraternidad se fuera a romper. Josie se iba, Isabella también. ¿Quiénes serían las siguientes? Porque, aunque le pesara, estaba segura de que, tarde o temprano, Catherine en su búsqueda del hombre perfecto, acabaría encontrándolo e iría a vivir con él, para realizar el sueño de ser una mujer o simplemente sentirse querida por alguien por primera vez en la vida, y ¿quién se lo podía reprochar? Ser amados era lo que todos deseábamos. Coge a cualquier persona, por muy mala que sea, viciosa, interesada, pesetera, egoísta, malvada y si le preguntas en el momento adecuado, te dirá que lo único que quiere es ser amada. Porque es lo que todos queremos y andamos buscando. Y yo espero que algunos de los hombres a los que he entregado mi corazón se presente

esta noche para decirme que me quiere. Porque estoy esperando ser amada, aunque corra el riesgo de toparme con otro monstruo, no importa el riesgo merece la pena porque cuando juegas al parchís, por muchas vueltas que des, al final llegas a la meta.

Así que será mejor que me vaya de tiendas y me compre algo exquisitamente escandaloso, pero con gusto, porque el sábado entrará mi príncipe azul, ese que he estado esperando toda mi vida.

Elsa hizo esta última reflexión mientras se cepillaba el cabello, después de perfumarse el cuerpo, enfundarse unos elásticos vaqueros negros y una camiseta que decía "hoy es el primer día de tu vida, disfrútalo". Pero esta vez no lo iba a hacer buscando hombres, sino haciendo un encargo muy especial, el de acudir a una agencia de alquiler de coches y dar el dinero que todas habían reunido para que Josie tuviera el coche de sus sueños para su viaje a Barcelona. Porque todas estaban de acuerdo y querían que empezara su nueva vida con estilo. Y un BMW descapotable rojo era sin duda sinónimo de estilo. Antes de marcharse, se acercó al balcón, paseo por él, respiró hondo y contempló el cielo de Madrid en todo su esplendor. Y a saber por qué supo que en ese lugar iba a suceder algo decisivo para su vida, y para ello tendría que tomar una de las decisiones más importantes de su vida.

Con este extraño sentimiento salió de la terraza, cerró la puerta tras de sí, se metió en el metro y dejó que sus pensamientos fueran directamente al sábado cachondo y a su vestido exquisitamente escandaloso. "Sábado cachondo", dijo entre susurros y esbozó una amplia sonrisa que iluminó el vagón del metro contagiando su felicidad a todos los que allí estaban, que su vez sonrieron.

JOSIE

Esta es mi última semana en Madrid. Hace días que intento contactar con Ben. La verdad, no sé para qué me sigo esforzando, he hecho todo lo que una pareja puede hacer para demostrar al otro que le quiere; es decir, que he estado para los malos y los buenos momentos. Hasta le conseguí un anuncio en la televisión para que se sacara un poco de dinero. Cuando vino de Almería no traía más que su tabla de surf. Así que se quedó conmigo y mis compañeras durante un mes disfrutando de las vistas de nuestro balcón. Recuerdo con placer las veces que hicimos el amor bajo las estrellas mientras la prisa nos acariciaba la piel. Sí, él siempre me decía lo mucho que me amaba tumbados en la terraza. De repente en mi última visita a Almería, se volvió frío y distante. Era como si yo le hubiera hecho algo imperdonable. Al final es verdad que me arte y me fui una noche con su mejor amigo. Bueno, después de todo, él me demostraba más afecto que el hombre con el que se suponía que manteníamos una relación. Fue una noche extraña, habíamos pasado toda la tarde en la playa tomando mojitos y dorando nuestros cuerpos al sol. Mi piel color canela ahora había tomado un tono dorado oscuro casi rojizo. John, el amigo de Ben, se pasó el día diciéndome lo guapa que estaba. Lo apetecible que me había puesto y la suerte que tenía su amigo de estar conmigo. Mientras que él que se suponía que era mi novio me ignoraba totalmente. Y así estuvo durante todo el día. No quería deprimirme, así que al final de la noche desaparecí con John y mi pareja. Su amigo no pareció importarle ni lo más mínimo. Así que me lie la manta a la cabeza, me desmadré del disfrute de aquella noche sin culpabilidad ninguna, porque a nadie le importaba le un bledo. La verdad es que me preocupaba más lo que diría mi nueva compañera de piso Isabella sobre mi comportamiento al acostarme con el mejor amigo de mi chico. Ya la estaba escuchando a esa remilgada futura viuda. Aunque ella negara su situación futura, todas en la casa sabíamos que su chico se iba a morir un día de estos. Después de todo, tenía un tumor cerebral, lo que significaba a grandes rasgos una sentencia de muerte. Sin embargo, ella seguía conservando la esperanza con ese aire de mojigata que aparentaba

tener a todas horas. Ya la escuchaba en mi mente mientras me decía "no puedes acostarte con el mejor amigo de tu novio. No es ético. ¿Qué te parecería si él te lo hiciera a ti?" Todo esto mientras yo la miraba con cara de culpabilidad y remordimiento fingido. Que me quiten lo bailado, pensaría en mis adentros.

La verdad es que el sexo de aquella noche había sido de lo mejor. Pero entonces porque no me sentía bien. Estaba bastante despejada cuando desperté. Me di una ducha y me despedí de mi imprevisto amante. No sabía con qué cara me iba a presentar ante Ben la mañana siguiente. Después de todo, había venido para estar en su casa y había acabado acostándome con otro hombre. Bueno, otro hombre, no sé yo si era su amigo y como dicen los sabios "todo queda en casa", por lo menos no me había ido con un extraño.

Al abrir la puerta le encontré preparando el desayuno. Me miró como si nada hubiese pasado.

—Veo que ya te has duchado. Mejor, así no se enfriaran las tostadas. ¿Qué tal la noche? Espero que bien. John es una buena persona supongo que habrá cuidado de ti como te mereces.

Aquello era más una afirmación que una pregunta. Me senté a la mesa y devoré por ansiedad más que por hambre aquellas tostadas símbolo de mi culpabilidad. Quizás su frialdad alemana no le permitiera mostrar su enfado. Pero podía adivinar la ira controlada en sus ojos, esos ojos que a veces me habían expresado amor. Ahora sólo había rabia contenida en ellos. Cuando terminamos de comer, salió con su tabla de surf y yo preparé las cosas para marcharme a la mañana siguiente. Durante la comida no hubo apenas palabras, sólo miradas de reproche. En mi última noche con él decidí que era mejor dormir en el sofá-cama del comedor. Me acurruqué allí mientras, llorando a lágrima viva, que más que de desamor, yo sabía muy bien que eran de culpabilidad y de temor por la perdida. Pero, ¿cómo podía haber perdido algo que nunca había tenido? Envidié a Isabella, por

lo menos ella sabía lo que era ser querida de forma incondicional. Aunque el final que les esperaba no era de lo más esperanzador. Ella siempre tenía esa mirada de haber descubierto un enorme tesoro que no tenía precio y por el cual merecía la pena pasar todo lo que ella estaba pasando. Recordé la última conversación que había tenido con ella, "si me muriera ahora mismo no me importaría porque mi vida en estos diez años ha sido completa, a pesar de su enfermedad. Conocerle ha sido lo mejor que me ha pasado en mi vida". Si no hubiese sabido su situación me hubiera parecido una de esas tantas cursis salidas de internados que piensan que existe un príncipe azul como en los cuentos de hadas, en donde todos son felices al final y comen perdices. Pero Isabella era una mujer que conocía bien el sufrimiento, había pasado los últimos cinco años entrando y saliendo de los hospitales con su novio él cual sabía muy bien que iba morir. O tal vez guardara la esperanza de que todo saliera bien. Dicen que es lo último que se pierde en casos así.

Y allí estaba yo, llorando a lágrima viva por un hombre que había pasado el día bañándose en la playa después que su novia se acostaba con otro por pasar de él. A pesar de llegar a la conclusión de que él amaba más a su tabla de surf que a mi persona, me dolía perderle, estaba enamorada y era consciente de haber actuado de forma estúpida.

Había sido un fin de semana extraño, de esos que es mejor no recordar en años. Quizás, como decía Isabela, a veces es mejor no levantarse de la cama. Si lo haces, hazlo con un par de prozac. De esa forma te llevas la fiesta a todas partes y lo demás te importa un bledo.

Tenía que dejarme de rollos y meterme en un coche de alquiler en cuanto me sacara el carnet y poner rumbo a Barcelona. ¿Qué coño hacía en una ciudad que no hacía más que darme dolores de cabeza y quedarse con mi dinero? No recuerdo ni un solo día en el que me sintiera completamente relajada y feliz. Y para colmo, apenas me quedaba dinero y aún tenía que pagar el carnet de conducir; sí, eso era lo principal para salir de aquel labe-

rinto en el que yo misma me había metido. Y luego hacer un viaje a New York. Dicen que la gente toma las mejores decisiones de cambio de vida en aquella ciudad. Ahora que recuerdo, mi amiga Romina se divorció de su marido a la semana de llegar de la gran manzana. Dijo que esa ciudad le había cambiado la visión de las cosas. Y es que vivir y morir en Manhattan es tan rápido como ver derretirse un helado en pleno agosto.

Eran ya más de las de las nueve de la noche, hacía buen tiempo y su ordenador le esperaba para ser tecleado de forma suave pero precisa. Se preparó una limonada y se tumbó en la amplia y larga terraza. Desde allí la luna se veía con claridad. Era una noche hermosa para estar sentada en una terraza de Lavapiés con un buen amante, con el que luego terminar haciendo arrumacos bajo las estrellas mientras disfrutáis de un zumo tropical sintético, de esos que venden en el Mercadona con la etiqueta de todo natural. Sí, a veces al ser humano no le importaba que le engañarán. En ocasiones lo aceptabas con gusto por mantener la ilusión. Sí, porque eso es lo que había estado haciendo en su última relación, creer que las cosas entre ellos podían cambiar. Pero ella no era la única; todas en aquella casa se engañaban a sí mismas. Isabella pensaba que su novio moribundo iba a salvarse.

Catherine creía que una pareja le traería la felicidad que tanto buscaba, para dejar de ser una cuarentona amargada. Elsa buscaba el afecto en las noches de Madrid disfrazando su desilusión bajo la felicidad del alcohol y las drogas.

Y yo creía que siendo una tía de buen rollo los hombres se quedarían más de una noche. ¡Qué mundo este! Todos estábamos llenos de mierda que no queríamos mirar, para no darnos cuenta de lo mal que olía. Lo único estable de aquella casa era terraza: que lloviera o hiciera calor, permanecía imperturbable al tiempo de los hombres. Nada le preocupaba, porque sabía que no importaba lo destrozada que estuviera, siempre habría alguien sentado con una limonada para hacerle compañía y darle una mano de

pintura para que luciera mejor. Cómo me hubiera gustado ser como aquella terraza donde ahora me disponía a darles unos retoques a mi página web a la espera de caer rendida por el sueño.

Allí estaba ella contemplando el cielo del Madrid con el corazón encogido por el desamor. "¿Y si mandara todo a la mierda?", me preguntó. Pensó. No se respondió a si misma mientras daba un sorbo largo a la limonada que había comenzado a calentarse y sabía más a aguachirri que a zumo recién hecho. Tenía que sacarse el carnet y terminar su página web. Estaba claro que sin ella no podía irse a ninguna parte y menos probar suerte en Barcelona. Una ciudad llena de jóvenes diseñadores y publicistas hambrientos de éxito. Se recordó a sí misma que ella ya pasaba la treintena y su única baza era la experiencia. Sabía que si no sacaba partido de la página web, ella no encontraría trabajo en ninguna parte. La Ciudad Condal era una ciudad muy competitiva donde todo el mundo iba a probar fortuna. Los entendidos del lugar decían que esta era para los diseñadores de todo tipo, lo que Madrid para los actores. La tierra prometida, vamos, el pan y mantequilla para los soñadores.

Después de este último pensamiento analizó con detenimiento y objetividad su web, no estaba quedando mal. No tenía mucho movimiento, pero sí lo justo para parecer atractiva ante los ojos de un entendido del sector.

Estaba algo cansada. Ya eran más de las ocho de la noche y su espalda comenzaba a doler. Recogió su ordenador, tiró la limonada restante y miró el móvil esperando que Ben le hubiera llamado. Pero ni un mensaje. El teléfono parecía haber sido desconectado de este mundo. De repente le entre el desánimo. Se acordó de la pregunta que le había hecho Isabella hace unos meses: ¿Por qué no podía encontrar a un hombre normal como el resto de sus migas y conocidas? Acaso no se merecía a alguien decente. Tal vez fuera mejor así, porque no sabía que haría si encontrara al amor de su vida y lo perdiera como la pobre Isabella.

A veces la compadecía y otras veces sentía envidia de ella y por lo que había compartido con su marido. Ella nunca había tenido una relación tan duradera y madura. Siempre le parecía que los hombres con los que salía eran niños jugando a las casitas. Hombres incapaces de comprometerse y crear un hogar. No, la que daba pena era ella. Más le valdría empezar a hacer como Catherine y buscar el amor en la red. Después de todo, la mayoría de las parejas que había conocido últimamente se habían formado en las redes sociales y web de relaciones. Estaba claro que debía funcionar, si no, ¿por qué Catherine iba persistir en el intento? Además, el sistema te permitía descartar y aceptar a la carta. Prácticamente, encontrar un hombre en la red era como ir a un restaurante y seleccionar un menú de degustación al que luego le dedicabas cinco minutos y si no te gustaba te levantabas de la mesa y a otra cosa, mariposa.

Así que decidió *googlear* acerca de las páginas de contactos en la red y aparecieron un montón. Eligio la más conocida y comenzó a introducir sus datos, pero a medida que llenaba los espacios, se dio cuenta de que no quería hacerlo, que aquello no era para ella. Le gustaba el contacto físico, hablar con las personas, moverse entre conversación y conversación para encontrar a la persona. No, seleccionar personas como si fuera un concurso de talentos no era lo suyo. Además, ya tenía todo empaquetado, la fiesta de despedida preparada. Barcelona, como ella misma decía a todo el mundo que le preguntaba, era un mundo de lleno de posibilidades y una de ellas era el mar, los bañadores de colores en cuerpos bien torneados con abdominales de infarto que brillaban sobre cuerpos sudorosos trabajados al ritmo de la música de la última moda o en la playa mecidos por las olas del mar. Sí, Barcelona la llamaba con su canto azul, como si ella fuera una moderna Ulises. Pero ella no tenía intención de atarse, sino la dejarse atrapar por ella hasta que consiguiera acabar entre los brazos de un amante perpetuo que se quedara a su lado y le prometiera amor eterno. Suspiró y cerró el ordenador, lo metió dentro de su funda y lo puso sobre la maleta de mano.

El y ella no tenían nada más que decirse hasta que llegara a su nueva casa situada cerca de la playa de la Barceloneta, desde cuya ventana el dueño del lugar le había garantizado que se contemplaría el mar tan claro como el dedo de colón cuando estas de pie a sus pies. Sentada en su cama, echó un vistazo a aquella habitación que le había servido de guarida durante su estancia en Madrid. No es que fuera la más lujosa en la que había dormido o que la casa fuera la mejor en la que había vivido. Pero aquella casa tenía algo que las demás nunca habían tenido: una enorme y larga terraza donde se podía ver el atardecer y el amanecer de Madrid en todo su esplendor y aquello era un privilegió del que pocos madrileños podían disfrutar y lo iba a echar de menos, por dios que lo iba a echar de menos. De repente le entró una enorme tristeza y miedo por dejar aquella casa, aquellas calles y ese balcón que le mostraba cada día esa ciudad junto a sus calles que tanto conocía y por las que había caminado desde que llegara a Madrid. Abrió la ventana y saltó por ella para encontrarse con su terraza, su balcón, ese que hacía que cada pena, cada dolor, cada duda, cada miedo pareciera pasajera. Esa vez también hizo su función de quitapenas, miedo y demás porque pudo ver el atardecer de un nuevo día. Allí, de pie, frente a la inmensidad del cielo rojo de Madrid decidió olvidarse de todos los Benz, Danieles, Pedros, que había habido en su vida; los Marios que no se habían quedado, los Brendam, que se habían marchado, los Juanes, que le había engañado. Quería e iba a comenzar a pensar en el míster X que estaba punto de llegar a su vida, ese que sí se quedaría, ese que compartiría su vida y que la amaría eternamente como en una ñoña comedia romántica. Suspiró, vacío todo su corazón y se dio cuenta de que al quitar todos los que pudieron ser, quedaba un enorme espacio en donde cabrían los que iban a ser más aquello que iba suceder. Pero, sobre todo, había un enorme espacio para quererse a sí misma y a sus cuatro amigas para las que tenía que acostarse pronto y preparar la mejor fiesta de despedida que Madrid hubiese visto.

CATHERINE

Llevo cinco horas viendo fotos de hombres de todas las clases y a cuál peor. Ya no pido mucho, sólo que sean civilizados y que no corten los espaguetis con cuchara y no se pongan la servilleta de babero como el último. La verdad, no sé cómo lo hacen esas parejas que salen en la televisión diciendo que se han conocido por internet. Deben tener una de dos, el sentido arácnido de Spiderman o los rayos X de Superman. Porque, por mucho que busque un hombre decente por la red, sólo me aparecen bichos raros. No sé si soy yo la que les atrae, pero desde que empecé mi procesión por las páginas de relaciones online he salido con fanáticos, religiosos, adictos al sexo, enmadrados a lo *Norman* Bates, ejecutivos salidos de *American Psycho*, supremacistas blancos, machistas, beatos, obsesivos fóbicos con los gérmenes que hasta se llevaban sus propios tenedores a los restaurantes. Y qué decir de los acosadores que luego se pegaban a mí como la suela del zapato. Luego estaban los que ni siquiera se presentaban a la cita, los bromistas y los espías de medio pelo que acudían a la cita, pero te miraban con disimulo desde algún lugar estratégico del restaurante viendo cómo esperabas y bebías una copa de vino detrás de otra, mirando con insistencia a la puerta a la espera de que aparecieran. Cada vez que entraba un hombre sonreías esperando que fuera tu cita, para luego darte cuenta de que estaba allí por otra mujer. Finalmente, cuando llegaba la hora de irte se acercaban para decirte que te llevan observando durante toda la cena y les has parecido muy especial. Y luego te sueltan lo de "espero que no te haya molestado que te observe, solo quería conocerte un poco mejor antes de conocernos". Entonces te entran ganas de pegarles una patada en sus partes blandas y dejarle arrodillando en el suelo aullando de dolor. Pero como eres una mujer civilizada, te limitas a decir que otro día será mañana, tienes que madrugar por el trabajo. Pero sabes bien que es sábado y no tienes trabajo alguno puesto que eres profesora. Sí, francamente, estaba harta de perder su tiempo. Se preguntaba cómo lo hacían los demás. Quizás fuera cierto que a partir de cierta edad, la suya los 35, si no has encontrado tu media naranja que se supone debe ser un buen hombre, no vas a encontrar

a nadie que merezca la pena, porque todos los buenos están cogidos. En su caso, su madre dice que su mejor momento fue cuando estaba en la Universidad. Que allí debía haber aprovechado la oportunidad de cazar a un buen partido. Y que si no hubiese sido tan remilgada, ahora estaría casada con un flamante doctor. ¿Un flamante doctor? ¿Acaso su padre era doctor? Que ella sepa, ni siquiera sabía quién era su padre. Porque ella en sus tiempos practica el amor libre y tampoco fue a la Universidad. Por suerte, cazó a un cartero bonachón que además de resignarse, cuidaba a la hija de otro, aguantaba a sus nueras.

Así que ella no era la mejor persona para dar consejos. De todas formas, se dijo así misma, sus posibles parejas deberían estar agradecidas porque no les iba a comparar con un muerto, porque siempre perdieran. Lo único que les pedía es que fueran personas decentes, amantes medios, cariñosos, limpios y por último que fueran capaces de mantener una conversación y que ella supiera que no era mucho pedir.

Los pretendientes de la pobre Isabella lo tenían peor, porque en el punto de salida estaba Dylan que está en los cielos con el pelo rubio, ojos azules y lo más seguro es que tuviera unas preciosas alas. Soltó una risita al pensar en esto último. Luego se arrepintió de reírse, porque sabía lo mal que su nueva compañera de piso lo estaba pasando. No es que la conociera mucho, pero las pocas veces que había venido a ver a Josie, había sido simpática y muy amable, tanto que se habían hecho buenas migas. Isabella era una persona dulce y de buen corazón y de esas no quedaba muchas. Así que esperaba que viniera a la fiesta de despedida de Josie. Estaba segura de que esta la había invitado, pero pensó que sería buena idea que ella también la llamara para que supiera que era muy, pero, que muy bienvenida a la fiesta y como nueva compi de piso.

—Hola, Isabella, soy Catherine. Te llamo para invitarte a la fiesta de despedida de Josie. Espero que vengas. —dijo de corrida para no darle tiempo a que cambiara de idea.

—Sí, claro que voy a ir, me hace falta un poco de diversión.

—Genial, tendremos un sábado cachondo, tráete a uno de tus amigos modelos, o los que tengas, necesito limpiar mis cañerías, que ya es hora.

—Claro, ahora mismo comienzo a quemar mi teléfono. Cuanto más mejor — exclamó Isabella.

—Genial, un sábado cachondo por fin —gritó Catherine despidiéndose alegremente.

Isabella, cogió su teléfono y comenzó a llamar a su amigo y compañeros de trabajo. La mayoría estaba para untar pan, porque eran modelos, actores, maquilladores, así que sabían muy bien como lucir palmito.

JOSIE

—Parece mentira que haya conocido a tanta gente en estos cuatro años, que llevo en Madrid—. Josie observó la larga lista de personas que tenía anotada en su ordenador. Menos mal que los tenía puestos en la agenda, de esa forma sólo tenía que ir llamando por Skype, que era más barato.

—Será mejor que me haga una limonada y me vaya al balcón para que la tarea sea más amena.

Con su limonada en la mano y de pie ante el balcón, el cielo rojo-amarillento del atardecer le pareció el más hermoso que había visto nunca. Ni siquiera en Panamá recordaba haber contemplado un cielo tan hermoso; era tan bello que le entraban ganas de llorar. Debía ser porque esa era su penúltima noche en Madrid. El domingo por la mañana estaría de camino hacia Barcelona en busca de una nueva vida, un nuevo horizonte.

A pesar de esos pensamientos positivos de repente le entró un miedo atroz, miedo a lo desconocido, a la nueva ciudad que le esperaba, con un nuevo trabajo en el que no sabía si daría la talla. Pero como si Madrid le escuchara, una brisa suave y fresca acarició su cara haciendo que brotara una sonrisa de sus labios. De repente se sintió llena de fuerza para afrontar

todo lo que le esperaba. Y no sólo eso, estaba dispuesta a prestarle la nueva fuerza que la brisa madrileña le había infundado a su amiga Isabella, porque ella les había dado algo a cada una de ellas y era entereza. A pesar de todo lo que había pasado, seguía teniendo tiempo para sonreír y animar a todos los que se le cruzaban en su vida. Alegre y con suma rapidez comenzó a llamar a todos los de la lista. Cuando hubo terminado, cerró el ordenador, se terminó el zumo y se fue a la cama a la espera del sábado cachondo como había llamado a su fiesta de despedida.

El sábado cachondo. El día se presentó agitado. Josy y Catherine subían y bajaban por el ascensor con bebidas, patatas fritas, dulces, galletas, y algunas botellas de cerveza y otros alcoholes más fuertes. Mientras Elsa venía en dirección a la casa con un flamante coche rojo que pensaban aparcar al otro lado de la calle, porque Josy, aunque lo viera, pensaría que era de su vecino pijo de enfrente, el dueño de una cadena hoteles, que a menudo paseaba con su Porche de último modelo por esas mismas calles. Sonrió al pensar a su amiga no se le pasaría nunca por la cabeza que aquel sería su coche durante unos días.

Ana observaba las idas y venidas de las chicas con curiosidad. Esperaba que su madre se quedara con Mateo para que su marido y ella pudieran asistir a la fiesta cuyo nombre ya estaba puesto en la puerta en letras doradas: "sábado cachondo".

—Hola, ¿qué tal vais con los preparativos?—, preguntó Ana desde la puerta sosteniendo al niño que dormía plácidamente, en sus brazos.

— Pues, prácticamente nada, sólo preparar algunos sándwiches, *wacamoles*, alitas y pinchos. Pero sólo hay que ponerlos en bandejas y ya está —contestó Catherine desde el salón.

—Si necesitáis ayuda, ya sabéis —exclamó Ana animada. ¡Qué pasada! Hacía mucho que no asistía a una fiesta como aquella desde la facultad. Iba ser increíble, pensó mientras se dirigía a costar a Mateo a la espera de que su marido llegara. Ya eran más de las cuatro y la fiesta empezaba a las seis.

Nada más acostar al pequeño, oyó su voz que le decía:

—No le acuestes, me lo llevo dormido a la casa de mi madre y luego vengo a la fiesta.

—Muchas gracias —contestó ella dándole un beso y entregándole al pequeño que seguía dormido. Ambos salieron por la puerta y Ana comenzó a prepararse para la fiesta

—Sábado cachondo—, dijo una voz por el telefonillo.

—Sábado cachondo, subid—, respondió Josie, divertida, que ya se había tomado unas cuantas copas. Al cabo de unos minutos un grupo de personas entraba, abrazando y dando besos a Josie y a Catherine, que escrutaba con la mirada a cada hombre que entraba por la puerta.

—Sábado cachondo —dijeron dos voces cantarinas,

—Subid, ya era hora, todo el mundo está ya aquí.

— Lo sé, pero hay un motivo para ello, respondieron Isabella y Keiko a la vez mirándose al entrar en la puerta pensando en Elsa a la que acaban de dejar aparcando el coche en el que habían venido y con el capó lleno de regalos para Josy. Y Catherine se había ocupado de que ella no se asomara al balcón. "Hay que mantenerla fuera de la terraza", habían dicho las tres al unísono. Al cabo de unos minutos ellas también estaban bailando al ritmo de Beyonce, David Bowie, Prince, Shakira, Ricky Martin y todo aquello que no permitiera que tu cuerpo se parara. Incluso había algunos que se atrevían a imitar el Moon Walker de Michel Jackson haciendo reír a los invitados más jóvenes.

Ana y las cinco chicas se divertían de lo lindo bailando Madona, haciendo las poses del vídeo Vogue.

Sobre las diez de la noche la fiesta comenzó a decaer, la gente empezó a marcharse dando besos y abrazos como a su llegada. Al final de la noche, incluso Ana también se había marchado con su marido, aunque no sin darle un regalo a Josie y un abrazo de despedida deseándole lo mejor. Finalmente, sólo quedaron las cinco mujeres que se afanaban en recoger,

lavar todos los platos, vasos y demás objetos que se habían usado.

Eran las doce de la noche cuando terminaron, dejando la casa impoluta. Nadie hubiese dicho que en aquel lugar se había celebrado una fiesta.

— ¿Qué os parece si nos servimos una copa y nos vamos a nuestro balcón a contemplar el mundo de la mejor manera que se puede hacer bajo el cielo de Madrid?

Todas asintieron entregando sus copas a Keiko que las llenó casi a rebosar mientras les quiñaba los ojos contenta. Todas estaban contentas, pero no borrachas, querían vivir aquella noche, sentirla como algo real absorbiendo cada detalle. Sobre todo Elsa a quien el australiano había pedido formalmente que fueran pareja en ese mismo balcón antes de irse. Lo que había sido toda una sorpresa para ella, porque era el hombre de quien se había enamorado. Realmente aquel balcón tenía un poder mágico sobre sus vidas había, pensado el hombre. Se despidió de ella dándole un efusivo beso de esos que te tejan sin respiración.

ISABELLA, JOSIE, ELSA, KEIKO, CATHERINE Y UN BALCÓN EN EMBAJADORES

Finalmente, en el balcón cada una se acomodó en una silla. A Isabella la dejaron que se tumbara en la mecedora. Sabían lo mucho que gustaba. Y como si estuvieran dirigidas por un director de orquesta, las cinco miraron hacia el cielo y exclamaron a la vez: ¡qué cielo tan estrellado!, parece un decorado.

—Sí, el decorado de nuestra vida—, contestó Keiko con los ojos llorosos

—Una vida llena de grandes amigas, porque somos como esas estrellas y aunque nos separemos y vayamos lejos, nuestra amistad seguirá brillando con intensidad- añadió Josie.

— ¿No tienes miedo de que las cosas cambien y que lo que haya a la

vuelta de la esquina no sea tan bueno como lo que dejas o tienes?- preguntó Catherine cuyos ojos vidriosos, ya no podían ocultar su deseo de llorar.

—No, no hay por qué tener miedo, Catherine —dijo Isabella con un tono suave casi de confesionario—. Porque siempre hay algo mejor para aquellos que buscan amor, trabajo, un nuevo comienzo, un nuevo hogar porque están cansadas de ser personas tristes. Pero para nosotras que nos tenemos y queremos, no necesitamos buscar sino encontrar a otras personas que quieran formar parte de este balcón, nuestro balcón donde los sueños dejan de ser sueños y los deseos se convierten en realidad.

—Tienes razón —exclamó Elsa sirviéndose otra copa —Nuestro balcón nos mantendrá unidas para siempre, vayamos adonde vayamos, porque cuando alguien nos pregunte le contaremos que un balcón fraguó la amistad de cinco mujeres. Y cuantos sean partícipes de la historia también pasarán a formar parte del 46 y disfrutarán de un balcón en Embajadores.

—Venid aquí y darme un gran abrazo —, pidió Josie.

Keiko, Catherine Isabella y Elsa se le echaron encima dándole un brazo entre las cuatro.

—No os creáis qué porque me asfixias, vais a libraros de darme mi regalo, porque habréis llegado tarde por alguna razón —, exclamó ella divertida empujando a sus amigas una a una —Catherine, sé que tú también ocultas algo, y sé cómo sacártelo. Entonces comenzó a hacerle cosquillas hasta que ella apuntó de mearse encima y dijo:

—Vale, vale, Isabella lo tienes.

—Ok —dijo Isabella extrayendo del bolsillo de su pantalón unas llaves de coche.

—No me jodas, qué fuerte, ¿no me habréis comprado un coche? —preguntó Josie levantándose al instante y olvidando su borrachera en alguna parte.

—Más o menos —contestó Keiko, te hemos alquilado un BMW descapotable para tu viaje.

—Sí, pero con un buen maletero-, dijo Catherine haciéndole un gesto para que se acercara al balcón.

Josie no podía dar crédito a lo que veían sus ojos. Un precioso descapotable rojo como el del anuncio de Carolina Herrera que tanto le gustaba.

—Madre mía, sois una pasada de amigas, vamos, que sois la hostia. Venid aquí y dadme otro abrazo. Esta vez, si queréis, podéis asfixiarme porque estoy ahora mismo en el séptimo cielo. Las cuatro se echaron de nuevo encima de ella besándola y abrazándola a la vez. Luego se sentaron a hablar sobre su futuro. Pero ya no tuvieron miedo. Entre conversación y conversación se quedaron dormidas en aquel balcón bajo del cielo de Madrid situado en la calle Embajadores, número 46.

FIN

LA VIDA ES VANIDAD

Mayra RONDO NDJINGA

DIANA

(A mi hija Diana Esther)

Era adolescente, cuando te tuve entre mis brazos

Palidecí al ver tu rostro, tu cuerpecito

Parecía mentira, que fueras sangre de mi sangre.

Tan hermosa, tan encantadora, quería comerte a besos

Y te llamé Diana, que significa "Luz Divina"

En honor a nuestro Creador, nuestro Redentor.

Sólo Él me dio tal dádiva de vida,

Un ser hermoso, mi entrañable hija.

Adorada Diana, tu mami te ama,

No lo dudes ni por un segundo.

Antes de que nacieras, te amé desde mis entrañas.

Eres mi flor, mi aliento de vida, mi angelita.

EL AYER

(A mi hija Diana Esther)

Parece que fue ayer, y es que fue ayer

Cuando la tuve entre mis brazos.

Hoy ya tiene ocho años, mañana nueve, pasado diez…

Y, dentro de nada me dirá-madre- me voy

A vivir mi propia vida.

Parece mentira, lo rápido que pasa el tiempo

La vida es tan fugaz como el correr de los tiempos.

Nosotros los padres, seguimos tratándolos como pequeñuelos

Seguimos protegiéndolos, como queriendo dirigir sus vidas

Hasta el infinito ¡imposible!

Esa mi pequeñita, que veía corretear, se está desarrollando

Hoy es una niña y no tan niña;

mañana será una adolescente, será una mujer.

MUJER

Mujer luchadora, mujer valiente

Mujer que con el pasar del tiempo

Aprende de sus experiencias.

Mujer que sabe que el maná no cae del cielo

Que el pan se consigue

Con el sudor de la frente.

Mujer, ¡levántate! no te dejes maltratar

Mujer, ¡levántate! no te dejes despreciar

Tú vales mucho más, de lo que te puedas imaginar.

Dedica tu tiempo preciado, a tu formación, a ser alguien de valor

Esfuérzate cada día en darle sentido a tu vida

Persigue en cada momento ideales que te hagan grande.

Deja el matrimonio y el tener hijos para el momento adecuado

No tengas prisa, pues con tu analfabetismo

A los hijos que prematuramente procrees, sólo traerás vergüenza.

FINGÍA

Sabía que me amabas
Por tu mirar penetrante.
La forma en que me tratabas
Cual si fuera una princesa.
Me dejaba querer
Haciéndote creer
Que yo también te amaba.
Era puro cuento, todo lo fingía;
Me hacías buena compañía.

VANIDAD

La vida es vanidad
Pues pobres y ricos
Al sepulcro van.
No sobrevalores lo material
Sé una mano amiga, comparta
Pues todo lo que aquí amasas
Aquí se queda, nada llevas.
Todo es vanidad
Puro espejismo.
Somos inquilinos temporales
De todo lo que aquí poseemos.
Para quienes trabajamos
Nunca lo sabemos.

SOY AFRICANA

Africana soy

De origen bantú.

Tengo la piel morena

De la que me siento orgullosa.

El español no es mi lengua

es adquirida. Pues desde la cuna

El Ndowé me hablaba

Mi apreciada abuelita.

Me gusta el Ivanga,

El Mebongo,

El Mecuyo…

Los bailes tradicionales

típicos de mi etnia.

De cuna africana soy

Y a mucha honra.

LOCURA

Fue una noche loca

La que nos enamoramos.

Te miré, me miraste

Fue un flechazo, enloquecimos.

De inmediato supe, que me pertenecías

Y que yo te amaría, toda mi existencia.

Me rozaste, nos besamos

Y perdimos la noción del tiempo.

Para el mundo estábamos locos

Para mí fuiste bendición.

ME AFERRÉ A TI

Me aferré a tu amor
Sabiendo que no me querías.
Pensé que con el tiempo
De mí te enamorarías.
Vana espera fue la mía
Pues jamás ocurrió el milagro
que yo tanto anhelaba.
Me aferré a ti, a tu amor
Sabiendo que jamás me amarías.

INSISTENCIA

Porqué insistes,
Si dentro de ti,
Lo tienes claro.
Ni ayer te amé,
Ni te amo hoy,
Ni te amaré mañana.
Desapégate de mí,
Porque un día despertarás
Y no estaré a tu lado.

ESPOSA INFIEL

Esposa infiel, la que va buscando amor

La que anhela una caricia,
un abrazo, un beso

Quien todo lo daría, por escuchar un "te quiero"

La que en cuartos ajenos recibe amor, es deseada.

Le llaman infiel, le señalan con el dedo

Sin saber los motivos, le desprecian, le arrinconan.

No es infiel ni gratuita

Simplemente anda buscando

Lo que todo el mundo busca

Un poquito de alegría.

TODO ERA UN SUEÑO

Amanecí entre tus brazos

Me dejé amar por ti, me meciste

Me cantaste, cual, si fuera un recién nacido,

Y tú un padre primerizo.

Me llamaste amor, y sonreí

Me sentí una princesa, fui feliz.

Mi corazón latía con fuerza

Eras todo lo que anhelaba.

Se oyó un ruido, y desperté,

Todo era un sueño, que agonía.

Volví a la cruda realidad,

En donde tu desamor

Era lo único que conocía.

ADIÓS

Me voy en busca de otros brazos

que quieran abrazarme.

Me voy en busca de otro amor

que sí me necesite.

Me voy en busca de horizontes,

de miradas que enamoran.

Te dije adiós, sin imaginar,

que, al otro lado de la calle,

me esperaba quien por mí suspiraba,

y no alcanzaba a descifrarlo.

Te dije adiós, y besé otros labios;

labios que sí me deseaban.

DÉJAME IR

Déjame ir,

Pues de sobra sé

Que no me quieres.

¿Porqué me retienes?

Deberías alegrarte.

¿Es que te da miedo,

ver la casa vacía?

¿O al sentir mi ausencia

te dolerá mi partida?

NI ME AMAS NI ME DEJAS

Cuando me tienes, me infravaloras

Cuando me voy, lloriqueas.

Me tienes trastornada,

Con tus idas y venidas.

Han pasado varios años,

Y seguimos en las mismas.

Ni me amas, ni me dejas

Y si me dejas, no me olvidas.

UNA MIRADA

Dicen que una mirada, habla más que mil palabras,

Te hablé de infinitos modos, mirándote como te miro.

No entendiste nada, o quizá te hacías el loco,

Pero te amo de tal forma, que al verte me quedo muda.

QUIÉN SOY

Quien soy

Jamás lo sabrás.

A veces soy flor,

A veces águila;

A veces soy tierna,

Otras veces espinosa.

No me preguntes quién soy,

La respuesta no la tengo.

A VECES ÁNGEL, A VECES DEMONIO

A veces me amas, a veces me odias

A veces eres ángel, a veces demonio

A veces me adoras, a veces me desechas.

No acabo de entender, qué pasa contigo

Qué quieres de mí, no llego a descifrarlo.

A veces te amo, a veces te odio

A veces soy ángel, a veces demonio

A veces te adoro, otras veces te desecho.

Esa extraña forma de amar y odiar,

Lo aprendí de ti.

BATA

Tengo añoranza

De la ciudad

Que me vio crecer.

La casita de mi abuelita

En la que fui muy feliz.

Mi infancia fue hermosa

Aun careciendo de lujos

Pues en mi casita de madera

Fui transformándome en adolescente.

Emigré en busca, de mejores condiciones

Pero no me olvido de ti.

Regresaré para que veas

La mujer que ahora soy.

Te presentaré a mi princesa,

De sobra sé que quieres verla.

Volveré, volveré… volveré a mi ciudad;

De eso no cabe duda.

LETRAS FEMENINAS

OBRAS GANADORAS DEL PREMIO *RAQUEL ILOMBE* DEL CERTAMEN LITERARIO

12 DE OCTUBRE
DÍA DE LA HISPANIDAD

Malabo, octubre de 2017

MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES Y DE COOPERACIÓN
aecid
Cooperación Española